Rafael Videla Eissmann
Recopilación y Edición

HISTORIAS OCIOSAS

Cuentos y Relatos de Héctor Barreto

Ch863
BARRE
histo
c.1

Cuentos chilenos

Editorial
Puerto de Palos

Historias Ociosas

Cuentos y Relatos de
Héctor Barreto
Recopilación y Edición
de Rafael Videla Eissmann

Ch863
BARRE
histo
c.1

Historias Ociosas
Cuentos y Relatos de Héctor Barreto

Recopilación y Edición
de
Rafael Videla Eissmann

Historias Ociosas
Cuentos y Relatos de
Héctor Barreto

Rafael Videla Eissmann
Registro de Propiedad Intelectual N° 136.170
I.S.B.N: 956 -299- 369 - 8

Derechos Reservados
Primera Edición, Agosto 2003
Segunda Edición Octubre 2004
Santiago de Chile

Las ilustraciones que acompañan los cuentos de Héctor Barreto fueron diseñadas por el pintor Fernando Marcos para la edición del año 1958.

En la Portada:
Héctor Barreto Ibañez

Diseño y Diagramación:
Milena Vargas

Editorial Puerto de Palos
Imprenta Acapulco
Santiago de Chile
Octubre del Año 2004

Editorial
Puerto de Palos

99069.

¿Quién ríe ahora, los de aquí o los de allá?

...**J**ulio, **A**gosto, **S**eptiembre, **O**ctubre, **N**oviembre...

Nomen Clus

Prólogo a la Presente Edición

Algunas veces el tiempo
no tiene historia;
otras veces,
el tiempo es histórico.
Fernando Marcos.

Pues el hombre,
que, a consciencia,
no realiza su grandeza en la vida,
la cumplirá en forma de leyenda
a través del inconsciente
de los hombres
del futuro,
que adivinan,
quizás por qué misterio.
Miguel Serrano.

La figura de Héctor Barreto (10 de Febrero 1917 - 23 de Agosto 1936) ha evitado ser olvidada gracias a un puñado de hombres que lo han recordado a través del Tiempo. Su hermano Carlos Barreto; su amigo y pintor Fernando Marcos y el ex – diplomático, escritor y pensador, Miguel Serrano. Ha sido quizás éste último quien ha relatado a través de su obra literaria, como en la *Antología del Verdadero Cuento en Chile* (1938), *Ni por Mar ni Por Tierra* (1954), *La Flor Inexistente* (1969) y en el primer tomo de sus *Memorias de Él y Yo* (1996), la grandeza de Héctor Barreto y de sus acciones, hasta nuestros días.

Con frecuencia evoco los relatos que tanto don Carlos Barreto y don Fernando Marcos, han hecho de aquellos tiempos. Hombres de una época increíble, llena de grandezas e idealismo en los seres humanos. Personajes como Eduardo Anguita, el "Tigre" Ahumada, el poeta Omar Cáceres, Santiago del Campo, Guillermo Atías, el "poeta cojo", Julio Molina Müller, Homero López y Miguel Serrano, conformaban el ambiente de esa época.

Héctor era un joven de notable bagaje cultural, siendo un gran admirador del pasado Antiguo de Grecia y Roma ("vivía en un mundo griego") teniendo imágenes en su pieza de esas lejanas

épocas. Admiraba a la vez, unos cuantos poemas de Pablo Neruda, entre ellos, el *Estatuto del Vino, Tango del Viudo, Apogeo del Apio* y *Entrada a la Madera*; y un trabajo de Andre Maurois, sobre *Estudios Ingleses*, que comprendía a Dickens, Walpole, Ruskin y Wilde. Gustaba también, de las canciones de Carlos Gardel. Ávido lector de libros, fue en ésa búsqueda donde conoció a través de Guillermo Mena y Guillermo Atías, "Katumbo", a Fernando Marcos, en un boliche de libros en San Diego. Fernando Marcos recuerda que en una ocasión Héctor, haciendo bocetos y dibujos, al llegar al sexo en el dibujo del cuerpo que desarrollaba, trazó ¡un crucifijo!

Joven multifacético, pertenecía al Club Deportivo Neptuno, donde practicaba atletismo y natación, llegando a encontrar un día un anillo de oro en el fondo de la piscina. Fue también un gran aficionado del boxeo.

Trabajaba al mismo tiempo, como corrector de pruebas en los talleres de la empresa Ercilla. Solía ir junto a sus amigos a admirar a *la divina Emperatriz Carvajal*, en el antiguo Teatro Esmeralda.

Héctor junto a su amigo Di Viagio Shöder, alias "Carecachimba" - quien tenía conocimientos de mecánica - pretendían viajar por toda América y para ello, habían empezado a desarrollar el proyecto de un vehículo capaz de atravesar toda suerte de obstáculos en el continente, por las montañas, llanos, pantanos, ríos y lagos, desde el Hemisferio Sur hasta el Norte...

Carlos Barreto ha hecho referencia a la vez, del concurso literario que ganó Héctor en el Instituto Nacional con su cuento *La Perfecta Belleza*, recibiendo un diploma y la novela *Colmillo Blanco* de Jack London, dándoselo a él a la salida del evento, pues Héctor *ya lo había leído*.

Mención especial merece la publicación del *cuento La Noche de Juan* en la revista *Pan*, de Buenos Aires. Fruto de ello, se organizará una reunión para celebrar dicho logro, al que concurrieron Ricardo Latcham, Mariano Latorre, Francisco Coloane, Rubén Azócar y Jacobo Danke, entre otros.

Uno de los pseudónimos utilizados por Héctor en sus cuentos es *Mijail Quental*, como en *La Velada* y *La Noche de Juan*, ambos publicados en la revista de las Juventudes Socialistas, *Rumbo* (N°3 y 4, 1936). Héctor utilizó *Mijail*, por el "Mijail" de Panait Istrati y "Quental", por el poeta lusitano, el "poeta antero de Quental". Viviendo en un *mundo lleno de mitos y leyendas, de sentido heroico en esta vida*, utilizó también el pseudónimo de *César Roman*. Es decir, el "César Romano".

Fue conocido a la vez, bajo el nombre del héroe griego *Jasón*, quien fue en busca del Vellocino de Oro: *Persigue un vellocino o más bien, el Vellocino. Es un reflejo áureo en su cerebro y una esperanza cierta...* Éste nombre se debió gracias al cuento, a la "improvisación" de una de las "historias ociosas" de Héctor, llamada

precisamente, *Jasón*.

Poco antes de morir, Héctor aspiraba a realizar una obra teatral acerca de las condiciones sociales de los vagabundos de Santiago. Ésta obra hubiese sido llamada *Las Ratas*, que nunca llegó a concretarse. Ésta obra, junto a *Caída Sin Tiempo* pasaron a ser parte de los tesoros perdidos de Santiago[1].

¡Qué ser más extraordinario ha sido Héctor! Qué época fueron esos años treinta y cuarenta, a pesar de las tragedias y dificultades que se vivían a diario. Seres llenos de pensamientos y acciones sublimes. Sorpresa causa el desconocimiento, el olvido y esa indiferencia con que el medio nacional desprecia a sus escritores y pensadores, en pos de mirar siempre lo foráneo. ¿Quién ha leído los cuentos de Héctor? Sus cuentos embelesan al lector, transportándolos a otros lugares, como la ciudad de *La noche de Juan* ó *La Ciudad Enferma*, e incluso más allá, a esos oníricos espacios relatados en el *Pasajero del Sueño* ó *Jasón*.

La muerte, que sorprendió tempranamente a éste cuentista excepcional, no frustró su grandeza. Porque haber escrito lo que Héctor hizo hasta los diecinueve años - edad en que murió - es trabajo de un gran ser, de un hombre que ha sido capaz de empaparse del Espíritu de su Tierra y de haber llegado a las profundidades mismas de su propia Alma. Quizás, lo que ha mermado su grandeza es el desconocimiento de su obra en Chile, que a pesar de la edición desarrollada en el año 1958, no ha sido total. Y en los tiempos presentes, donde el *arte* y la *cultura* aparentan desempeñar un rol importante en la sociedad, lo son cuando actúan como elementos comerciales del sistema materialista del mundo actual.

A pesar de las innumerables negativas por publicar la obra de Héctor Barreto por parte de las editoriales nacionales, ésta *Obra* irrumpe una vez más en nuestra tierra, en el Santiago lleno de *Espectros* y *Fantasmas* que aún caminan y recorren las noches de nuestra ciudad[2]. Quizás, como aquella aparición *que temblaba con la luz triunfante y a la que había que mirar intensamente para que no se esfumara*, de Héctor, el joven héroe del Pasado, en el cuento *La Búsqueda* de Miguel Serrano[3].

---

[1] Ver la entrevista a Fernando Marcos: *Héctor Barreto: víctima del Fascismo*. Diario *El Siglo*. Santiago, 8 de Septiembre de 1973. Página 14.

[2] Siendo transportado el busto realizado por el escultor Manuel Banderas para la tumba de Héctor, el vehículo en que iba chocó contra otro, lleno de nacis, quienes resultaron lesionados pero sin gravedad... Se "pagaba" en este plano, en este mundo, la afrenta al joven Héctor Barreto.

[3] *La Búsqueda*, de Miguel Serrano. En: *Revista Atenea*. Revista Mensual de ciencias, Letras y Artes. Publicado por la Universidad de Concepción. Año XXV. Septiembre – Octubre 1948. N° 279 – 280. Editorial Nascimiento, Santiago de Chile.

A través de ésta obra, después de 67 años del crimen, cumplimos con la voluntad de Héctor de publicar sus cuentos, como me lo aseguró el pintor Fernando Marcos. Entregamos ésta obra única e incomparable de Héctor Barreto, para que sea conocida como el trabajo de un joven idealista y soñador del *Chile Real y Mágico*. De un Héroe que encontró el *Vellocino de Oro*...

Rafael Videla
Santiago de Chile,
4 de Septiembre 2003.

Nota a la Presente Edición

Después de tantos años que se enmudecieron nuestros sueños, recuerdo el transitar en su compañía, en esa vieja calle de San Diego, llena de seres desconocidos – amigos. La naturalidad de los saludos, las bellas muchachas de los cités, Antonia, Eliana, Dora, Elva; las vitrinas de fotografías del maestro Hevia y su hijo galán de barrio; la dulce dama alemana que confeccionaba los mejores sombreros de señoras de Santiago; las librerías de viejo y sus tertulias – Joaquín Edwards Bello, Acevedo Hernández y su mujer en traje araucano, Teófilo Cid, los Mandrágoras, Santiago del Campo y sus malabarismos verbales, Serrano, Guillermo Atías, Homero López, pontífice de la Academia de literatura del Instituto Nacional y del restorán Miss Universo, lugar de las grandes competencias literarias de jóvenes escritores y poetas, Héctor Barreto, Julio Molina, Rosamel del Valle y de nuevo Santiago del Campo, Guillermo Atías, Mario Ferrero y Serrano.

¡Oh, San Diego de aquellos tiempos! El teatro Esmeralda de grandes espectáculos líricos y teatrales. El teatro circo Arturo Prat, en donde un día escuchamos a Krisnamurti, hablándonos de la Paz del Mundo, de una mejor humanidad. A Héctor y a mí nos conmovió su llamado y en ese día nos hizo mejores y la amistad se agrandó y selló nuestras vidas.

Un largo puente de luz sigue existiendo entre Héctor Barreto y las nuevas vidas que se reencontraron en esta nueva edición de la "Noche de Juan" que Rafael Videla ha iluminado como descubridor maravillado.

Fernando Marcos
Noviembre del año 2003.

Prólogo a la Edición de 1958

Mis padres tenían un negocio de libros viejos en San Diego. Allí conocí a Barreto. Él iba al boliche constantemente; conversábamos de libros y llegamos, poco a poco, a hacernos amigos. Corría el año 1932. Yo tenía 15 años y acababa de alargarme los pantalones. Seguramente él también. He precisado que fue el año 1932 cuando lo conocí, porque recuerdo que él había participado como estudiante, en algunas manifestaciones contra Ibañez, lo que le trajo más de un mal rato en el Instituto Nacional, donde estudiaba.

Devorador de libros

Héctor Barreto era de estatura regular, moreno, delgado, de ojos obscuros penetrantes. Tenía una cultura extraordinaria para su edad y una avidez de lectura increíble. Del boliche de mi padre llevaba continuamente libros sobre los más variados temas. Se iba con ellos en la tarde y al día siguiente ya los había leído. Leía hasta las 4 o 5 de la mañana. Podía pasar dos a tres días sin dormir. Y luego era capaz de dormir 16 horas de un tirón.

Leía de todo: Descartes, Panait Istrati, Romain Rolland (el "Juan Cristóbal" nos había impresionado profundamente a todos), Oscar Wilde, George Bernard Shaw. Se sabía de memoria capítulos enteros del Quijote. Conocía los clásicos italianos, españoles, ingleses. Buceaba en la historia. Solía relatar anécdotas de Julio César.

(Y, junto a esto, era un nadador excelente. En aquellos tiempos, derrotaba a Jorge Berroeta, con quien solía emular; pero no se interesó especialmente en el deporte, aunque llegamos, con el grupo de amigos, hasta a organizar un club deportivo en el barrio, que luego echamos a la broma).

Los amigos

En aquel San Diego "bravo" de entonces, se formó un grupo de amigos. Además de Barreto, estaban Santiago del Campo, Miguel Serrano, Julio Molina, Guillermo Atías, Homero López, Raúl Arenas, René Ahumada... y yo. Hablábamos de literatura, de música, de pintura. Discutíamos interminablemente.

Barreto era muy hábil en la discusión. Usaba la ironía con terrible fuerza. Y era un improvisador notable.

Solían entonces entablarse competencias en la que participaban habitualmente Atías, Molina y Barreto. En torno a una botella de vino, los improvisadores debían inventar allí mismo un cuento. Los demás actuábamos como jurados. Casi siempre Barreto se llevaba las palmas.

Barrio bravo

La calle San Diego era entonces mucho más "brava" que ahora. Abundaban las tiendas que comerciaban con objetos robados, los "pungas", los matones.

Aunque preocupado siempre de los más exquisitos problemas estéticos, del arte y de la filosofía y de la historia, Barreto no vivía al margen del barrio. Conversaba con todo el mundo - con todos los que podían aportarle algo, los que ofrecían un ángulo interesante - y, con sus 17 o 18 años de edad, daba consejos paternales a los más temibles matones o se burlaba de ellos. Mantenía una relación especialmente amistosa con el "Ojota" Carrillo, dueño de un negocio de compraventa en que todo era robado, que nos enseñaba secretos, misterios, vericuetos de su propio mundo tenebroso y que se interesaba también por ese otro mundo - deslumbrante también para él - que Barreto le abría, haciéndolo leer cuentos de Wilde o de otros autores cultos.

Despertar político

No se hablaba de política en nuestro grupo en ese entonces. Pero, poco a poco, los ecos de los grandes acontecimientos mundiales empezaron a conmovernos. Triunfaba entonces el nazismo en Alemania y empezaban a surgir en Chile los brotes del nacismo criollo.

Nos sacudió el dramático manifiesto de Romain Rolland. Y más tarde, la violenta lucha callejera que estalló en Santiago, y en otras ciudades de Chile, entre los nacis y los jóvenes socialistas. Ocurrió entonces el asesinato de Manuel Bastías, comandante de la Juventud Socialista de Concepción, a quien mataron los nacis en su propia casa...

Estos violentos acontecimientos nos conmovieron y determinaron en muchos de nosotros, cambios profundos.

Así ocurrió también con Barreto, que después de haber sostenido más de una vez, que el artista debía vivir al margen de la política militante, se incorporó a la Federación Juvenil Socialista. El acontecimiento preciso que motivó su decisión fue el asesinato de Julio Llanos en La Cisterna.

"Yo pasaré a ocupar su puesto", dijo Barreto. Y lo ocupó con tal audacia, con un heroísmo y un arrojo personal tan extremos, que los dirigentes de la Federación Juvenil Socialista llegaron a prohibirle que participara en los encuentros callejeros con los nacistas.

En el café "Volga"

Y llegamos a la noche del 23 de Agosto. El café "Volga", en la cuadra 12 de San Diego, frente al Teatro Imperial, era entonces un lugar que frecuentábamos.

Como a las 10 de la noche, nos encontrábamos allí ese día, Raúl Arenas y yo con algunas compañeras cuando llegó Barreto. Había ido a buscarme a mi casa para pedirme que ilustrara unos cuentos suyos, y no me había encontrado. De allí se fue al café.

Estuvimos poco rato. Ya nos despedíamos cuando entraron los nacistas. Era un grupo numeroso, algunos uniformados, otros con mantas de Castilla. Se repartieron en diferentes mesas.

Era evidente su intención de provocar incidentes. Ellos sabían que el "Volga" era un punto de reunión de la juventud de Izquierda, de los alumnos y profesores de Artes Aplicadas, de los jóvenes socialistas. Adoptaron de inmediato una actitud agresiva. Comenzaron a hablar fuerte y a hacer alusiones ofensivas.

Alguien fue a buscar a carabineros y regresó pronto con uno. Barreto denunció la actitud provocativa del grupo y el carabinero los invitó a salir y a poner fin al incidente. Pero Barreto dijo:

-Un momento. Este hombre - e indicó al que había discutido con él - anda armado. Yo le exijo que lo registre.

El carabinero lo registró en efecto, y le encontró un laque de goma. Hubo un cambio de palabras, una confusa discusión, pero el hombre (recuerdo que era un músico de orquesta) fue detenido. Los demás visitantes salieron en grupos, lanzándonos miradas furiosas.

La emboscada

Nos quedamos unos instantes más, cambiando impresiones sobre lo ocurrido. Luego fuimos a dejar a las compañeras que estaban con nosotros y dejamos a Barreto solo algunos minutos.

Al salir, observamos un panorama inquietante: había grupos de nacis apostados en las esquinas y en la vereda de enfrente, mientras una "patrulla volante" de ellos mismos recorría continuamente la cuadra, de manera que regresamos muy pronto. La situación no había cambiado.

Entramos nuevamente al café y discutimos qué hacer. Se nos preparaba una emboscada, sin duda. La situación era grave. Los nacistas andaban siempre armados de laques y revólveres y actuaban con brutalidad.

Mientras deliberábamos, el dueño del café, cada vez más nervioso, nos exigía que nos fuéramos pronto. Finalmente, acordamos enviar dos compañeros a buscar carabineros. Pero los carabineros se habían esfumado. Resultó imposible encontrar a ninguno.

¿Qué hacer? Formamos dos grupos, uno que fue hacia Alameda, otro que fue hacia Avenida Matta. Algunos de los amigos se echaron al bolsillo botellas de cerveza, a manera de armas defensivas.

La persecución

Cuando salimos, en el grupo que iba hacia Avenida Matta nuestros "amigos" retrocedieron y se detuvieron en San Diego con Santiaguillo. Nosotros avanzamos audazmente, con la actitud del que tiene armas y una gran seguridad de sí mismo. Incluso apresuramos el paso.

Se inició así una extraña persecución, en que los perseguidores éramos nosotros - un puñado de muchachos desarmados - y los perseguidos, una fuerza mucho más numerosa, organizada casi militarmente.

A medida que avanzábamos, ellos retrocedían. Por Santiaguillo salieron hasta Arturo Prat, mientras otro de los grupos avanzaba por San Diego hacia Avenida Matta.

Nosotros salimos también a Arturo Prat. Íbamos belicosos, embriagados de indignación, llenos de irresponsable entusiasmo. Les gritábamos eufóricos: "¡Allí van los asesinos! ¡Mueran los asesinos!".

Ellos no respondían. Simplemente retrocedían en silencio, de acuerdo con un plan táctico elaborado de antemano. Hicieron los primeros disparos desde la esquina de Santiaguillo con Arturo Prat. Y, aunque parezca increíble, aquello sólo nos enardeció más. Con renovada furia corrimos tras ellos, insultándolos.

Ellos corrieron por Arturo Prat y en la esquina de Avenida Matta se concentraron en un grupo grande, compacto. Los disparos comenzaron a menudear. Uno de nuestros compañeros cayó herido allí, frente a la Escuela de Artes Aplicadas.

Pero seguimos tras ellos. El grupo se fue acercando al cuartel naci que había en Copiapó o San Francisco, no recuerdo bien.

La extraña persecución continuó hasta la Avenida Matta con Serrano. Pasamos la Escuela Olea. Y en Serrano con Aconcagua ellos habían formado su línea de fuego. Algunos tendidos, otros arrodillados y otros de pie, de acuerdo con las más estrictas normas de la infantería, nos lanzaron una granizada de balas.

Algunos nos lanzábamos al suelo. Otros se refugiaron en los huecos de las puertas. Barreto, que iba a la descubierta, por el medio de la calle, corrió en busca de protección y fue alcanzado por una bala. Cayó a unos treinta metros de la Avenida Matta.

El baleo seguía con la misma intensidad. No pudimos resistir más y emprendimos la fuga. Ellos corrieron detrás de nosotros, disparando. Al escapar, pude ver cómo uno de ellos pateaba en la frente a Barreto, caído.

Un nombre – símbolo

¿Qué más decir? Nunca se esclareció quién había sido el asesino. Y pasaron cosas raras. Nos detenían a nosotros y no a los nacistas.

(Aquella misma noche estuvimos detenidos en la 4° Comisaría. En la madrugada llegó la noticia de que Barreto estaba muy mal y que necesitaba sangre. Nos ofrecimos para dársela, pero un carabinero se nos adelantó).

Eran momentos difíciles para los partidos de izquierda. Los locales socialistas y los de los sindicatos eran clausurados; había continúas detenciones, relegaciones, etc. Hubo, al parecer, toda una época en que el gobierno de Alessandri utilizó para sus propios fines a los nacis, les dio alas y apoyo (Nunca se ha desmentido la

vinculación del Servicio de Investigaciones de entonces, con ellos.) Posteriormente esto cambió, como se sabe[4].

Héctor Barreto es un nombre – símbolo, cuyo recuerdo debe ser mantenido con calor, como ahora se hace. Es un símbolo de la juventud obrera e intelectual de aquellos años, que detuvo el avance del fascismo en nuestro país.

La muerte de Barreto estremeció a Chile entero. La Universidad cerró sus puertas. Sus funerales fueron una manifestación gigantesca para aquellos años, con más de 30 mil personas.

En la lucha mundial de la democracia contra el fascismo, esa juventud dio un aporte generoso, escribió un capítulo hermoso de nuestra historia, que se sintetiza en los nombres de los mártires Héctor Barreto, Manuel Bastias y Julio Llanos.

Fernando Marcos.

[4] Dos años más tarde, el 5 de Septiembre del 1938, el mismo Alessandri se convirtió en el responsable de la matanza de los jóvenes nacistas en la "Masacre del Seguro Obrero". Nota del Editor.

C U E N T O S

La Perfecta Belleza[5]

Todos los presagios se habían mostrado felices y, sin embargo, el pequeño vástago nació ciego.

Durante siete lunas interrogaron las entrañas de las víctimas los sacerdotes, y durante siete lunas interrogaron los astros los astrólogos, que vivían en elevadas torres de bronce, y que llevaban rizadas barbas blancas.

Todos los presagios se habían mostrado felices y, sin embargo, el pequeño príncipe nació ciego.

Desde muy niño fue iniciado en el culto de la belleza.

Y grandes artistas fueron sus maestros; y el joven príncipe amó la belleza.

Y he aquí que cuando las primaveras se sucedieron muchas veces, y el príncipe creció en edad y fue adolescente, llamó artistas de todas partes del mundo para que le mostraran la belleza bajo sus diversas formas.

Y de todas partes de la tierra acudieron artistas a la ciudad.

Y he aquí que acudió un oriental, porque la ciudad estaba situada en Oriente, y aunque no sé en qué lugar, sé que de esto hace muchos siglos.

Y nadie supo nunca el nombre del artista, ni de cual país venía, por cuanto él sólo dijo que trabajaba el mármol en forma maravillosa, y que lo hacía mejor que nadie entre los mortales, porque los dioses le habían otorgado ese don.....

.....

.....

Y le fue traído un bloque de mármol que era blanco, semejante al blanco de la luna en primavera.

Y todos los días, a la salida del sol, el artista trabajó en el jardín del palacio, que estaba adornado de las plantas más bellas y exóticas, y que tenía flores durante las cuatro estaciones del año. Y trabajó con un martillo de oro y un cincel de bronce.

Y ojos humanos no lo vieron, porque no permitía que nadie se acercara a él. Y una centena de veces salió el sol mientras trabajaba.

Y cuando hubo terminado su obra, la cubrió con un velo que tenía todos los colores del arco-iris. Y nunca más se le vio en la ciudad, ni en parte alguna de la tierra se le encontró. Aunque emisarios montados a lomo de camello recorrieron todos los desiertos, y muchas naves con las velas pintadas de rojo lo buscaron por todos los mares.

[5] Éste es el primer cuento registrado de Héctor Barreto. Fue presentado en un concurso literario en el Instituto Nacional de Santiago, donde obtuvo el Primer Lugar (1934).

Un terror supersticioso se apoderó entonces del rey, y ordenó, bajo pena de muerte, que nadie descorriera el velo de la estatua.

Y he aquí que el joven príncipe sintió una viva inquietud por descubrirla. Y muchas fueron las noches que pasó en vela a causa de su curiosidad grande.

Hasta que una noche, cuando todos estuvieron durmiendo, bajó hasta el jardín, que conocía muy bien porque gustaba de pasearse por él a menudo.

Y tomando el velo que tenía todos los colores del arco-iris, tiró de él y la estatua surgió blanquísima, iluminada por la luna.

Y era la estatua de la "PERFECTA BELLEZA", y a una joven de quince años representaba. Y la joven estaba desnuda.

Desnuda estaba. Porque sólo el cuerpo de una adolescente desnuda puede representar la belleza perfecta.

Y cuando el príncipe empezó a palparla con sus largos y finos dedos, sintió que una sensación extraña corría por sus venas.

Y sus manos recorrieron todo el cuerpo de la estatua, desde los cabellos, que eran ensortijados como caracoles, hasta los pies, que eran como dos pájaros blancos.

Y entonces sintió su cabeza pesada como si hubiera bebido, y la extraña sensación se hizo más fuerte. Tan fuerte que en sus ojos sintió algo singular, algo que no había experimentado nunca antes. Y una claridad tenue penetraba poco a poco en sus pupilas...

Y el joven príncipe vio por primera vez en su vida.

Y fue grande su impresión al contemplar la estatua iluminada por la luna; tan grande fue su impresión y su alegría, que sólo la contempló breves instantes; después cayó muerto.

Y cuando el dios sol apareció de nuevo, y vinieron los jardineros del rey, que eran muchos, algo así como un velo sintieron ante su vista y todos perdieron la luz de sus ojos.

Y en la tarde vinieron los sacerdotes, y después los mercaderes ricos, y mucha gente del pueblo detrás de ellos, porque querían contemplar la estatua. Y todos cuantos la miraron quedaron ciegos, porque era una obra divina.

Y entonces el rey ordenó que fuera cercada por doce murallas de hierro.

Y los esclavos de ébano que las construyeron llevaban los ojos vendados; asimismo, los arquitectos tenían una venda espesa sobre sus ojos. Y durante siglos, la estatua maravillosa estuvo escondida a los ojos de los hombres. Y hasta hubo incrédulos que negaron su existencia.

Y pasaron los años, y las tribus bárbaras que vivían en las montañas, y que se vestían de pieles de bestias, y cuyos ojos semejaban la forma de almendras maduras, y que pasaban toda su

vida sobre sus caballos, invadieron la ciudad en número infinito. Y arrasaron con ella, sin dejar piedra sobre piedra.

LA VELADA

No importa el colorido ni la forma de una ciudad. Ni su aspecto o sus casas. Nada importa, sino la vida del hombre. Los pasos del hombre...

Era un crepúsculo opaco y descarnado, frío...

Un hombre se movía sobre las orillas de un río que atraviesa una ciudad. A seis metros de profundidad, al nivel de las aguas, buscaba bajo un puente, un sitio donde colocarse.

Parecía muy cansado. Se sentó sobre el pasto escaso y tierno que allí crecía. Sacó un cigarrillo interrumpido. Lo encendió cuidadosamente, estirando mucho la boca morada.

Fumó en calma. Observó con los ojos incoloros el día ya dudoso, agonizante...

La punta del cigarrillo fue haciéndose cada vez más roja, a medida que el suelo se tornó más negro, el río más sordo, y el viento nuevo comenzó a llegar oscuro y sombrío, arrastrando la noche.

Todo esto sucedió tan rápido como lo digo, o más...

Las sombras rodearon al hombre y lo diluyeron, lo asimilaron incorporándolo a sí mismas.

No lo notó. Tenía los ojos cerrados. Sólo escuchaba de tiempo en tiempo el ruido de los tranvías o de los autos sobre el puente. Sin quererlo se agachaba un poco, entonces. Tenía frío. La humedad de esas piedras chatas, quizás. También de tiempo en tiempo se acercaba las manos asquerosas a la boca, tratando de entibiarlas con su aliento. Pero se humedecían. Pronto, después se enfriaban. Continuaba haciéndolo. Era inevitable; si no, ¿de qué manera? El frío hería como multitudes de finas agujas.

Sentía su propio aliento insoportable. Olor a alcohol. Y unos deseos desesperados de vino. Pero asco, a veces, también. Hundió las manos en los bolsillos, en un gesto aprendido atávico. Sabía no tener nada.

Qué mal día. Sólo una moneda de veinte centavos que le dio una niña. Y con eso... qué. Además, la venta de huesos... tampoco. Veía altos de huesos amarillos; sangrientos otros. Qué materia tan despreciable y qué difícil de hallarla. Qué vida tan despreciable y qué difícil de conservarla.

Se apretaba contra sí mismo. Sintió pasos. Observó desde dentro de las sombras.

Eran tres siluetas. No podía distinguir las caras. No importaba, tampoco. A dos pasos casi, lo advirtieron. Justo a dos pasos, y se detuvieron.

- Salud.
- Salud - contestó desde dentro de él y sordo.

No estaba sociable ese día. Ni siquiera con esos de su misma clase, con los que acostumbraba alternar sin preámbulos.

Ahora no. Y se quedó silencioso.

- Vaya con el frío.

Uno con el cráneo desnudo y ralo lo había dicho.

- Qué frío.

Tenía un modo extraño de mirar ese hombre. Los otros permanecían mudos. Y él se resistía a contestar. Estaba tan bien solo, y ahora... Pero la noche es muy larga y dura. Quizás tuvieran cigarrillos, siquiera. En fin. Un hombre de su condición no podía, no debía ser huraño. Y se decidió.

- Sí, frío - dijo.

Los tres se acercaron. Se sentaron cerca de él. Uno, al parecer muchacho, sacó cigarrillos y le ofreció.

Aceptó. Se quedó observando a los desconocidos. Parecían gente que fuera decente – como se dice.

- Sin duda hiela esta noche.
- Parece - le contestó alguien.
- Claro.
- Sí...

El silencio quedaba siempre entre ellos, como una fría cinta de acero.

Estaban sentados a la turca. Casi en círculo.

El hombre calvo rompió el silencio.

- Usted, ¿dónde anduvo hoy? Perdone, yo lo había visto antes, parece. Aquí mismo, creo...

Eran realmente extraños éstos hombres. Hablando en forma desusada. "Perdone". Qué... Se interesaba. Contestó.

- Por ahí...
- Mal día.
- Negro día.
- Sí...

Qué difícil es conversar cuando no hay deseos. Qué duro violentarse en esto. Pero era preciso hablar. Ellos estaban muy amables. Además, tenían tabaco.

Prendió el cigarrillo y aprovechó para observar los rostros.

Eran caras hermanas. Es decir, de su misma casta. Le bastaba una mirada. Conocía esa ralea, la suya. La de los harapientos, mendigos, pero no eso exactamente. No imposibilitados para el trabajo; no trabajaban. Pedían. Buscaban.

Engañaban, también. Robaban. Violaban. Sí, pero todo con cautela e hipocresía. Eran los hombres que no trabajaban porque algo en sus venas, en su carne se lo impedía. Algo tiránicamente fuerte, dominante. Era un vicio en cada uno casi siempre. O la fatalidad dura.

- Por ahí - volvió a decir entonces -, buscando algo, y sólo he conseguido echarle medio litro – rió con franqueza o cinismo.

- ¿Sed? - Interrogó también riendo uno y metió la mano bajo el poncho de saco.

Sacó un tarro largo y aplastado.

- Cuatro litros - agregó.

- Para la noche y para los cuatros, Tambo - dijo alguien.

Él casi exclamó cualquier cosa de pura alegría.

- Usted primero, profesor - ofreció Tambo y pasó el tarro al hombre calvo.

Este bebió un trago regular.

Todos permanecieron en silencio y el tarro fue de mano en mano. De boca en boca, como las mentiras convencionales.

Él bebió ansioso.

El profesor habló. Todos hablaron. Parecía como si el alcohol hubiera cambiado la temperatura afectiva de cada uno.

Pero siempre. Ellos por un lado y él por otro. En ninguna de las partes había franqueza completa. Ambos lo comprendían.

Decían cosas de los policías en diversas ciudades. De las posibilidades en tales. Decían muchas cosas.

De pronto sintieron un ruido. Una sombra se acercaba a ellos. Pero ésta era una sombra especial. Una silueta de mujer.

Los cuatro quedaron en silencio.

La sombra se llegó hasta ellos realmente sin hacer ruido. Como una sombra, exactamente.

Saludó. Traía un atado de leña seca a la espalda.

- Buena carga - contestó a modo de saludo alguien.

- Excelente en esta noche - dijo el profesor.

Ella sonrió leve y dejó caer la carga. Era una mujer de unos treinta años más o menos, a simple vista. Por la voz.

Se sentó al lado de ellos y se realizó un perfecto anillo.

Lentamente y silenciosa comenzó a desatar el enorme atado.

El hombre que quedaba entre Tambo y el profesor hizo sonar unos fósforos. No se distinguía casi su rostro en la sombra.

La mujer se amarró el cordel a una muñeca. Esparció los palos.

Amontonó unos cuantos al centro del círculo. Sin decir nada estiró la mano hacia el hombre del ruido. El profesor se

apresuró a pasar un diario mugriento que sacó de un bolsillo; ella lo recogió en silencio.

Nació una llama que creció rápido. Surgieron cinco rostros iluminados por un color de pesadilla. Todos se miraron. Entonces se conocieron, realmente, sin saludo. Se reconocieron.

El profesor tomó el tarro que estaba a su lado y lo pasó a la mujer. Bebió sin afectación y largo. Tenía las manos blancas.

Se limpió la boca y dijo:

- No tan dura la noche.

- Alegre - contestó el calvo. Y miraba el fuego.

El tarro dio otra vuelta.

Todos permanecieron en silencio después de haber bebido.

Pasó un rato largo.

Algo que no dijeron, pero que comprendían, comenzó a vivir en cada uno.

Una temperatura sentimental comenzó a crearse. Propia. Común.

Pensaban. Cada cual en sí; y en todos a la vez, por asociación lógica. Fue un raro fenómeno. Todos sabían, se sabían constituían una especie inconfundible, única. Se sabía llevado inconscientemente el concepto, pero nadie se detenía en él. Ahora lo sentía cada uno y todos. Los cinco. Sentían sin hablar, que la sensación se intensificaba y crecía. Pero no querían decirlo. Era una especie de vergüenza. Cuando hacía mucho frío se pensaba siempre en eso. Sí. Y ahora, más, el alcohol. Nadie se atrevía; se intuían, estaban seguros que el sentimiento era común, uno; pero...

El silencio se prolongó aún más. Alguien alimentó el fuego agregando un leño. Un ruido pequeño. Todos levantaron la cabeza, casi unánimemente.

Se miraron comprensivos.

Entonces el profesor habló:

- Sí.

Nadie quiso ya ocultar. Descubrieron todos sus pensamiento, con un movimiento o con una mirada.

- Sí - repitió el profesor -, es muy triste

- Peor que eso - agregó entonces la mujer -: se conocen todas las causas; pero esa fuerza, esa fatalidad velada y ciega, nos arrastra definitivamente en un momento que no precisamos nunca bien.

- Así es; eso, exactamente.

Hubo otro trago y un silencio.

- Es cierto, todos hemos tenido infancia como cualquiera - rompió alguien como hablando para sí.

Había adivinado el pensamiento común: la emoción común.

El profesor estiró una mano prolongada, muy larga y pálida; tomó un leño y atizó.

En verdad. Infancia. Qué cosa más rara ya. Qué dulce de saber que siquiera...

Sonrió amargo.

Todos los rostros parecieron dulcificarse. La nariz ganchuda y deforme del profesor se hizo más suave.

- Tambo - dijo el hombre de los fósforos -. Tambo, ¿ves?, yo también he tenido infancia. He sido niño.

Tenía el pelo rojo y mientras hablaba lanzaba saliva por entre los dientes negros y podridos. Parecía profundamente emocionado, pero sus palabras eran duras.

Tambo le golpeó la espalda afectuosamente.

- Sí, Carún - le dijo sonriente y fraternal -; yo lo creo, Carún.

El otro pareció emocionarse aún más.

Un extraño estado afectivo se había apoderado de todos. Algo que nunca habían sentido bien y profundamente antes. Así lo comprendían y por eso la sensación era más intensa, más conmovedora.

Bebieron. Hubo un nuevo silencio. El fuego había crecido y lo alimentaban. Todos los ojos permanecían fijos en las llamas; estaban como encantados en ellas. No se hablaba, pero algo fuerte vivía muy rojo dentro de cada uno.

Las llamas quitaban realidad a los rostros. Eran como imagen de sueño. Las facciones estaban movedizas como paisajes marinos, temblorosas. Ofrecían las caras, a la vista, algo de horrible e inalterablemente fatal: un vicio, una tara inmutable, un sello de invencible repugnancia.

Fue como si un peso enorme, y que antes oscilaba, hubiera caído sobre ellos. Quizás el haber logrado consciencia de un hecho, o simplemente el sentir. Quizás, pero algo los aplastaba, denso, alimentando el silencio. Un silencio que se prolongaba en provecho de la tempestad interior. Un pensar, un recordar lloroso, un buscar, desesperados aunque contenidos.

Se salían de ellos mismos, huían, iban hacia fuera para encontrarse y situarse. Se violentaban en esto, sangraban.

Sólo el roncar uniforme de las aguas se oyó entonces. Las horas comenzaron a pasar lutosas y alargadas. Fueron tres.

El profesor fue el primero en hablar:

- Quizás aparte de lo que nosotros llevamos de ruines... El estado de cosas... Quizás el paisaje indiferente, alienta, o permite, hace posible...

- ¿Qué es un estado, un estado de cosas; por qué paisaje?

- Sí, digo paisaje precisamente; esto es, el ambiente, digo, el medio...

- Sí, profesor, entiendo ya, pero...

- Sí, pero ¿y eso? Nosotros. ¿Qué hay que ver? ¿Qué hay que vivir? O...

- Eso es. Nosotros. Somos los únicos animales de la ciudad perfectamente indiferentes al medio, o estado de cosas. Socialmente - como dicen -, somos insituables. Ninguna clase nos comprende. Ninguna. Somos ralea demasiado especial, demasiado particular para eso, muy definida. También es cierto, nos esquivan. Manifiestamente. En esto la gente no usa la hipócrita educación. La hipocresía patentada que le dieron los colegios. Es natural, en este caso no tienen nada que perder.

- Y nosotros, profesor, nada ya por perder.

- Es cierto, este medio nos desprecia. Nos manifiesta su asco y repulsión. Ambos perfectamente explicables, y lógicos. Somos, mal que mal, nosotros seres ya sin sentimientos desinteresados, carroñas egoístas e inservibles, hombres hechos de mugre y, sin embargo, un producto natural y directo del ambiente mismo, del estado de cosas.

- Qué bien dice Ud., profesor - interrumpió alguien -; qué bien. Yo casi le comprendo, casi...

Sonrió el calvo y continuó:

- Sí. Somos su propio engendro. Un medio, una sociedad cuya base y cuya columna vertebral es el egoísmo, tiene que producir, es lógico, dentro de su brutal inhumanidad y terquedad indolentes, hombres así, seres así, heridos por el desamparo, desentendidos de todo, viviendo sólo para un vicio repugnante o una tara trágica que el medio les estampó; con los cuales los contaminó el ambiente degenerado y podrido, desleal. Es así como se hace posible que en una ciudad moderna - lugar geométrico de toda cultura y civilización - haya hombres vueltos tan violenta y brutalmente hacia la bestia; que vivan contentos en el lodo, que se alimenten de sus propias llagas, así, como nosotros. Esto somos, y por eso repugnamos. Nos evitan con asco - es claro -, como a sus propios excrementos.

Había hablado el calvo, con ardor creciente. Nadie perdió una sílaba. Se sintieron avergonzados. Comprendían que todo se debía a que no supieron luchar; a que fueron torpes, débiles. Cada uno era prisionero de un vicio, y eternamente; lo sabían. Ya no había fuerzas. Ya no había nada en ellos. No comprendieron en un principio. No comprendieron la actitud que convenía adoptar en el medio mismo. Esto los perdió. Pero, sí; ahora veían muy claro, veían por qué cayeron, veían que en medio de toda su asquerosidad no fueron lo suficientemente sucios para subsistir. Y sucumbieron...

Todos los rostros en derrota, condolidos, cayeron sobre los pechos plenos de una desesperación rumorosa, pero inmóvil. En verdad ellos, los hombres como ellos, los descastados, no podían hacer ya nada, sino condolerse amargos, arrepentirse fuerte. Todo estaba perdido por su parte. Sin fuerzas. Quizás - que alegría sería - otros brazos lucharían por ellos contra ese horroroso medio; por ellos y por otros tantos tristes...

El frío de la madrugada comenzó a sentirse. Se oyó resonar al río alharaquiento un tiempo muy largo. Vino una claridad morada, una luz de difuntos...

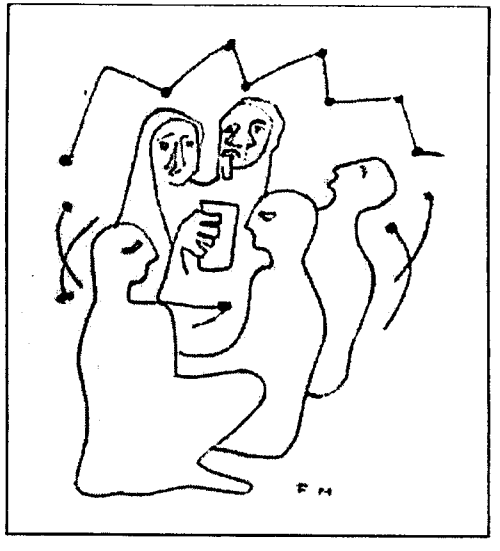
Todas las cabezas continuaban caídas; los rostros horriblemente demacrados por la luz, desfigurados, opacos.

Y entonces, el profesor, recién después de tan largo tiempo, murmuró como un eco de todos los pechos:

- Sí, cuando luchen, cuando triunfen, ¡qué alegre será de ver! ¡Qué alegre...!

El hombre que primero había llegado a aquel lugar se paró. La luz comenzaba a hacerse ya más clara; creaba detalles. Se paró el hombre y sin amaneramiento, después de haber echado un último trago, se despidió con mano lenta. Se alejó cojeando hacia el lugar por donde podría salir del cauce.

Los otros, un instante después también se ponían de pie, y se despedían en forma bastante rara y fría. Los tres hombres por un lado. La mujer, por otro. Se separaban. Iban a perderse en la ciudad. Caminando lentos, arrastrando achacosos su repugnante miseria, todos, hacia el nuevo día que clareaba.



RANQUIL, LUGAR DE MUERTOS

Con toda la confianza que podía darles su natural inocencia, vivían inclinados sobre su tierra desde veinte años.

Ajenos a todo deseo difícil, gozaban la sencillez de su vida. Amaban la dulzura de su vida sencilla.

Nada querían ellos sino vivir.

Los padres talaron los bosques con sus brazos. En la tierra terca abrieron el surco. Espigaron las dulces manos de las mujeres.

Crecieron los niños, y crecieron para continuar la labor de los padres. Crecieron al amor de las yerbas olorosas. Crecieron fuertes y dulces, naturalmente honrados.

Nada querían ellos sino vivir. Eran alegres. Pensaban que nada mataría su vida, o su alegría. Creo que no sabían lo que es una ciudad.

Y un día - no es posible saber si se supo su alegría o fue simplemente sucia codicia de bestia gorda - los hombres de la ciudad, paladines del dinero o dueños de apellidos contundentes, miraron hacia Ranquil y desearon.

Tuvieron el apoyo de un régimen y el de una fuerza ciega; irresponsable casi en su ceguera.

Fue robo y crimen. Gesto bárbaro de inhumanidad y abuso. Fue el gesto primario del hombre de la piedra. Pero fue cosa vieja en estas tierras nuestras.

Yo creo que aparte del deseo de llenar sus inconmensurables estómagos hubo otro también. Yo creo que sus negras y oscurecidas almas envidiaron. Yo creo que esos hombres maltratados por su accidentada conciencia y por su propio espejo, envidiaron la inocencia y la dulzura en los colonos, tan suyas; yo creo que envidiaron su clara paz, su inmensa alegría.

Y es sabido de todos. Los hombres fueron desalojados de sus casas y sus tierras; con las mujeres y con los niños.

Y hubo un peregrinar amargo por los campos. En medio del otoño descarnado y hostil; en medio del llanto de los niños, con el hambre a cuestas.

Y hubieron de inclinarse largas tardes sobre los ríos. Por seguir viviendo.

Luego, el invierno. Vinieron la nieve y el frío duros. Vino el hambre aulladora y desesperada.

Morían de frío los niños.

Las madres clamaban, enloquecían. Las mandíbulas se contraían por el hambre o el dolor. Clamaban las mujeres y los

niños. Y se hincharon los pechos de los hombres, enrojecieron sus frentes, se crisparon las manos. Y comenzó a caminar la multitud de errantes harapientos.

Fueron hacia lugar de pan. A encontrarlo a cualquier precio. Hacia lugar de pan y vida fueron; y no pocos encontraron la muerte por el feo delito de tener hambre.

Y la muerte creó el fuego. Y hubo llamas y humo. Y el viento se llevó el humo pero dejó los muertos.

Y fue peor; el feo delito de tener hambre se sumó entonces el más imperdonable: el descarado y cínico delito de reclamar los más derechos naturales.

Y hombres de Ley llegaron al lugar. Llegaban con máquinas que escupían la muerte con una rapidez sin duda maravillosa. Y hubo sangre y fuego. Y colonos muertos...

Y sin embargo, nada pedían ellos sino vivir. Nada pedían ellos sino lograr de nuevo su día y su alegría.

Pero los hombres del capital odian la alegría de vivir. La estrangulan siempre que pueden. La ahogan.

A cosas tan brutalmente inhumanas y torpes sólo puede responderse de un modo, según la ley mosaica.

Y el día está pronto, y la verdad es que el color de la sangre no se olvida.

Nada pedían ellos sino vivir...

Paz para los caídos y los mártires. Paz.

Amén.

LA CIUDAD ENFERMA

Su último sueño había comenzado a desmejorar. Quiso volver. Alzó la mano, el índice hacia la niebla. Era su gesto habitual. Después, rompió el velo.

Allí el disco (¡maldito disco!). Ya comprendió ayer que le cansaría. Pero, que más daba; aquél era el día...; era lo mismo. No, no le haría cambiar, sería ocioso; además, siempre había la ventana. Pensó en el sueño; comprendió de repente su significado. Era lo mismo, ya lo sabía. No, no era lo mismo; era la confirmación del hecho. Aún no huía del todo del sueño. Estaba unido a él por las últimas telarañas.

De nuevo el disco. ¿Qué aspecto presentaría ahora la ciudad? Estaba elevada como cualquiera otra; ¿era posible que el alma de sus habitantes la hubiera llevado tan lejos de su asiento en su horrorosa simbiosis con ella? Era un dolor real. Y pensar que era aquél el día indicado. En fin, por lo menos sería un espectáculo digno.

Quiso proporcionarse una sensación. Estaba a punto de cortar la gelatina; pero aún no, felizmente.

Si aprieta el botón, la luz del sol asaltaría la alcoba, subiría pegándose a su lecho hasta él, le escalaría los sentidos... y el sueño estaba aún patente, ¡ah!, produciría en su alma un caos amargo. ¿Qué sería entonces?, ¿tal vez un error? Viviría su último día, el último día; bueno, siendo el suyo, era siempre el último.

Un brazo pálido planeó en la semioscuridad de la pieza. Apretó el botón. Vino la sensación, una dura sensación, sensación ártica. Ahora el disco era de luz. Él era la causa del estado que lo revolvía, su luz o su color. La idea saltó afuera por el círculo; quizás allá le esperaba el último sentimiento.

Deseó levantarse, era necesario ver la ciudad, su gente, y sobre todo, iría a aquella casa. Era demasiado temprano aún; pero se iría lento, muy lento. La casa, el grupo, aquel grupo era el centro mismo de la ciudad. Sólo eran once. El era uno de ellos. El grupo era el alma de la ciudad. Qué cosas más extrañas se podían en su época. Comprendió que al pensar así se salía de su tiempo. El alma de la ciudad... ¡Ah! Aquella ciudad tenía un alma. La sentían todos respirar, alentar, latir, jadeaba ahora último. ¡Horroroso individuo! Inconscientemente le había ido transmitiendo cada uno su alma. Nadie pensaba como otro y, sin embargo, sus almas se fueron fundiendo en una sola, todas. Era en verdad un gran dolor y un gran peligro. Nadie podía existir solo, de por sí. Y era más: todos sus pecados se aglomeraban formando un solo bloque. Todos formaban el alma de la ciudad. Pero más que todos, un grupo, el grupo...

Ya la sensación ártica lo abandonaba casi.

Levantarse. Nuevamente el brazo pálido. Un botón... Cinco sombras penetraron al cuarto. Salieron pasado un rato largo. Ahora, permanecía de pie; un espejo en la mano; estaba, al fin, vestido. Contempló su rostro blanco. Era un blanco puro, como de algodón o leche. Sintió pena de verse, se amó al mirarse. Todo esto, a pesar que se encontraba perfectamente. Tiró el espejo. De alguna parte sacó una cajita muy pequeña. Ingirió de ella algo que lo hizo tornarse bruscamente mucho más blanco. Sonrió. Buscó una de sus máscaras. Eligió la mejor; la que más le gustaba. Sabía él que el estilo de aquella máscara no era el último modelo, no estaba con la última moda. Era una innovación suya. Nadie tendría ahora tiempo de copiársela.

Salió a la calle. Las gentes circulaban silenciosas. Sólo algunos borrachos conversaban entre sí haciendo gestos trágicos.

Él caminaba lentamente. Estaba contemplativo.

Observaba los menores detalles porque una idea fija le atenazaba; una idea común, ciudadana en aquel día.

De repente notó que era objeto de la curiosidad general. Todos lo miraban con atención; él sabía por qué. Los demás llevaban las máscaras convencionales; en cambio él...

Quiso recorrer la ciudad. Se internó por ciertos barrios. Le sobraba tiempo. Aquí algunos llevaban máscaras de ceremonia, máscaras dolorosas. Parecía como si las hubieran hecho especialmente para el día funesto. Aun había otros, groseros, enloquecidos, con el rostro descubierto, en una desnudez asquerosa. Apuró el paso, se sintió molesto, experimentó repulsión. Huyó. Anduvo mucho hasta llegar a la Plaza Central.

Estaba rendido. Se sentó en un banco. Por primera vez había caminado a pie desde hacia muchos años; a pie como los primeros caminantes y los últimos mendigos...

Descansaba desde hacía largo tiempo. Bullía la espesa idea en él. Le era difícil aceptarla así, de plano. Fue a la Historia, caminando hacia los orígenes.

Olvidaba. Pero he aquí que comprendió de repente que ya sería la hora. De nuevo la idea. Entonces aceptó. ¡Era la hora! Y una gran tranquilidad lo lavó.

No lo había advertido. Un grupo de gente lo rodeaba. Cuando él los miró, comenzaron a conversarle, a interrogarlo. No contestó. Se cerró más el círculo. Luego hablaron casi todos a la vez, atropelladamente. Él permanecía siempre contemplándolos, mudo. Pronto los otros gesticularon y las voces se fueron haciendo más roncas. Continuaban interrogándolo y hasta quizás le hacían cargos. Pero él, en un momento dado, se irguió de improviso, los miró de uno en uno. Y les mostró sus manos. Entonces todos permanecieron en silencio. Él se alejó a pasos pausados.

Atardecía. El sol rojo – tibio se pegaba como un perro a las casas y a las calles; las lamía. Era una luz molesta, deprimente. Los transeúntes pasaban lentos y silenciosos. El también iba encerrado en sí, preocupado. Llegó a la casa. Igual que siempre, permanecía cerrada.

Dentro estaban todos reunidos. Lo esperaban. Saludó y se acercó a ellos. Parecían preocupados. Tal vez lo estaban. Alguien hizo la señal y se juntaron alrededor de la gran mesa. Discutieron. Terminaron por hablar desordenadamente. No había salida. No. La palabra estaba en el centro de la mesa horriblemente viva. Todos se miraron entre sí; los había helado la palabra; los consumía. Vino un gran silencio, un silencio que los ahorcaba prolongándose.

De improviso se oyó una risa aguda. Lo temían todos; alguien enloquecía tal vez, o tomaba una decisión. Se formó un

pequeño grupo que acompañó al que reía. Después el grupo abandonó la sala siempre riendo entre dientes. Cuando salieron, se les oyó afuera reír con fuerza. Volvieron pasado un rato. Parecían ebrios. Venían alegres. Con una alegría franca. Sólo los ojos les brillaban demasiado intensamente. Los otros se les quedaron observando. De improviso surgió un fatal contagio y los que observaban arrancaron bruscamente las máscaras.

Fue trágico.

A él lo abordó una tristeza serena y cansada. Conservaba aún su máscara y retrocedió hasta un rincón.

Una mujer saltó bruscamente sobre un trípode. La cara desnuda. Comenzó a gritar y a gesticular invitándolos al final, a la consumación. Era la posesión del vértigo de lo trágico, de lo fatal, o el deseo de hundirse.

Aceptaron. Bajó la mujer del trípode y comenzó frenéticamente a romper sus vestiduras. Los demás la exhortaban. Quedó desnuda y huyó a ocultarse detrás de la cortina. Un instante después la tela roja se descorrió bruscamente.

Allí estaba la mujer en el *gesto*.

La saludaron con una carcajada. A él se le escapó un grito.

Ya no quedaba nada que esperar.

Al oír el grito, todos se volvieron mirándolo con admiración. Estaban decididos; lo habían resuelto. Parecían sobreexcitados, inconscientes. Comenzaron a reír y lo invitaron. Él no podía soportar. Se acercó a la puerta. Los otros, al verlo, le entonaron la canción de los sepultureros, terminado de cantar ahogados por las carcajadas.

Aquello era espantoso. Quiso abrir la puerta y empezó a sentir entonces, dentro y fuera de él, un mugido sordo, y, a la vez, un letargo profundo. Advirtió que los demás sentían lo mismo. Dejaron ya de reír, se quedaron mudos y cada uno ocupó una silla blanda.

Allí permanecieron inmóviles, con los ojos semicerrados, los párpados pesados. Los llamó. No le contestaron. Les gritó fuerte. Como toda respuesta, lo miraban y sonreían levemente. Lo invitaron a sentarse. Comprendió. No había más que esperar.

Huyó.

En la calle tenían las mismas actitudes. También lo invitaban a imitarlos. Dejaría la ciudad. Contemplaría el final desde afuera. Aquello era la agonía, ulcerosa agonía.

El sol moría en el ocaso con una lentitud sonámbula. Las gentes todas tenían la cara descubierta. Apuró el paso. Percibió el suelo blando; le parecía pisar sobre seres vivos, adiposos y tibios.

Sintió los pies pesados de huir. Todos lo miraban con ojos vidriosos y sonrisas idiotas, tendiéndole los brazos.

Desesperado, comenzó a correr. Lo único que deseaba era huir. Pasó rápidamente por frente a su casa y sintió una aprensión en el corazón. Corría cada vez más rápido. Las hileras de casas huían vertiginosas a sus costados. Por fin llegó a las afueras. Divisó una prominencia de terreno a unos cuantos metros. Aquello sería su palco.

Era la antigua piedra blanca, patriarcal, que se daba a la orilla de la ciudad. Estaba exhausto y sentó sobre la roca.

Entonces se apoderó de él un letargo suave. Sintió los párpados pesados. Era aquello... igual que todo. Comprendió. Estaba incapaz de moverse. No lo deseaba tampoco desde que se sentó. Miró la ciudad. Densas nubes comenzaban a rodearla. Letargo. La sensación era como la introducción al sueño. Sueño. Dejó caer los pesados párpados. Desde la ciudad llegaban hasta él unas voces que lo llamaban todavía por su nombre, debilitadas, febles...

EL PASEO

Era el ángelus. Caminaba lentamente, con movimientos elegantes. Era alto, de formas esbeltas. Las facciones delicadas; el color mate, barba escasa, ojos grandes y ligeramente almendrados; la mirada húmeda...

Su aspecto y su andar pausado lo hacían parecer triste. Los ojos húmedos se detenían con una cierta dejadez insistente sobre los transeúntes.

Observaba los detalles mínimos, deteniéndose con preferencia en las vidrieras. Contemplaba los adornos de colores vivos; las joyas en los estuches de dulce raso.

Se detuvo en el escaparate de un joyero. Miró las joyas y, al mismo tiempo, palpó los anillos de sus manos. En el espejo del fondo vio su imagen. Se contempló y en el rostro apareció una alegría dulce y cariñosa. Las manos subieron hasta la corbata; los dedos largos, palparon la prenda adornada con una esmeralda; casi acariciaron. La expresión del rostro se tornó más dulce aún. Pronto se apartó del escaparate. Dejó de mirarse. Continuó. Siguió por la calle Central. Se vio pasar en el fondo de los espejos y, en ocasiones, se desconoció. A veces eran tres imágenes que caminaban hacia un mismo punto para converger en un lugar y fusionarse. Era una sensación rápida, instantánea, como si algo en el fondo de él mismo, de sus propias entrañas, se comprimiese también rápidamente.

Caminó más de prisa.

Frente a la tienda de flores se detuvo. Miraba a la dependiente, una muchacha joven y hermosa, sin duda. La mirada acuosa de los bellos ojos mansos acarició las morbideces tempranas de la joven, los brazos desnudos de piel nacarada, los senos turgentes y prietos, adivinándose bajo la seda de la perchera. Ella también lo miró, pero pronto subió un rubor tenue a sus mejillas y volvió la vista turbada. El se acercó a la vidriera. Sintió que amaba a esa niña bella y tierna y le dolía haberla molestado. Seguramente adivinó ella en su mirada, pesada de deseo, lo que él sentía. Se arrepintió. Permaneció de pie junto a la vidriera. Por el interior caía agua pegada a los vidrios. Olvidó a la muchacha por un instante...

No importa por qué extraña asociación de ideas (el agua corriendo junto a los vidrios y ciertas plantas exhibiéndose, que recordaban, por su forma, la botánica marina), pensó – una nueva sensación lo llenaba ahora – en esos seres pequeños que viven lejos de las leyes humanas, que no forman sociedades, que son individualísimos, que viven su vida solitarios, abasteciéndose y satisfaciéndose a sí mismos y en sí mismos.

Siempre pensaba estas cosas extrañas; siempre que vivía dos sensaciones bien determinadas y opuestas, se producían en él raras asociaciones. También se ponía un poco triste. Era porque poseía un espíritu algo complejo y muy especial.

Dirigió una última mirada a la florista. Continuó su camino y a poco andar se detuvo frente a un taller fotográfico.

Parecía beber en las vitrinas. Observó con interés un desnudo: una actriz cubierta apenas con un velo de gasas finas. Se excitaba en la contemplación de la bella mujer. Luego fijó su atención en otro retrato. Era un hombre vestido con un corto entrepiernas. El resto del cuerpo, de contextura atlética, completamente desnudo. Un conocido luchador. No miró la foto con menos interés que la anterior y su rostro tomó una expresión especial. Parecieron alargarse un tanto más sus ojos almendrados. Se fijaba en la musculatura recia del retrato. Los labios se entreabrieron ligeramente. Dejó las vitrinas y continuó. Su paso era ahora más menudo y casi mimoso.

Comenzaba a caer la noche. Al llegar a la esquina en que debía tomar el tranvía, la expresión de su rostro había cambiado por completo. Iba con la faz triste, muy triste, casi congestionada de dolor.

Subió. El carro iba atestado de pasajeros. Él estaba torpe. Una turba de pensamientos oscuros se agolpaba en su cerebro y bailaba, a veces enloqueciéndolo y a veces deprimiéndolo. Era la consciencia de su espantosa tragedia lo que le espantaba; su extraña y horrible tragedia, que él mismo comprendía muy

débilmente. Cuando esto pensaba, se le embotaba el cerebro y observaba estúpidamente a las gentes, comparándolas con él mismo.

Los pasajeros le pisaban y lo empujaban sin compasión. Se sentía molesto. De pronto, advirtió a su lado la presencia de una mujer interesante. Iban apretados el uno contra otro. Los senos de la muchacha rubia chocaban a veces contra su pecho, gracias a los vaivenes del carro y las paradas bruscas del conductor. Él se apretó más a ella. Sus piernas quedaban en contacto firme con los muslos de la rubia. Pronto sintió los senos de la muchacha junto a su pecho. Ardía de deseo y la joven no le rehuía.

Se bajaron juntos. Caminó unos pasos detrás de la mujer y después la abordó. Fue recibido con una sonrisa. Trabaron amistad. Se internaron por una calleja angosta, solitaria y alumbrada débilmente. Ella le extendió la mano.

- Hasta aquí.

Se lo quedaba mirando con los ojos alegres e incitantes. La tomó por el talle y la abrazó frenético. Sintió dos brazos suaves anudarse a su cuello. Cuando la dejó, ella permaneció unos instantes con los ojos cerrados. Después pronunció un día de la semana y le tendió la mano dulcemente. Él la miró alejarse hasta llegar a la esquina. Allí vio dibujarse una bella silueta a contraluz.

Partió en dirección contraria. Se dirigía a su casa.

Marchó rápidamente, con su característico paso largo y elegante. Las calles todas por esos barrios eran mal iluminadas. Poco transitadas a esa hora. Pensaba en la rubia, en su fácil conquista. Se sentía orgulloso. Llevaba el pecho alto y la mirada desafiante.

Casi le faltaba una cuadra para llegar a su casa, cuando divisó, a cien pasos, al pie de un farol, la figura de un hombre corpulento que parecía leer un periódico. Pudo observar, aun de lejos, que se trataba de un individuo acomodado, a juzgar por su traje.

Era bien extraño eso de detenerse a leer un periódico a la luz de un farol. Se interesó. Cuando hubo avanzado más, pudo distinguir mejor al lector. Era un hombre de magníficas proporciones, casi un gigante. Ya cerca, pudo distinguir bien las facciones del desconocido. Entonces, bruscamente cambió su rostro de expresión. Parecía como si su cuerpo entero se hubiese contraído. Su gesto y su actitud cambiaron. Él conocía a ese hombre, lo había visto esa misma tarde, en un retrato.

Sus ojos parecieron ovalarse más que de costumbre, la mirada se hizo dulce, extrañamente dulce, y hasta su modo de andar cambió. Al pasar junto al hombre le dirigió una mirada sedante; parecía como si tuviera mucho sueño en sus ojos, o algo

así de extraño. Y aun después de haber pasado, volvió a mirar hacia atrás, con la misma dulce languidez.

El andar era mimoso, fino.

Frente a su casa, introdujo la llave en la cerradura de la lujosa puerta y miró por última vez. Le pareció que el hombre lo miraba también y lo estremeció una sensación intensa, interna: algo como un cosquilleo, dulce y enardecedor en todo el cuerpo.

Entró.

Se miraba en el espejo del hall. Se observaba más bien. Estaba emocionadísimo, triste, herido. Como siempre que reflexionaba sobre su modo de ser, sobre sus extraordinarios y opuestos estados físicos, psíquicos, mentales, no acertaba a comprender nada y lo cubrían una tristeza y un dolor desesperados. Mil ideas lo asaltaban. Intentaba razonar. Pensó en una copiosa biblioteca. Continuaba mirando su imagen en el pulido espejo para calmarse. No lo conseguía. De pronto, hubo una idea. Se oscureció su entrecejo. Comenzó a odiar las calles, las gentes, los paseos, la sociedad. Bebía del espejo, de su propia imagen, estas ideas.

Se fue a su alcoba. En las paredes había retratos de astros y estrellas cinematográficas. Dio una vuelta completa a la habitación contemplando las figuras. La expresión del rostro cambiaba continuamente. Comenzó a desnudarse con lentitud. Acariciándose casi al quitarse cada prenda. Su rostro era ahora alegre. La idea crecía.

Sí, era estúpido. Abandonaría todo trato social. Dejaría de manifestarse oficialmente. Toda sociabilidad en él era superflua, y hasta podía llegarle a serle fatal, quizás. Sí, lo olvidaría todo. No necesitaba de las gentes. Sabía bien, que aun solitario, no estaba nunca solo. Y ya desnudo, cubriéndose con una capa de seda china, con flores imposibles, bordadas en negro y oro, se dirigió al cuarto de baño.

Abrió la llave del agua tibia y la tina de mármol albo comenzó a llenarse lentamente, muy lentamente. Después se dio media vuelta y quedó frente a frente a su extraordinaria imagen reflejada en un espejo de luna descomunal. Se hincó sobre un alto de muelles cojines y comenzó a contemplarse apasionadamente, con intenso amor reflejado en el rostro. Era la encarnación misma de Narciso, amándose a sí mismo, y aun, gozándose en sí mismo...

Pronto principió a abrirse la capa por el cuello hasta dejar al descubierto los hombros albos y redondos. Inclinó lentamente la cabeza y estampó un beso dulce y ardiente en el izquierdo. Sus manos comenzaron a recorrer acariciadoras los muslos. Continuó tirando hacia abajo y quedaron al descubierto los pechos, blancos,

fofos, y quizás demasiado desarrollados. Se los oprimió con las manos delicadas. Tiró un poco más y quedó al descubierto el vientre albo. Después inclinó el tronco con desgano hacia atrás y se desprendió completamente de la capa.

Estaba rosado, excitadísimo. Con lentitud mimosa comenzó a abrir las piernas largas y bien formadas.

Se vieron entonces en el espejo sus piernas como dos columnas formando un ángulo en cuyo vértice, casi, quedaba el miembro viril, bien proporcionado, que él contemplaba con amor, y, cuando ya las extremidades se hubieron separado completamente, pudo verse más aún: Algo así como una inmensa herida bajo los testículos, que no era una herida y cuyos bordes eran rosados y carnosos labios que el individuo contemplaba con no menos codicia y amor.

Se alzó con lentitud. Anduvo unos pasos.

El baño estaba casi lleno. Se metió en él sumiéndose hasta el cuello. Sintió el enervamiento del agua tibia. Una sonrisa especial curvó sus labios sin despegarlos.

Los párpados se cerraron voluptuosamente...

LA NOCHE DE JUAN

Tenía los ojos vidriosos y fijos en el techo. Estaba cansado. La fiebre misma lo había agotado. Lo hacía pensar tantas cosas raras y complicadas. Pero, ¿qué conseguía con todo eso? Nada. Nada claro. Peor, un profundo dolor de su condición. Sería eso, o acaso, como nunca había pensado antes; pero esta fiebre lo hace escuchar tantas voces a uno.

Esta fiebre...

Sintió cómo le ardía la cara. Era una temperatura despiadada. Piedad. Pobreza. Él era pobre, mísero, enfermo ahora. Ni trabajo. Ni dinero. Hambre; pero muy poca, porque esta fiebre quita el hambre. Siquiera...

Nadie se preocupaba por él; no le habían traído ni un vaso de agua. No tenía parientes. ¿Sería bueno tener parientes? Cómo ardía la cara. Violentamente dio media vuelta sobre la *pallasa*; crujió la paja. Pegó la cara fuertemente contra los ladrillos; estaban frescos.

Allí se quedó escuchando el silencio de la pieza y su alma. Él era un hombre lerdo, lerdo de cabeza. Todos se lo decían cariñosamente. Todos lo querían; le habían dicho: "...pero eres bueno, Juan".

Él era Juan y decían que era bueno, Juan el Bueno. Así

como en esos cuentos, allá en la infancia, en un colegio de aldea, una señorita pálida que pronunciaba muy bien; *la señorita.* ¡Yo, señorita! ¡Yo, señorita! Sintió castañetear unos dedos. Alzó la cabeza bruscamente. Nadie. Y fue tan claro.

Esta maldita fiebre...

Se vestía lentamente; en realidad no debía salir. Pero, después de lo que había pensado... Quería ver la ciudad, y comparar y comprender. Y era buena, al fin, la fiebre. Sin ella no hubiera comprendido nunca, quizás. Lo único que todo aquello lo había puesto tan triste, no más. Y tomó los zapatos que estaban blancos de cal. "La cal se come el cuero", había oído decir. Era natural, con tocarla se comprendía.

Pobres zapatos. Sentirían la mordedura de la cal. ¿Así como la fiebre? Y eran suyos. Eran como él. Hasta se le parecían. ¿No era para ponerse triste? ¿Por qué había de ser así la vida? Y el sol es de todos, y el agua...

...Ahora comprendía lo que oía decir. Claramente. Lo único que él se ponía triste, y sus compañeros... ¡Ah, cómo bramaban! Y otros, ¡cómo arrastraban una cólera y un dolor sordos, bien dirigidos! Y él. Triste. Decididamente no tenía espíritu de lucha.

Se secó la cara con la frazada. Tomó el sombrero. Era negro, sucio, viejo. También tenía cal.

Apagó la vela...

Parado en el umbral, asomó la cabeza. La temperatura era fresca. El patio empedrado estaba lleno de pozas.

Apagó la vela...

Parado en el umbral, asomó la cabeza. La temperatura era fresca. El patio empedrado estaba lleno de pozas. Todo el día había llovido. El acetileno ardía débilmente en un rincón. Cerca de la puerta de la administradora. Pensó en el lunar enorme, café y peludo que tenía la vieja bajo la boca, y sintió un escalofrío. Qué triste se veía el patio. Realmente era un espectáculo triste.

Y comenzó a andar saltando sobre las pocitas. Con el cuello del saco subido; a saltitos...

En la calle sintió frío. ¿Por qué no tendría él un abrigo? La transpiración se le había helado en el cuerpo, y la camisa iba adherida a las carnes.

Iba pegándose como un perro a las murallas. Presa de sus pesados pensamientos. Caminaba y miraba las casa, las luces, los almacenes, los tranvías, los hombres. Cerró los ojos. Como una rueda girante, veía su interpretación de la ciudad. La agrupación. El comercio, cambio, monedas, trabajadores, hitos, humos, coches de perfil elegante, bocinas autoritarias, guardias rígidos, herméticos, huérfanos de voluntad propia, manos magras, toses roncas, dolorosas toses, rostros pálidos, pan...

¡Ah!, todas las cochinas relaciones de los hombres.

La fuerza del odio, del dinero, el color de los vicios, la traición, la venganza, el derecho...

El Derecho, el Odio. Él no podía odiar. Si pudiera, siquiera un solo instante, odiar algo, a alguien... Qué débil, qué cobarde era...

Y recordaba a sus compañeros de dolor. Aquellos que habían gritado; los que sabían exclamar. Cómo habían sido castigados. ¿Y por qué? Reclamaban su derecho a la vida. La vida, el pan; no podían más. ¡Pobrecitos; como él! Y se emocionaba intensamente. Qué horroroso y sucio era el mundo. Qué sucio.

Y él soportaba. Los otros, nó. Pedían sus derechos y eran perseguidos, golpeados, torturados. Espiados cochinamente otros. O rodando de cárcel en cárcel: De dolor en dolor. ¿Por qué no podría reaccionar como ellos, siquiera? Sería otra cosa.

Pero la suya era una triste complexión. O sería muy tonto, quizás. O era que antes jamás comprendió ciertas cosas. O el musulmanismo de su padre, viejo, villano, pegado a la tierra, como su abuelo, y convencidos de una humanidad inalterable, inmóvil. Pero no, lo suyo era físico. Estaba en sus venas. Era un animal enfermo y triste. Todo dolor lo anonadaba.

Y el frío crecía y una niebla espesa se pegaba con manos húmedas a la ropa.

Frío. Y el calor de un bracero. Un lecho tibio. Qué pena tan grande. Recordó a su madre. Qué brutalmente niño era. Qué niño tan triste.

Si ella lo viera ahora. Si viera a su Juanito, ahora, de grande, tan solo, tan mísero. Juan Salinas era él. Juan, Juan Salinas, estaba enfermo y no tenía trabajo; por estar enfermo. A su patrón no le convenía que él estuviera enfermo. Y había visto matar un caballo viejo alguna vez, por viejo. Era ley que sufriera, en verdad. Ley. La Ley. ¡Ah! Sí. Él tenía imposiciones. Sí, pero sabía bien lo que era aquello. Casi era mejor no haber ido. Recordó un número. Él tenía imposiciones, sí. Im-po-si-cio-nes. Esta palabra tenía otro significado, un duro significado. ¡Cómo son de elásticas las palabras! Y los nombres, un poco inapropiados a veces, o sólo en parte exactos, en la peor parte...

Había caminado mucho y la fiebre venía de nuevo, crecía. Se sentía mal. La consciencia de una amarga condición llegaba a emocionarle. Caminó hacia calles apartadas. Quería seguir andando, pero quería estar más solo.

Era una especie de ternura onda lo que sentía por sí mismo. La fría convicción de su desamparo, el hambre, el frío, la indiferencia del déspota, la lucha diaria por el pan, perra; la zancadilla, la traición, le producían esa ternura por sí mismo,

humana, y una emoción y un dolor ancestrales, de bestia herida, apartada, sin cubil.

Lentos goterones comenzaron a caer multiplicándose. Se pegó más a las murallas y anduvo más lento y más triste.

Estaba completamente dominado por su ser afectivo y por una desesperación honda y devastadora. Una intensa sensación de tragedia insostenible lo llenaba. Con un nudo de angustia en la garganta se entregaba lloroso y desfallecido, al medio, al elemento, y a la fatalidad.

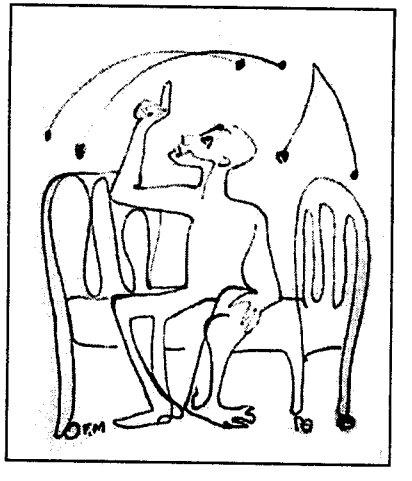
La lluvia era ahora gruesa y despiadada. Caía con su característica y fría indiferencia.

El no sentía frío. Sentía la fiebre muy densa. Un calorcito dulce lo llenaba. El agua parecía entibiarse en su cuerpo. Los zapatos, heridos por la cal, llagados, estaban ahora negrísimos.

Una inconsciencia creciente se iba apoderando de todo su ser. Recordaba su vida. La iba repasando desde sus comienzos, lentamente, deteniéndose cariñosa en algunos puntos, amándose, compadeciéndose...

Sentía el sonido del agua tibia dentro de sus zapatos mojados. Se miraba los zapatos, negrísimos...

Siguió arrastrándose sobre la amarga línea de su vida hasta llegar a su imagen presente. De nuevo la ternura, la serena y húmeda desesperación, el dolor animal, profundo, lloroso, lo vencieron, lo cubrieron.



Miró la calle larga y sola. Aumentaron su pena y su sensación de abandono aplastante. Su paso se hizo más y más lento. Se pegó a las murallas desesperadamente. La sensación de tragedia socavaba sorda lo profundo de su ser. Y la idea fatalista, creciendo, se abrazaba despiadadamente a él. Demoledora...

Como una bestia enferma y dolorida, avanzó arrastrándose casi. Aplastado. Completamente vencido.

Y de pronto, con los ojos semicerrados, sin poder contenerse ya, poseído de un cansancio súbito e insostenible, llorando, estremecido de sollozos, se detuvo.

Luego comenzó a doblar lentamente las piernas, hasta quedar pequeñito, acurrucado como un perro junto a una puerta. Cerró los ojos, y triste, cansado, se durmió profundo, muy profundo, hasta el día siguiente, y, aun, hasta más allá del día.

LA FORMA

Había elegido como arte la escultura para mejor expresar su pensamiento. Nada era para él tan expresivo como el volumen y la forma misma.

Había conseguido estremecerse ante la presencia de un mármol bien logrado y gozar en la armonía de una bella curva.

Este modo de apasionamiento por el arte lo empujó a gestos extremos.

Se entregó por completo a la contemplación de las bellas formas; vivió sólo para el arte.

Así era que, aparte de estudio, tenía en el piso superior de su casa una amplia galería donde guardaba preciosas esculturas; una inmensa sala, cuya única luz - fuera de la luz natural - era un foco eléctrico colocado casi al ras del suelo y que bañaba con una tenue y rosada claridad.

Las esculturas estaban colocadas en dos hileras a lo largo de la estancia, dejando un camino espacioso en el centro, con el fin de no entorpecer con sus sombras, un telón que cubría casi enteramente la pared del fondo.

Un inconsciente egoísmo, causando quizás por el secreto placer que le producía le contemplación de sus obras, lo llevó a colocar ese gigantesco telón - no sé qué extraña combinación de substancias -, donde, gracias a la única luz colocada tan bajo, debía quedar forzosa e indeleblemente impresionada la silueta de cualquiera persona, desconocedora del secreto, que penetrara en la

galería. Cualquier cuerpo extraño colocado en el camino central de la sala, proyectaba su sombra agigantada sobre la blanca superficie del telón, permaneciendo fija e imborrable...

Amaba su arte, Drako Stabello, el escultor: lo amaba exageradamente. Fuera de amarlo como artista, lo amaba porque le proporcionaba sensaciones misteriosas e intensas. Porque la contemplación de la forma le sugería ideas alucinantes, porque lo hacía pensar en mundos desconocidos y jamás soñados.

Muchas veces lo sorprendió el alba en su actitud de idólatra ante un mármol bien trabajado.

Pasaba las más de las noches en su galería privada. La luz débil y vaporosa producía efectos fantásticos sobre las esculturas. El gesto más apagado, la actitud menos lograda en una obra, cobraba una fuerza extraordinaria, doblándose en valor. Parecía que aquellas dos hileras de formas frías, fueran a cumplir de improviso el movimiento comenzado, fueran a lanzar desde sus pechos el grito largamente gestado.

Drako se extasiaba durante largo rato ante cualquiera de sus esculturas. Casi siempre elegía las noches de plenilunio. El efecto era entonces superior. Después de apagar el foco eléctrico abría una gran ventana en el fondo de la sala, que daba al jardín. La luz lunar entraba suavemente, acariciándolo todo con su guante de seda, besando los pechos y los hombros de las desnudas mujeres de mármol.

El artista miraba en derredor suyo con los ojos brillantes, transportados de felicidad.

Se acercaba a una forma.

Contemplaba.

La impresión era fuerte, sentía una corriente helada a lo largo de la médula espinal.

Sus sensaciones se acentuaban más por cada minuto que pasaba. Era un contentamiento que lo llenaba entero, un interés que lo mantenía tenso. Llegaba un momento en que su estado de morbosa de atención era tal, su obsesión tan viva, que esperaba ver un gesto abierto y franco, un movimiento en la forma que tenía ante sí...

- - -

Nunca supe de dónde provenía aquel magnífico y costoso obsequio. Nunca supe tampoco el artista creador de esa obra maravillosa.

Ariadna y Teseo: dos esculturas trabajadas con verdadero primor, con esa perfección de líneas y esa delicadeza que caracterizaron a los orfebres renacentistas. Obras pulidas hasta

el cansancio. Mármol blanquísimo. Mármol suave. Obras hechas a la manera clásica y, no obstante, encantadoras.

Ariadna y Teseo. El semidiós estaba apoyado en un pilar en actitud reposada; quizás descansando de sus numerosos trabajos. Un enorme casco empenechado cubría su cabeza. El resto del cuerpo, vigoroso y desnudo; en el rostro, una expresión de placidez tan grande que el mirarle producía tranquilidad. Y Ariadna, parecía que el artista había concentrado en el todo su arte. La bella Ariadna, completamente desnuda, inclinándose un poco para recoger por una punta la túnica que había resbalado a sus pies. A pesar de la inclinación, mantenía el rostro mirando hacia delante; un rostro divino en cuya boca se dibujaba una sonrisa a la vez picaresca y angelical.

Hizo transportar las obras a la galería. Se maravillaba contemplándolas.

Nunca le había preocupado la antigüedad clásica, desde ningún punto de vista. Pero ahora la revivía, la sentía en él. Había sugerencias paganas en el rostro de aquella Ariadna. Aquel rostro era la expresión de toda la Grecia liviana y galante.

En el fondo de él mismo, felicitaba al artista que había conseguido dar vida a aquella sombra mitológica. Aquella amada sombra que surgía de la leyenda con un esplendor tan divino; aquella forma de mármol en la que veía una expresión tan intensamente humana.

Hasta la historia misma de la princesa helena era bella. Historia bella y romántica. Historia trágica. Había amado locamente a Teseo. Lo siguió hasta Naxos. Aquí el Héroe la abandonó. Ella ahogó su desesperación arrojándose desde una alta roca...

Todas las noches subía Drako a contemplar la estatua.

Noches de verano. A la luz de la luna aparecía más radiante aún la bella forma.

La noche tiene un alma. En la oscuridad hay un espíritu animador de los objetos. Un algo que les da contornos extraños. Las cosas en la penumbra toman a veces formas que espantan. Hay entonces en ella una actividad latente , una fuerza secreta que amenaza manifestarse. Es el espíritu de la noche, que se infiltra en las cosas.

Por eso el escultor creía ver por momentos que se movían algunas de las figuras que quedaban más alejadas de él. Por eso sentía extraordinario placer en pasar sus noches en esa sala. Noches de luna. Noches de alucinantes claroscuros...

Durante mucho tiempo mantuvo exagerado modo de adoración estética. Adoración que se fue acentuando cada vez más hasta llegar a convertirse en pasión...

Una noche, contemplaba a la blanca Ariadna desde hacía varias horas. En un momento dado se sintió impulsado a acercarse a la bella forma. La palpó con sus largos dedos febriles. Una sensación de frío lo hizo estremecer. Fue un descubrimiento horrible para él. Nunca la había tocado. Antes, se contentó con mirarla. La había imaginado tibia; quizás por qué extraña causa, pero la había imaginado tibia en su blancura. La idea de que Ariadna permaneciera helada lo trastornó. Se puso pálido. Algo le atenazaba la garganta, ahogándolo. Sintió deseos de llorar...

Sin embargo, la noche que siguió a la dolorosa experiencia, la pasó entera adorando la estatua. Lo mismo las posteriores; aunque no de la misma manera que lo hacía antes. Se sentía triste. Recordaba una historia. Veía una virgen con la túnica rasgada, cenizas en la rubia cabellera, las manos en el rostro, llorar desconsoladamente a la orilla de un mar antiguo, sola... A lo lejos, sobre unas aguas de esmeralda, un trirreme que se alejaba lento. Era Teseo que partía a cumplir su destino. Porque Teseo debió abandonar a Ariadna forzado por su destino. Por su pesado destino de semidiós. Y él debía cumplirse. Estaba castigado a no conocer nunca las dichas de un amor grande y sedentario. El permanecer en un punto con una mujer y formar con ella un hogar habría sido ridículo en él. Su intensa labor aventurera no se lo permitía. Para él detenerse significaba negarse a sí mismo.

Por eso se vio obligado Teseo a dejar a la bella Ariadna. Seguramente llevó siempre su imagen con él. Seguramente amó mucho a la princesa por esta circunstancia. Sí, debió haberla amado mucho. Pero la dejó abandonada en Naxos. Era su destino que lo impulsaba desde los astros.

Este modo de interpretar la leyenda hizo que Drako sintiera una inmensa piedad por Ariadna. Esta piedad se tradujo en un sentimiento cariñoso que terminó por borrar en él esa impresión de dolorosa frialdad que le producía la estatua.

Reanudó sus nocturnas veladas contemplativas.

Era ya la mitad del verano. La luz de la luna parecía aumentar la belleza de la escultura.

Todas las noches el artista la acariciaba. Aquel rostro y aquella sonrisa lo fascinaban. Acariciaba la forma con ternura, con verdadero amor.

Debió darse cuenta de que amaba a aquella mujer de mármol. La amaba como pudiera haber amado a cualquiera otra mujer.

Llegó a besarla. Besos reposados. Besos ardientes. A veces, con adoración; arrastrado por un sentimiento puramente estético: como habría besado a un hermoso ídolo. Otras veces sus besos eran la expresión de una pasión; una pasión oculta que se cumplía

exteriorizándose. Besaba y sus manos febriles recorrían nerviosas las morbideces blancas; palpando las combas suaves y serenas, los senos esbeltos y redondeados... Besaba y cubría de caricias la misma forma helada que antes le produjo recelo y casi terror.

Quizá qué extraño fantasma se levantaba desde las regiones más sombrías de su alma, impulsándolo.

Durante el día se sentía inquieto. Esperaba la noche, la deseaba. Vivía únicamente para aquellas veladas solitarias; aunque no solitarias: él nunca se sintió solo. Con la noche venía la luna, y a su clara luz Ariadna era más bella aún.

Apenas tocaban la tierra los primeros rayos de la suave claridad, el escultor subía a encerrarse en la galería.

Sus criados se extrañaban al advertir este hecho curioso y hacían comentarios entre ellos.

Drako estaba poseído de un demonio. Cada vez besaba con más ardor la bella forma: cada vez la acariciaba con ojos más ardientes. Le murmuraba al oído palabras empapadas de pasión.

Aquéllas eran horas de intenso placer para él. Esas veladas constituían toda su felicidad. Pero había veces en que un incidente molesto le perturbaba. De repente, en un momento dado, tenía la sensación clara y precisa. Se turbaba. Inquieto, volvía el rostro y, naturalmente, no veía a nadie. En la habitación no había otra persona que no fuera él mismo, y su mirada sólo se encontraba con la estatua de Teseo, de cuya actitud apacible sorbía tranquilidad y reposo.

Nunca faltó a una velada. Sus sensaciones de placer se iban haciendo más y más precisas. Se desesperaba de la inmovilidad de la escultura. Sus manos eran ahora ansiosas; murmuraba palabras roncas, palabras de fuego, como queriendo animar la forma helada. Sembraba el cuerpo blanco de besos golosos, y con los ojos relucientes de excitación lo circundaba de un brazo desesperado, frenético y sensual...

Agotó muchas noches estivales sucesivas.

Era una de sus postreras veladas en la estación. Había subido a la galería en canto comenzó a anunciarse la noche. Pasaron a su lado las horas con pasos enguantados. Él no sentía el tiempo; todo su mundo era la blanca Ariadna...

Ya la noche amenazaba morirse palpitando en las últimas estrellas.

En el piso bajo los criados dormían. Sólo el ama de llaves, una anciana que se levantaba con el alba, trajinaba en silencio y con cautela.

El amanecer comenzaba a resucitar las cosas, que surgían tomando contornos lentamente de entre las sombras.

Todo era silencio.

De improviso se oyó un golpe enorme y retumbante que pareció estremecer toda la casa. El ruido partía desde la galería, en el segundo piso. Despertaron los criados, sobresaltados; un solo pensamiento fue el de todos: su señor. Nadie habló una palabra y miraban estúpidamente hacia el techo. Entonces un grito desgarrador rompió el silencio, un grito animal. En seguida un nuevo golpe más fuerte que el anterior y semejante a un derrumbe. Repentinamente, los criados abandonaron sus lechos y corrieron en tropel hacia la escalera que conducía al segundo piso. Empujaron la puerta. El aspecto de aquella sala que parecía un museo, la rara disposición de aquel foco manando una enfermiza luz rosada, les sobrecogió. Avanzaron. El espectáculo que se ofreció entonces a sus ojos les produjo una admiración y un espanto que se manifestaron en una exclamación unánime y estrangulada.

Tendido entre grandes trozo de mármol estaba el cuerpo de su amo. Tenía una herida profunda en la garganta, que asemejaba una inmensa y espeluznante flor roja. Los pobres hombres no supieron qué pensar. Pudieron reconocer por un trozo de mármol, que revelaba un detalle mínimo, que la escultura rota era la misma que ellos habían visto subir dos meses atrás: Una mano hermosa que sostenía la punta de una túnica.

Estaban alelados. No podían comprender nada. Eran absolutamente incapaces de coordinar ideas. Alguien dirigió la vista hacia lo alto; los demás lo imitaron; el espanto los hizo enmudecer.

Sobre el telón de fondo, enormemente agigantadas, se veían dos siluetas claras y delineadas. Una de las figuras recordaba, por su forma, a la de los frisos de las antiguas construcciones griegas. Era un cuerpo vigoroso y desnudo, y una cabeza cubierta con un enorme casco empenachado. Mantenía la mano derecha en lo alto y empuñaba un objeto que parecía ser una daga corta, mientras con la otra sostenía por los cabellos a una silueta que delataba ser la de Drako y que se defendía, tratando de desasirse con ambas manos.

Bajaron la vista. Mil ideas, cual de todas más extraña, asaltaban sus cerebros. Estaban horrorizados. Un brillo húmedo en los ojos. La mirada, vaga. Un hombre se agachó estúpidamente a recoger algo del suelo. Lo mostró a los demás con gesto torpe. Era una hermosa y puntiaguda espátula de conchaperla que el escultor llevaba siempre consigo. El objeto estaba manchado de sangre.

Entonces una débil claridad iluminó la inteligencia de aquellos hombres. Surgió una sospecha horrible. Y lentamente, como por efecto de un suave magnetismo, dirigieron todos la mirada interrogante hacia un mismo punto: Teseo.

En el fondo de aquellos ojos plácido, sin pupilas, a los que la luz del alba daba ahora ligeros matices verdosos, no pudieron leer nada.

EL COLOR

La casa del pintor Antón Palieckus estaba montada sobre una prominencia rocosa, a la orilla del río. Era una construcción de sobria arquitectura; dominaba en ella la línea recta, como en casi la mayoría de los modernos edificios. Sólo hacía excepción a esta aridez de estilo una torrecilla, de orden un tanto gótico, que sobresalía en forma brusca a los ojos y que continuamente estaba mirándose en las aguas del torrente.

Por dentro, el aspecto de la casa era brillantísimo. Existía en ella una armonía de colores muy difícil de hallar, como también un lujo imponderable. Las habitaciones, todas, estaban magníficamente atestadas de obras de arte, las cuales revelaban un elevado sentido estético de parte de quien las había dispuesto.

El salón de Antón Palieckus era el apartamento que más llamaba la atención. Había en él pintura y escultura. Frente a los cuadros clásicos, estaban los libreimpresionistas, las ociosamente complicadas obras cubistas y algunas telas de los numerosos imitadores del gran Picasso.

Una hermosa venus de pulido mármol blanco y de corte helénico, descansaba sobre un pedestal, en un ángulo de la pieza.

Había también cuadros de Antón en esta sala. Se distinguían de los demás por su gran brillantez de colorido. El pintor distribuía los colores en forma francamente arbitraria, siguiendo en sus paisajes un orden que para nada consultaba a la "madre naturaleza":

En los retratos daba más importancia al fondo que al retrato mismo. Según él, era allí donde se mostraba verdaderamente la personalidad del que posaba.

De todo lo que en aquella sala existía, tres eran las obras que mayor interés suscitaban:

De bronce rojo, modelada en forma toscamente artística, una cabeza de fauno, con tal expresión de perversa sensualidad en el rostro, que ninguna mujer podía mirarla sin estremecerse.

Sobre una mesita de ónice, estilo Renacimiento, una urna de claro cristal guardaba un icono medioeval, de pequeña talla. Era una cara amarillenta, cerosa, con una expresión estúpida en la boca y un brillo extraño en los ojos, que hablaba del sórdido diabolismo de una época, que sugería las más bajas pasiones y que hacía pensar en un abismo de pecados oscuros, degradantes y de espíritu satánico.

Los bordados que cubrían el vestido habían perdido todo su brillo, y aquella tela, que en otros tiempos debió ser hermosísima, semejaba, ahora, más que un traje, una mortaja.

La tercera maravilla era un cuadro que representaba una escena de la obra del Dante, El Infierno. De esta tela es imposible hacer una descripción más o menos acertada. La impresión que producía al mirarla era demasiado vasta, demasiado completa, para poder decir algo sobre ella. Un cuadro enteramente pintado en un color granate sublimado; una escena que sobrecogía intensamente al espectador. Es todo lo que se puede exponer. Además, que toda persona que lo contemplara, aun la menos creyente, llevábase grabada su imagen como una horrible pesadilla que le perseguía y torturaba por lo menos durante dos noches consecutivas.

Antón Palieckus pasaba los veranos en una casa de campo de su propiedad, la cual estaba circundada de vastos jardines e invernaderos donde se cultivaban las flores más remotas y exóticas.

El pintor hacía cortar las flores por millares y las ponía al servicio de su imaginación.

Ordenándolas sobre gigantescos tableros, consiguió verdaderos paisajes de raro y caprichoso estilo.

Construía también escenas mitológicas y sobre un fondo del más puro celeste estampaba pájaros de leyenda.

Era la visión de los colores, que lo empujaba a esto. Desde pequeño se vio turbado por ella y ahora había llegado a convertirse en una verdadera obsesión.

Para Antón los colores lo eran todo. Formaban parte de su propia existencia.

¡Ah, los colores! Pensar que hay quienes afirman que no existen. ¿Qué sería la vida, nuestra propia vida, si no supieran presentársenos bajo diversos matices y aspectos? Seguramente, moriríamos de tedio y aburrimiento.

¡Pobre Antón! Fue un romántico, un loco enamorado del arco – iris, como otros lo son de la luna.

El arco – iris. ¿Hay algo más verdadero y a la vez más falso?

Si meditaba, no eran imágenes las que se sucedían en su cerebro, no eran ideas o pensamientos propiamente tales, sino una danza de colores y matices diferentes que surgía ante sus ojos.

Nuevas combinaciones de color. Hé aquí lo que el artista perseguía. Las encontraba, las admiraba durante algún tiempo; luego lo cansaban y buscaba otras.

Así pasó el pintor una parte de su vida. Hasta que, poco a poco, le fue siendo más y más difícil idear nuevas combinaciones de color; llegando a comprobar un día - no sin gran dolor de parte suya - la completa imposibilidad de hallar tan sólo un nuevo efecto artístico – cromático.

Desde entonces una extraña melancolía comenzó a adueñarse de su ser. Decayó su ánimo. Enfermó de un mal cuya

causa no estaba en el cuerpo sino en el espíritu y para el cual los médicos no conocían remedio alguno.

Comenzaron a apasionarle los colores grises, las tonalidades fúnebres, en cada objeto. La labor suya de esta época - que fue muy reducida - no tiene esa antigua brillantez y variedad de tonos. Los temas y asimismo el colorido de sus cuadros son francamente lúgubres.

Los colores grises terminaron por pervertir sus sentimientos.

Fue un día en que se afeitaba nerviosamente, con inconsciente precipitación. Un movimiento equívoco en los dedos, y la navaja resbaló. Una gota de sangre corrió por la mejilla izquierda del pintor, para caer sobre el lavatorio y deslizarse, formando una delgada franja, sobre el blanco purísimo de mármol.

Lanzó una exclamación inmensa de alegría. Sus ojos adquirieron de pronto un brillo extraordinario. Se quedó como en éxtasis durante unos minutos e inmediatamente la abordó una racha de júbilo. Al fin había encontrado un nuevo "efecto". Esa combinación tanto tiempo aguardada se había presentado al fin.

Retornó a él la antigua alegría. De nuevo tenía su imprescindible alimento espiritual, aunque - como él mismo lo comprendía - ahora de naturaleza un tanto diferente.

Eso no importaba. Para él aquello era de absoluta necesidad, y esto era ya una razón por que dar libre curso a sus sentimientos.

Precipitadamente, hizo construir en su cuarto de baño, bajo una llave de bronce de ancha boca, una pequeña pirámide de mármol blanco y escalonada.

Desde aquel día pudo habérsele visto entrar al citado apartamento de su casa, ayudado por una linterna sorda, a altas horas de la noche, silencioso y llevando pequeños bultos tibios bajo el brazo. Una vez cerrada la puerta tras de sí, con sumo cuidado, depositaba sus víctimas - casi siempre pequeños mamíferos - sobre la blanca pirámide.

Luego, empuñaba un cuchillo de hoja brillante y de mango negro, que permanecía oculto tras un espejo veneciano.

Era un golpe, uno solo, dado con maestría tal que a él mismo lo admiraba. Un relámpago rojo surgía y, transformándose en una líquida veta púrpura y ondulante, se deslizaba saltando, uno a uno, sobre los albos escalones...

Entonces, Antón contemplaba el espectáculo con una expresión de singular dulzura en el rostro. Todas sus facultades y sentimientos, principalmente su sentido estético, su sensibilidad de artista, estaban ahora al servicio de aquel embrujamiento, de aquella singular atracción que emanaba de un simple juego de

colores. La faz del pintor se transfiguraba como la de aquel que contempla una obra de arte...

Ya esta especie de éxtasis ha pasado. Antón carga con el cadáver de su víctima y atraviesa una serie de pasillos y habitaciones en sombras. Ahora sube unos cuantos escalones muy angostos y penetra en la torrecilla. Hay aquí una ventana que permanece siempre abierta y el pintor se acerca a ella.

El río corre a sus pies gritando desordenadamente.

- - -

Era un hermoso conjunto de colores Zula Zagreda. Antón comenzó por interesarse por ella; pero la muchacha era demasiado hermosa y terminó adorándola.

A los ojos del vulgo, hasta la conversación de la muchacha estaba llena de colorido: hablaba siempre de cosas insubstanciales.

Aquella noche tomaban el té en la casa de Antón. La hora era avanzada. El pintor observaba a la muchacha con extrema atención. Cuanto más la miraba, tanto más hermosa le parecía. Quería explicarse aquel nuevo estado de ánimo que había sido capaz de crear en él. Porque era una sensación lo que la presencia de ella le transmitía, una sensación completamente nueva, compleja, absolutamente desconocida de él hasta entonces. Aunque, a decir verdad, aquello no era tan nuevo y extraordinario como le parecía. Era conocidísimo de todos y tan viejo como el mundo, o más viejo, talvez; aquello se llamaba amor, y la exquisita sensación que él sentía se debía sencillamente a que estaba enamorado.

- Después de todo - se decía -, esto es muy claro y vulgar. Pero - volvía de nuevo a pensar - lo que yo siento por Zula no es lo que sentiría un enamorado cualquiera. Mi pasión es más compleja e intrincada, insólita e indescriptible, puesto que ni yo mismo alcanzo a comprenderla.

Y en verdad, la muchacha le atraía, igualmente, desde el punto de vista del sexo y, también, como un nuevo campo de experimentación.

Mientras Antón se hacía estas reflexiones, Zula terminaba de fumar un cigarrillo de insoportable aroma y con la punta de sus largos dedos - que terminaban en unas uñas de color verde esmeralda como su vestido - lo aplastó contra un cenicero metálico, al mismo tiempo que rompía el silencio.

- Estas noches de verano son insoportables; me arde la cabeza y desearía refrescarme un poco peinándome. Si tú permites...

- ¿Qué si lo permito? De mil amores - contestó el pintor usando una vieja galantería de mal gusto -. Yo mismo te acompañaré.

Y la guió hasta el cuarto de baño.

Sonrió Zula al notar, sobre una especie de repisa, más o menos una docena de frascos llenos de esencias de diversas tonalidades.

Llamó su atención la pirámide de mármol e hizo una pregunta al pintor; éste le contestó cualquier cosa y la muchacha comenzó a humedecerse el cabello con esencia de lilas.

Se peinaba lenta y aparatosamente. Estaba hermosísima, radiante, y Antón sintió por ella un amor intenso e incontenible.

Por ella había casi olvidado su obsesión blanco – escarlata.

Y hé aquí ahora los dos objetos para los cuales vivía, los dos factores constitutivos de su existencia, estaban junto a él.

A un lado, Zula, única mujer a quien amaba; y al otro, ese bloque de mármol que era como un altar para él.

Fue un extraño complejo, una reacción de los sentimientos completamente inesperada para cualquier espectador que observa la escena.

Sintió Antón una sensación que hacía tiempo había dejado de experimentar. Recordó el rito rojo y frecuente; se sintió impulsado...

Un fantasma blanco debió cruzar por la imaginación del artista y algún demonio negro trazó un signo maléfico en el aire.

Se acercó al espejo veneciano, sacó el cuchillo y rápidamente arrastró a la muchacha hasta la blanca pirámide.

De puro extrañada, Zula ni siquiera se defendió...

Se vio el brazo de Antón alzarse a regular altura y caer instantáneamente. Y dio en la parte posterior del cuello y no se oyó un grito. La punta de la hoja había llegado hasta el nudo vital y una cinta púrpura y líquida comenzó a descender sobre los albos escalones, desarrollándose interminablemente desde la cabeza de la mujer muerta, mientras el hombre contemplaba el espectáculo con una expresión de singular dulzura en el rostro; su cara estaba transfigurada como la de aquel que contempla una obra de arte...

Ya la sangre se había coagulado sobre el mármol. El pintor se acercó a la llave. Un enorme chorro de agua fresca bañó el rostro del cadáver.

Antón miraba con suma atención. Sintió miedo y asco. La mujer tenía los cabellos lacios, aglutinados sobre las sienes. Estaba horrorosa y en la blanca nuca había una herida profunda e intensamente roja.

Entonces le acometió una risa bestial y desordenada.

Tomó a Zula muerta en sus brazos y se dirigió con ella hacia la torrecilla gótica.

Desde el pasillo se veía la ventana, profusamente inundada por una luna enfermiza. Se llegó hasta ella, dirigió su mirada al río y sonrió de extraño modo. Alzó el cadáver lánguido de la joven y lo arrojó al espacio.

Se oyó el chapoteo acostumbrado, ahora más intenso que nunca.

La noche era clara.

Miró hacia el cielo; notó que la luna estaba roja y, de nuevo, lo asaltó una serie de carcajadas locas, desaforadas...

La última carcajada se fue saltando sobre las aguas, río abajo...

EL PASAJERO DEL SUEÑO

Es tan difícil decir qué es lo que hay de más valor en la vida... los modos de ser son muchos...

Para Alirio no existía ninguno. Jamás logró interpretársele una actitud real, y la verdad es que toda su vida fue un sueño ininterrumpido.

Quién sabe por qué eligió esta clase de vida. Es tan difícil decirlo. Pudo ser quizás cierta dejadez, cobardía, o un supremo modo de cansancio.

La vigilia producía en él una honda depresión moral.

Sólo podía soportar este estado que, parcialmente, podríamos llamar lúcido, mientras leía. Porque las páginas de los libros florecen a veces imágenes extrañas y encantadoras, muy dulces de navegar...

Pero, ¿es que puede desenvolverse así la vida de un hombre, entre el Sueño y el Ensueño?

Así vivió Alirio.

Alirio duerme. No lo turben. Está enfermo el pobre...

Y pregunta Sylvio, el más pequeñín de la familia:

- Dulce enfermedad ha de ser esa del sueño, ¿verdad, madre?

- No hay enfermedad dulce, hijo mío - contesta ella - y un mal espíritu está en el cuerpo de tu hermano.

Será un sueño pesado - piensa el niño, entonces, como esos que sufre él cuando despierta sobresaltado llamando a su madre, con las mejillas húmedas de llanto.

Y compadece infinitamente a su hermano.

Pero, ¿qué pueden saber las gentes del sueño si no viven en él?

Alirio sí lo conoce y lo ama por eso mismo.

Cuán mísero se siente al despertar. Cuánto odia la grosera y terca realidad.

En ella se siente débil y torpe.

Torpe él...

...El más audaz de los honderos... El más sabio de los cazadores.

Rey...

Emperador sobe setenta ciudades. Su sede en Nákar...

Señor en su palacio de Melimpa... ... ...

Melimpa mira al mar, a veces.

Es un mar hermoso, consciente y amable, que sabe ofrecer un bello espectáculo; ejecuta élegantes ondulaciones, suspende albas cenizas con sus verdes apéndices en soberbias danzas...

Pero hay ocasiones en que Melimpa no mira al mar, sino a una infinita llanura en fantasía. Es un inmenso jardín. Vive el paisaje de una vegetación imposible; la luz de un astro alegre escribe dulzura sobre el color de flores rituales. Pero el corazón de un hombre se enerva en la contemplación de un panorama así de bello... Y allí está Donia que espera entre sedas halagüeñas. Tendida en un diván muelle, entre colores insinuantes...

Donia la bella. La robó al soberano de un país lunar. Fue en un tiempo de numerosas aventuras... Ella sabe acariciar como las flores, y son tan suaves sus manos...

Las flores. Hay flores que tienen presencia femenina...

Un ruido sordo comienza a llegar hasta él desde muy lejos...

Comprende: son guerreros. Es una invasión. Han bajado de sus nebulosas montañas los rangunes de las tribus negras y avanzan sobre Melimpa...

Se yergue y deja a la bella Donia para tomar sus armas. Va hacia un balcón y atisba. A sus pies está un ejército esperando. Melimpa ya no mira al mar. Ni a una llanura. Es un desierto. A lo lejos, entre una inmensa polvareda, divisa al enemigo que avanza ... ...

Marcha a la cabeza de su gente. Pronto se encuentra con los horribles rangunes.

Los destruye en un furioso combate.

Hay millares de cadáveres sobre las candentes arenas.

Su ejército continúa intacto y reluciente. Muchos de sus enemigos huyen en dirección al Sur; los persigue avanzando sobre las dunas...

Hacia la hora del crepúsculo va caminando lento a causa del color enfermizo de la luz que a ese tiempo crece. De pronto empiezan a aparecer volando pesadamente, inmensos pájaros

blancos que al pasar casi rozan las cabezas de los soldados. Siente cierto cansancio. Una de las aves viene directamente hacia él, con vuelo lento. Ya cerca, ve en sus ojos una mirada conocida y que le parece haber visto en sueños... El pájaro le toca el rostro con una de las alas y siente un desvanecimiento... ... ...

El cuarto y los cansados objetos familiares; mucha penumbra. Hastío. Cómo soportar el humillante regreso.

En el velador la lámpara de acetileno ilumina una escena estúpida. El rostro de su madre que se inclina sobre él y observa- le parece muy vieja-; sus hermanos, pequeños, alrededor de la cama lo contemplan con curiosidad insufrible y ojos bobalicones.

Le habla la madre y las palabras caen casi extranjeras a sus oídos. Alguien penetra en la pieza con platos atestados de alimentos. Traen una jofaina con agua. El olor que despide la comida se le ha hecho insoportable. Si le acercan un plato cierra los ojos, para huir.

Se ha posado en su frente la mano de su madre. Comienza a vivir un espiral girante en el paisaje interior. Conoce que está justamente en el umbral. En ese punto se tiene dos imágenes; ambas igualmente fuertes y ciertas al tacto. Aquí, lo que ya abandona, lo que va a olvidar; allá lo que ha surgido, y con igual fuerza de vida y color. Se está entonces en el centro de esas dos verdades y ese centro es el más puro vacío: insituable.

Y permanece perdido, incapaz de arriesgar un solo signo, como un fiel inmóvil en el punto extraordinario. Pero sería sólo de amar más una imagen. Y sigue el sendero reciente y novedoso...

El camino que conduce al bosque está tapizado de yerbas frescas, y lleva ropas livianas. El sol arde dulcemente. Así se puede ir feliz. Sólo el turbante, que cambió por un cuento al mercader, le molesta en la frente, oprimiéndolo cinco veces. Se libra de él inesperadamente, tirándolo a orillas del camino.

Comienza a soplar una brisa ligera y suave que al pasar lo besa en el rostro con languidez y juega con sus cabellos. Siente un placer dulce y voluptuoso...

Permanece tendido entre las flores. Hay en la atmósfera una frescura verde y agradable que lo llena.

De pronto se yergue. Hasta él llegan las risas y los gritos de alegría. Ese era el objeto de su viaje. Casi lo había olvidado. Comienza a caminar.

¡Ah, las bellas vendimiadoras!

Ellas son las que trajeron la alegría al bosque; vinieron con el sol. En un claro no lejano ríen y juegan danzando sobre las uvas apretadas. Es la estación de la embriaguez y preparan

el sagrado néctar. Es el tiempo de sueño en el país. Continúa entre senderos de flores y las risas se oyen más cercanas y cristalinas.

Le darán una alegre bienvenida. Será un tiempo de placer y delicias ente las hermosas doncellas. Allí vivirá el estío...

Antes de acercase las observa semioculto entre las hierbas. Advierte que en el camino se ha coloreado su túnica con el polen de las flores de todos matices. La tela aparece soberbia. Danzan alegres las muchachas sobre los exuberantes racimos. Ni siquiera sospechan su llegada. Por eso mismo su presencia será una maravillosa aparición. Los pies, las pantorrillas y hasta los muslos mórbidos de las vendimiadoras están empapados del jugo de las uvas. Constituye un espectáculo de superior belleza y placer el contemplarlas con sus cuerpos esbeltos y sus rostros angelicales, su cutis rosado y terso y sus pequeñas faldas cortas, bailar locamente sobre los lagares color de amatista...

Amatista, púrpura... El color sube a las narices; tiene un aroma especial. Olor de vinos espesos. El amatista embriaga como el vino... Embriagarse y bailar con ellas sobre las uvas...

Salta muy alto y está desnudo; tampoco las mujeres llevan ahora las faldas menguadas y blancas, ni él es ya como antes. Tiene unos pequeños cuernos disimulándose entre los cabellos espesos y encrespados, negrísimos. Sátiro. Sí. Cuando aplasta los racimos siente el líquido que se escurre entre los dedos de sus pies. Es molesto y agradable a la vez. Recuerda. Sátiro. Hierve la sangre. Abraza por el talle a la más bella y ruedan ambos sobre los racimos maduros. Las demás también se echan sobre él y lo acarician. Se confunde con ellas, rodando y amándolas. Exprime sus senos como si fueran racimos maduros, como si quisiera sacar de ellos un líquido embriagador y púrpura... Púrpura, amatista. Todo su cuerpo se ha teñido de amatista ... ...

Es la hora del ángelus. Permanece tendido en medio del lagar. Han huido. Se embriagó con ellas. Y esa corriente de destrucción que habita ahora su cuerpo. Lo han abandonado. Pararse y caminar. Buscar un arroyo donde contemplarse. Narciso. Así se calma el dolor. El rostro sobre las aguas transparentes y quietas. No es un sátiro. Ha vuelto a él; pero, ¿cuál puede ser su cara? Verse, mirarse, para extender las páginas de su tragedia...

Ha venido la noche. Su rostro y, al fondo, el cielo. Flotando, también una luna amarilla. El arroyo abre así un camino. Al embarcarse esas aguas no serán aguas. Sí. Y extiende los brazos hacia el paisaje. Experimenta una sensación de languidez suave y desciende. Pasajero celeste y vertiginoso.

Avanza, directo hacia una luna amarilla... ... ...

Eran sórdidas y cáusticas las sensaciones sobre aquel planeta enfermo. El paisaje vivía a trechos de una luz rojiza anémica, y a trechos era un violeta de difuntos. Esa luz contaminaba el espíritu, enfermándolo. El suelo parecía calcinado. No podía distinguir horizonte alguno a causa de que surgían continuamente ante los ojos formas, sombras y aspectos que era incapaz de evitar. También era incapaz de huir aquellos horrorosos territorios; antes le habría bastado sólo desearlo. Pensaba mientras iba caminando lerdo y distraído sobre las piedras calizas y tibias, si significaría aquello para él un destierro infernal o una oscura penitencia. Pero no hallaba la falta. Una desesperación agotadora lo acogió al comprender que estaba a merced de tan amarga aventura. Le era imposible volver; no era ya el piloto hábil de otros tiempos.

Tenía consciencia del sueño, pero comenzaba a dudar. Aquello se prolongaba demasiado. Recordaba un cuarto en penumbra y un nombre que era el suyo: Alirio. Tenía el nombre entre sus manos y lo hallaba extraño. Alirio, un cuarto en alguna parte, un cuarto estado, y algo más. Todo aquello parecía entonces un sueño. Y esto... las sensaciones que ahora vivía, el paisaje presente. Era tan fuerte a veces ese recuerdo, que casi abandonaba su actual escenario. ¿Por qué era tan fuerte ese recuerdo? O... ¿Qué era, recuerdo de qué? O, ¿era tan vital el recuerdo como el imaginarse una cosa, o tan débil como el vivirla? Así, aquello no era entonces recuerdo; podía "ser".

La verdad era que los pies le bailaban. Se le anudaba la garganta y una desesperación sin limites lo abordó. ¿Qué era sueño, entonces?

El mismo tenía quizás la culpa. Él, que hizo de su vida algo tan extraordinario; que quiso ir por caminos desconocidos e indeterminados; que deshumanizó sus ojos. Y allí, destruido, tuvo la sensación de haber violado algo sagrado, de haber descorrido un velo intocable, de haber pisado lugar prohibido...

Vivió de una última esperanza. Si el planeta tuviera un término bien conciso; si pudiera encontrarse al borde del astro, frente al caos, al espacio. Y sabía que ese hecho estaba en él, como en el planeta. Pero le costaba. Y cerró los ojos para conseguirlo, cerró los ojos desesperadamente para luchar mejor... y consiguió la imagen...

Allí estaba, al borde del planeta. Era una arista. Estaba frente al caos gestado. Y entonces extendió los brazos para saltar. Se sentía alegre y feliz de poder abandonar el doloroso episodio. Debió sentir lo que un prisionero recién huido, al saltar ... ...

Iba encogido y se sentía bien de ir así.

Caía.

Lo llenaba una debilidad dulce, desvanecedora y enfermiza.

Caía. Caía en medio de una espiral violenta. Girando y descendiendo en medio de una espiral violenta azulada.. . . . . .

. . . . . .

Se encontraba tendido en medio de penumbras. Tenía la vista nublada y apenas podía adivinar su lecho, el lecho que lo soportaba. Siempre la espiral. Subía y bajaba por ella. Eran dos espirales cónicas cuyas puntas se unían en su propio pecho, en lo interno de su pecho. Bajaba y subía, se sentía leve y etéreo, leve y etéreo, muy leve...

Cerca de él un cráneo desnudo que vio venir bamboleando entre la oscuridad, hasta detenerse a pocos centímetros de sus ojos.

Una cuerda se eleva partiendo del lado izquierdo de su pecho. Distingue las facciones del que lo observa. Una cuerda sube desde su corazón hasta perderse en medio de la penumbra Y su pensamiento trepa por ella huyendo del lugar. Visita una región roma, sin imagen alguna. Vuelve bruscamente y sin desearlo. Han retirado la cuerda de su pecho. Fue casi en el preciso instante en que volvía...

Distingue el cráneo a dos pasos de él, en la sombra. Presiente otras personas en la pieza, pero no las ve. El cráneo se mueve de izquierda a derecha como en gesto negativo o de duda. Se mueve lentamente, con movimiento isócrono. Pronto adquiere mayor velocidad, toma color rojizo fosforescente, anda, como péndulo.

Siente un deseo irresistible de cerrar los ojos.

Caen los párpados.

Un cosquilleo dulce lo recorre... Después, una pesadez que le va haciendo el cuerpo más y más insensible... Más y más insensible, a medida que el pensamiento y sus sesos - ente humos dolorosos - parecen subir lentamente. Se siente ajeno y asciende. Sube, lentamente, muy lentamente, hasta llegar a contemplarse desde fuera de él mismo.

RITO A NARCISO

Era un extraordinario modo de egolatría; una incomprensible posición de rebelde; un mañoso amor a sí mismo.

Es difícil decir si su actitud nacía de su sangre, de su carne, de su arboladura animal, o si fue algo que él mismo quiso alimentar en provecho de su color: una perversión mental que alimentaba.

Yo quisiera hablar de él desapasionadamente; enumerando simplemente las cosas; diciendo lo que él dijo; olvidando ciertos detalles; reviviendo palabras suyas, así, despreocupadamente...

Oficio

Es tan dulce el amarse en el fondo de un espejo. Contemplarse paciente, escrupulosamente. Y recorrer los episodios de nuestro rostro. Sorber la vieja imagen amable y novedosa a mareas. Ir olvidando, borrando lentamente, a medida que los sentidos se pegan al cristal, esos asuntos cansados y aturdidos del polvo cotidiano. Y que el mundo decreciendo, reste a nuestra estricta unidad, a nuestra brillante imagen, acontecida en centro puro de emoción.

Extrañado de todo recuerdo, quererse. Libre de todo amor ajeno a la íntima complexión, amarse. Amarse en el rostro; en cualquier gesto furtivo; en el más ínfimo detalle de esa imagen, fiel a toda emoción propia..

Se hablaba a sí mismo. Conversaba horas largas con su imagen.

Es tan dulce oírse y verse

Se hablaba y escuchaba su propia voz, escuchaba sus respuestas desde el fondo del cristal. Esas respuestas, flotando en

su rostro, bailando pequeños e imperceptibles gestos, viniendo silenciosos por misteriosos caminos enlutados...

La voz y el manto

En esa hora cualquiera quiso verse desde opuestas y diversas latitudes; dar muchos marcos a su imagen por gozar en ver su esencia inalterable...

Vistióse de todas sus ropas. Se vio ataviado de todo lo suyo y lo extranjero. Se gozó en él bajo diferentes aspectos, pero procurando no perderse en sí. Se persiguió en él, en el calor de sus corbatas y de sus trajes; se persiguió más, siguiendo, besando sus huellas a través de montes y llanuras, a través de caminos de todos los colores; sobre los recuerdos de todas las piedras...

Con trajes que hablaban otras lenguas, bordados de dragones enrojecidos, se sentó frente al espejo, en actitud particularmente frágil, con uñas largas y piernas de oriental, llevando un pesado turbante, vestido de telas imperiales, cargando un regio alfanje y adoptando un gesto propio alegró su magnífica altanería; y aun, poseído de un frenesí sacrílego, imitando la estampa del dios de piernas cruzadas y vientre desnudo que se adora en Oriente, se rindió fervoroso culto durante largo tiempo, confirmando su imagen en un cristal de luna vieja.

Otras veces se gozó en oír su voz. En escucharse largamente a sí mismo. Algo así como un redescubrimiento del eco le produjo alegrías infantiles.

Lanzó su voz en sitios espaciales y experimentó una voluptuosidad desmayada al escuchar las sílabas últimas, lejanas y misteriosas.

Sentado en medio de una verdadera galería de retratos suyos, pronunció largos discursos sobre temas extraños, mientras se contemplaba en todas las poses, y moldeando las palabras, con lengua y paladar, para soltarlas con una forma y constitución predeterminadas.

Era una forma suya, preciosa, de regalar el oído y de quererse.

El gesto aparte

- Toda acción debe contribuir a integrarnos y a separarnos de lo externo. Toda cosa debe sacrificarse a nuestra imagen. Podemos dejar olvidado en lo que toquemos el sello de nuestro dedo, el porte de nuestra planta en cualquier suelo; dar

nuestro carácter, saturar todos los vientos; pero jamás arrastrar consigo, aún insensiblemente, algo extraño, externo a nuestro nombre.

Vivía así, para su altar y a su alrededor. Se amaba y agasajaba. Era zalamero en su culto. Se observaba escrupulosamente. Era el alevoso espía de sus arrugas que tanto quería. El compañero de sus veladas en que nutría fantasmas. El sacerdote de su espejo; siempre oficiando, incansablemente. Su rostro parecía haber adquirido cierta sonoridad peregrina. Jamás traicionó su estampa; la hallaba más bella que toda obra de arte; más perfecta que un número o una palabra, más fuerte que el silencio, más dulce que la danza.

Olvidó los libros de sangre y alcurnia, borró a sus parientes, en honor a su individualidad.

Así, de esto, de mirarse y amarse, crecía y vivía su orgullo, su vida y él mismo.

¿Qué cosa podría haberle turbado, qué accidente, si caminaba de manera tan portentosa? Viviendo así, desatendiendo, desestimando todo hecho externo, ningún fenómeno tendría suficiente fuerza para hacerse vivo en su presencia, o alterarlo.

Pero era cuidadoso de las aventuras en su persona, aun las más leves. Era excesivamente susceptible para sí. Un imperceptible detalle podía herirlo profundo, a veces; una luz mínima.

Y vino una vez algo horrible, sorpresivo, deprimente, aterrador para él.

Una tarde se inclinaba sobre el espejo, curvado, semejante al tallo de cierta flor blanca y contemplativa...

Hacía ya mucho tiempo que se miraba, mucho tiempo. Estaba inquieto y no sabía por qué. Buscaba la causa. Había descubierto algo - naturalmente en su rostro -, pero no sabía qué era, no conocía ni su especie ni su substancia. Sin embargo, estaba aterrado, se preocupaba. Buscaba atentamente; esforzábase por descubrir qué origen tenía aquello que había visto, pero que aún no podía interpretar ni recordar. Porque sabía, sí, comprendía que era cosa de recordar.

Y buscaba.

Pero de pronto vino a rodearlo un coro de optimismo.

¿Qué importaba? ¿Por qué darle tanto valor a aquello? Ya recordaría.

Y sonrió.

Sonrió leve. Apenas se entreabrieron sus labios. Se vio sonreír en lo fondo del cristal; su cara y su risa. Y entonces, desesperadamente, se aferró a un recuerdo que surgía... No logró conseguir nada de inmediato. Pero lento, con suavidad, como si

avanzara navegando por la topografía interior e ideal, desde lo profundo de la faz, desde aquello que oculta la piel, lentamente, vino algo nítido, que crecía al acercarse a sus ojos, hasta hacerse horriblemente claro, doloroso de reconocer. E interpretó.

Algo de un ser extraño se había quedado a las comisuras de sus labios. Como un sello trágico. Aquella sonrisa ya no era suya; no era ya perfectamente suya. Tenía algo de otra persona extraña a él. En otro quizás hubiera hecho sonreír un hecho así. Pero en él... ¿cómo podía viciarse de algo extraño a su sagrada integridad, cómo poder pasar influencia tan amarga? Y aquel ser y aquella risa no lo habían impresionado tanto como para... o tal vez recordó después el rostro y la risa y le parecieron bien quizás... De todos modos aquello lo atacaba, lo hería, lo amenazaba. Desgarraba su dulce y amada integridad...

Y profundamente emocionado abandonó el rostro entre sus manos, alicaído, lánguido.

Introducción al mareo

Algunos huyen de una aventura amarga, de un duro episodio, retornando a su piel, replegándose en sí mismos. Es un modo de huir.

Él no podría hallar ni siquiera esto, quizás. ¡Tanto vivía en él! ¿Cómo poder internarse aún más adentro de su silueta? Pero, sin embargo, aquel extraño y extranjero gesto debió penetrar por alguna parte; algún inadvertible paso que desestimó o dejó olvidado. Comprendió, al buscar, la fácil claraboya por donde ese aire ansioso – gesto intruso – penetró turbador a desarticular su ritmo cotidiano.

Y así, exactamente como algunos, retornó a su marco estricto; huyó hasta él, quedando, ahora sí, perfectamente en sí mismo y consigo mismo; cerró esa ventana que se abría hacia una noche que no era su noche.

Y comenzó de nuevo la perniciosa y voluptuosa búsqueda de su amada persona. Ahora más minuciosa y asiduamente que antes, ahora seguro de estar perfectamente ajeno a toda luz que no irradie su propia imagen; presintiendo su próxima y absoluta separación de todo paisaje impropio; sintiendo, alegre, que el mundo comienza y muere en él mismo.

Inclinado. Como la flor blanca sintió ya un amor por su amada medalla que no era puramente estético. Quizás su aislamiento lo condujo a tanto. Enamorado, dulcemente enamorado, de esa imagen cotidiana, intangible en el cristal, adelantó hasta producirse crispaciones en los dedos, temblores en

las manos; hasta llegar a experimentar un amor violento, desesperado, sexual, por sí mismo, por su rostro.

Inclinábase. Afectado, lento, exageradamente amable, dulce sobre las duras aguas. Y más allá de las aguas transparentes, persiguiendo las otras, más profundas, peregrinas, amadas.

Buscaba, no sabía qué. Quizás lo secreto en su ser, lo que nunca se nos revela, lo que va a decir algo, en el fondo de nuestros ojos, lo que, al mirarlos mucho, comienza a acercarse lento desde dentro, y que, próximo a aparecer, enmudece siempre.

Y avanzaba más, sin evitarlo, por derroteros complejos e irisados. Una fuerza cuyo origen desconocía lo empujaba a mirarse, lento, pero con violencia palpitante, hacia su propio rostro: los ojos acariciando con sedosos fluidos, los labios besando, uniéndose ardoroso a la efigie helada, en cálidas y húmedas corrientes.

Así llegó a amarse; no podía huirle; no lo quería tampoco; se hallaba y se pertenecía. Alentaba el culto, lo complicaba a sabiendas, a riesgo propio, ansioso. Sólo aceptaba el Sueño, que estaba en él, y el Ensueño, en los libros; ambas cosas como ofrendas, como sacrificios a su altar, su altar que comenzaba a cambiar de color, su altar que crecía deshonroso, impropio, agresivo, hereje...

El retrato

Aún continuaba estrechándose y viviendo hacia sus más tibias interioridades.

- He surgido de lo hondo de mí mismo tantas veces; cada vez nuevo, y siempre mi yo profundo, insondable, en ruta hacia mi esencia más pura, ya casi indiscutida; libre de toda escena humana, aliento sobre mi inmensa humanidad, la mía, la que llevaba oculta, la grande, la misteriosa, tras ese mundo que se abre, que hallo dentro de mí y en el que nada hace ausencia. ¿Qué puedo desear? Mi propia ternura se vacía dentro de mí mismo y nada se pierde; mi amor más rojo y eficaz entibia el mismo mis venas, y me cruzan mis propios brazos.

- He perseguido mi imagen, mi calor y el olor de mi propio cuerpo me enerva. He aquí el hombre poblado de sueños, lleno de empresas recorridas sobre sus propios afectos, sobre su temperatura y el alcance de sus propios miembros. Todo el amor humano no podría bastarle y aun el suyo no lo hastía. Digo yo: ¿qué es el amor? Y el amor comienza y muere en mí. Está mi imagen en mis retratos, en mis manos, en todos mis movimientos, en las aguas de mis cristales. Todo mi calor sobre mi espejo; todo mi amor sobre el rostro.

- He amado mi cuerpo y he perseguido mi alma.

- Hoy mi ardor reposa todo sobre mi sangre; mi cuerpo se basta a sí mismo. El amor nace en mí y se adormece dulcemente sobre mi pecho...

- He buscado mi alma y hoy la he visto clara; siento su tibieza y su hálito que me envuelve y palpita dentro de mi pecho; que se pega a mis párpados, cerrándolos dulcemente; haciéndolos ver todo, a través del cristal claro, amado.

Y así prolongaba y retocaba indefinidamente su vida y su admirable culto. El rito se extendía sin salir de sí mismo, se hacía más complejo cada día. Su amaneramiento, su cariño para sí, habían llegado a ser sutiles. Sus modales fluidos, sus palabras volaban lentas, silenciosas, e iban a colores en torno a su rostro, como formando una cuerda de amor, preconcebida y dulce.

- ...entre losas viejas, olores marchitos, nombres de ausentes. Quizás. Era una idea muchos antes de ti, o una palabra vagando sola que se llegó hasta un artista. Una palabra vagabunda o una sombra, o tu sombra. Pero, ¿es que un hombre, la idea, la sombra, una palabra...?

Todo cuanto miraba o tocaba lo llenaba de él mismo. El paisaje lo transformaba, despersonalizándolo, incorporándolo a sí mismo.

Amándose tan particular y exclusivamente siempre, se desprendía ya de él una fuerza arrolladora, inevitable, que todo lo cubría, despojando a las cosas de su naturaleza y subsistiendo sólo la presencia de él, enormemente vasta, deslumbradora y como constituyendo la única realidad.

Ahora si podía estar perfectamente feliz. Era ya imposible aproximarse aún más a sí mismo. Feliz, alegre, era casi tan feliz como pudo ser el Mito mismo o la Flor Blanca.

... ...

Pero su universo no estaba del todo cerrado al exterior. Aún quedaba algo de extraño en el tiempo, algo que no se había preocupado de romper por no contarlo siquiera. Su universo no llenaba completamente al otro, ni era más fuerte.

Y así, una sombra pálida comenzó a alzarse cobrando color, lentamente, desde lo desamparado. Y desde muy lejos, desde otro suelo, se llegó hasta él, sobre pies ajenos, en el tradicional traje blanco, una noticia.

Aquella presencia no alteraba nada en realidad pura, solamente inquietaba un poco sí...

Un amigo, al que ya no oía hablar, le comunicaba algo que

lo impresionó fuertemente. Le decía haber hallado en un anticuario un retrato siglo XVI, "que podía ser el tuyo propio".

Pensó que aquello no podía ser verdad o, por lo menos, él no quería que lo fuera. ¿Cómo un hombre pudo haber tenido su rostro; aún en el siglo XVI? No debía ser verdad. Y de serlo significaría su completa destrucción, una desintegración violenta, sorpresiva.

Entendía perfectamente la trascendencia del hecho. Su yo. Sabía del apagarse de una vida. De la caída de un sueño o un símbolo. Ahora comenzaba una agonía. Tampoco habría retorno. Imposible. Aquello ya era inalterable con cualquiera cosa. Y con la peor, qué sombras; la muerte de su nombre, la absoluta e irreparable destrucción de su sagrada unidad, su sagrada unidad, su...

Porque venía esto a romper ahora su felicidad, en el preciso instante en que la lograba.

Debió haberse extraviado la carta. Cuanto mejor habría sido. Y si no, ¿qué habría ganado con vivir engañado, creyendo en su integridad absoluta? Habría sido mísero todo. Pero siempre, cuánto mejor sería que no existiera el retrato o, siquiera, que no se le asemejara. Su amigo podía estar equivocado, felizmente equivocado. Y podía ser; la gente ofrece a veces juicios tan estúpidos.

Pronto tendría ocasión de verlo todo y comprender. El retrato debía venir ya hacia él; la carta lo anunciaba así.

Inevitablemente debía verlo. La duda sería dura. Empañaría sus espejos.

Y esperó.

La duda es cosa que produce un frío largo y denso y un calor febril en las sienes, que altera la garganta.

Y él sintió eso exactamente, hasta una tarde después...

Estaba frente a su escritorio, echado atrás en la silla muelle. Se miraba en un pequeño espejo de bolsillo. Sintió pasos y unos golpecitos tímidos a la puerta.

- Adelante.

Entró un criado con un objeto horroroso. Eso, lo que temía y deseaba ver llegar.

El criado caminó en semicírculo y dijo:

- ¿Aquí, señor? - y señalaba una mesa baja.

Él había girado sobre su eje, siguiendo el cuadro con los ojos.

- Allí - asintió sordo.

El hombre salió inmediatamente. Él se quedó rígido, con la vista clavada en el rectángulo abierto.

Permaneció así mucho tiempo como un material duro e insensible, pero roído por mil sensaciones. Después comenzó a abandonar lento la cabeza, librándola hacia atrás, y cayó al sueño casi súbitamente...

Nos impresionan de maneras tan diversas las cosas, a él...

Desde allí, por las noches y a toda hora tenía ante sí la imagen angulosa del cuadro. Era como un amargo sello en la frente. Como un fantasma tristemente abnegado en las pupilas. Le torturaba y el deseo de descubrirlo le roía eficazmente. Sabía que sería un fenómeno definitivo y temía. Temía y deseaba. Aquel estado de duda y tortura lo desmoronaba interiormente, lo rendía. Vagaba sobre sus espejos, de uno en otro, como un aventurero ciego y hastiado. Abandonaba su imagen a ellos, y vergonzoso de su rostro, desestimándose casi, agarrotándose sus actitudes, muriendo agotadas de tragedia.

Y aun trató de mantenerse; pero aquel trazo intermedio, aquella laguna extraña, insostenible ya, sin virtud a su encanto, enemiga de su traje, la derritadora de sus ojos, debía irse a todo precio, impelírsele en humos huidizos hacia lo muerto, o su vapor de tedio lo alcanzaría, perdiéndolo.

- He tratado desesperadamente de huir y no lo he logrado. Veo perderse mis pupilas en no sé qué sombras. He de recuperarme; he de afirmar mi imagen con un gesto; y que huya lo extraño que quiso incluirse a mi sombra. Será un gesto y lograré de nuevo mi rostro, lo amaré de nuevo sintiéndolo mío, me cubriré de mi manto único, imperecedero.

Y una tarde, lleno de un fuego de optimismo súbito, se decidió, después de interpretar largamente el suceso.

Con cuidado preconcebido transportó en sus propios brazos el cuadro hasta un gabinete privado. Se aislaba. Cerró silenciosos las puertas. Dejó la pintura, aún cubierta, acostada sobre una mesa. Era así como quería descubrirla y verla.

Pensó un instante en los momentos que vivía. En lo que aquel episodio significaba para él, para su vida, para su espejo. Se detuvo en un punto de la pieza, sus labios hicieron un gesto inexplicable.

Después fue hacia un espejo y se contempló con un rostro cariñoso, pero extraño. La mirada era intensa, casi interrogadora, o anhelante.

Había dado media vuelta, y anduvo lento, pero decidido, hasta la mesa, que asumía ahora un carácter extraordinario.

Tomó el marco con las dos manos. Quería descubrirlo sin mirar, rasgar la tela repentinamente, para así, después, ver por completo y de una sola mirada, en un instante. Pasó un dedo sobre

la cobertura recorriendo el centro del cuadro y sintió un escalofrío prolongado. Dirigió la vista hacia una lámpara alta, pensó un instante que era una luz muy bella la que ofrecía, y rasgó súbitamente.

Aún permaneció unos segundos contemplando la lámpara y después, contrariamente a lo que había decidido, fue bajando con lentitud la cabeza, con mucha lentitud hasta alcanzar su vista al cuadro.

Allí permaneció con la cabeza baja, casi pegada a la pintura. El cuerpo inmóvil completamente, mientras dentro de él, en su región más íntima y sensible, se chocaban dos mundos enemigos, despertándose una tempestad clamorosa, certera, ritunda y despiadada, destructiva y ciega.

Pero continuaba correctamente fijo, y fue cuando un estremecimiento inesperado y brusco recorrió todo su cuerpo, que comenzó a erguirse. Parecía hacerlo con esfuerzo, trabajosamente. Y una vez que ya estuvo del todo rígido, derecho, pudo verse su cara que no se le parecía, que no era precisamente la suya, podría decirse; era como si hubiera arrastrado pegada a su rostro una máscara lamentable y ridícula, oprobiosa a su espíritu singular, inaceptable; era un rostro en derrota, un rostro anciano y arrugado, un rostro que hubiera vivido muchos años.

Con pasos torpes, arrastrando casi los pies, se dirigió, entonces, al cristal más próximo. Allí sus ojos, viejos y torpes, delataron algo profundamente desesperado, intenso y humano.

Después no hubo un solo ademán. Se dio media vuelta y fue a abandonarse sobre una silla muelle. Sacó de un bolsillo un espejito montado en bella laca, lo limpió cuidadosamente, y quedó mirándose con una expresión perfectamente insípida en el rostro.

HISTORIA DE UN DÍA DE FIESTA

El amante de su alcoba estaba espantablemente claro aquella mañana. Decisivo en sus sensaciones, como lo entendía él mismo.

La idea, su sospechar de mucho tiempo se clarificó, se cumplió en los engranajes de muchos sueños de la noche, y otros cenicientos recuerdos resurgidos desde la infancia. Devino en percepción desnuda y le desbarataba el pecho...

Estaba frente al escritorio, recostado en el sillón. No se atrevía a mover una mano. Sólo sentía con propiedad la cabeza, porque era allí donde estaban todas las causas. Eran las estúpidas teorías. El haber alentado tantas desleales sensaciones.

Se desesperaba y cada vez se sentía más abandonado. Más libre y más solo.

Sentía ahora, y comprendía perfectamente, aquellas deshabitadas ideas sobre el mundo, las cosas y los hombres. Esos malditos conceptos estaban ya a punto de legalizarse por completo en su frente, aplastándolo, naturalmente. Trataba de huir en un arranque desesperado; hubiera querido llenarse de frutas los bolsillos. Se esforzaba porque sabía que si se abandonaba o, simplemente, continuaba escuchando, en pocas horas sería irremediablemente asimilado por esa idea que entrañaba un mundo, ese que para él comenzaba a nacer o a desenmascarase.

Entonces importaba ideas de esquinas, de geometrías, de caprichos formales. De sables y rojas heridas, de puños cerrados, agresiones y tanta realidad.

Pero era imposible porque las cosas y objetos todos de su cuarto iban poco a poco desnaturalizándose, desvirtuándose, a pesar de todo lo que él hiciera por retenerlos. Y aún, despiadados, venían a caer sobre el alma volúmenes y volúmenes de libros a favor de su perdición, justificando, libros que su memoria indócil arrastraba. Entonces volvía a sentir sobre sus oídos aquellas sutilísimas y encrespadas razones: razonamientos de fibras y emocionadas venas, de independientes y particulares experiencias.

Se miraba perderse.

Volvió al otro polo entonces, al perfectamente opuesto, en actitud de abrazo, fingiendo la cara de Hijo Pródigo. Fue hacia un anaquel y sacó aquel libro de color especial. Experimentando, lo lanzó desde lejos del escritorio (Desde ese efecto podría comenzar a recuperarse). Pero no vio sino el libro ya reposando sobre la cubierta roja de la mesa, al lado del cortapapeles, y además un golpe muy sordo y lejano.

No dudó. Por recuerdos ancestrales sabía otras faces forzosas en la experiencia de lanzar un libro, otras faces que ya no percibía. La parábola. La parábola de naturaleza sinceramente lila, ¿dónde estaba?

Y acercándose se sumió en el libro bebiendo con desesperación. Se asió a varias ideas por donde poder respirar. Se sintió volver un poco y alegre, abandonó la cabeza atrás, como tomando un descanso.

Pronto volvió a mirar el libro ya cerrado. Buscó el título y no lo halló. De nuevo se sobrecogió de terror. Aunque sin leer, hacía unos instantes había percibido los caracteres de oro en el lomo. Y ahora, nada. Lo abrió, batió las hojas poseído de un horrible presentimiento y halló que estaba por completo y perfectamente deshabitado de signos.

Se quedó en el gesto ritual de los desesperados. Aquello que debía, que habría podido ser el oasis, se desvirtuaba ante lo que venía acercándose, perdía toda su realidad, se inclinaba ante esa presencia terrible cuya elocuencia crecía, le reconocía alcurnia y lo entregaba.

Era la última de las ramas al alcance de su mano y estaba perdida.

No había duda entonces, que aquello era más fuerte que el libro y que lo que dentro de sí contenía él.

Y los objetos continuaban palideciendo o imitaban el color del aire. Languidecían todos los matices o huían hacia el blanco.

Se frotó los ojos buscándose, primero, las manos. No le era posible recuperar nada y, más aún, estaba a punto de sucumbir a la fatal teoría, a aquellos malditos libros antiguos, a esa doctrina de los dormilones.

Fue hasta un sofá amplio y se abandonó. Calmoso, comenzó a mover la cabeza buscando, cogiéndose de imágenes inconstantes. Parecía sereno o destruido, y por fin cerró los ojos.

Comenzó a navegar un gran bloque de ideas, revisando y recorriendo. Se mecía en algunas o se malgastaba, violentándose o hiriéndose, en otras. Pero en un momento se detuvo. Sin duda, tomó una resolución. Se irguió sorpresivo, elástico y mecánico. Dio unos pasos hacia la puerta y, abriendo, permaneció en el umbral. Tenía la mano en el interruptor.

Abandonaba la estancia y, antes de dejarla definitivamente, paseó una mirada por los muros. Los ojos se hallaron entonces con el principio escrito por su propia mano, con tiza rubia y gruesos caracteres, el principio fatal soñado en un libro chino:

"Todas las cosas carecen de realidad substancial".

Aquí hubo un gesto en su rostro que no expresaba nada definible y apretando la puerta se lanzó a la escalera.

En la calle continuó descendiendo, escapándose lastimosamente. Con el bastón de cafia iba tocando casi sistemático las murallas. Se había propuesto ya la ruta definitiva, la que seguiría en lo que restaba del mudo domingo. Tocaría dos puntos por recuperarse. El primero tan posible y el último más claro, pero ultimo. Para más allá, era de no pensar.

El mundo seguía huyendo y seguiría con entusiasmo creciente. Nada poseía ya de antiguo, sino la planta de los pies. La sola planta para contener siquiera una actitud.

Caminando a remos como iba, se halló de sorpresa bailando el rostro frente a frente a un espejo emocionado ya de imágenes furtivas. Inmóvil, comenzó a contemplarse queriendo y recogiendo un nuevo bautismo para salvarse.

Y halló que tenía el rostro llenó de signos. El romanticismo en sus ojeras y otras verdades históricas. Largos y lentos cambios; transformaciones y edades expresadas, retenidas, y las aventuras del Mundo.

¡Qué color y qué cansancio a comprender tan de pronto, a sentir y aceptar, y el consiguiente destino vegetal!

Movido de pura elocuencia continuó caminando ya entregado; pero un traspapelado resto de optimismo ciudadano, brillando lejos, adentro, como una joya pequeñita, lo llevaba a mantener rumbo.

JASÓN[6]

Decididamente aquel no era su clima. Ni siquiera sentiría la nostalgia de partir. Ya no guardaba la menor duda; observando el mar desde la Peña Alta se había convencido. El mar mismo o la brisa le dieron su seguridad. De cuántas tardes de contemplación lo consiguió. Días enteros de perfecta inactividad: sólo buscaba con los ojos. Nunca había hecho nada, ¿para qué? Este no era su clima. Ociosos. No. Su padre no podría comprenderlo.

Estaba seguro. A no ser que... pero no, se sabía completamente normal, lúcido, puesto que veía toda probabilidad. Y siempre; en este clima sería eternamente extranjero. Había que buscar. Triste inadaptado; dura tierra era aquella para él. Pero su mundo lo esperaba, lo llamaba tenue y persistentemente. Partiría.

No conocía las rutas del océano. Tampoco el modo de andar. Pero cual sería el peligro. Era un camino el suyo del que han de cumplirse.

Aún en su tiempo lograría viajar. Conocía aquel costado de su isla. Era una cuesta suave. Llamella llamaban el lugar. Llamella o Mágica Dodona, era lo mismo. En esa parte estaban las felices encinas. Eran iguales que las otras, las antiguas. Seguramente tenían un tronco común. Llamella era Dodona. Con ella construiría su barco. Tendría vaticinios seguros y conocería los peligros del mar.

Así fue como el deseo se hizo viaje...

[6] El cuento *Jasón* fue publicado por primera vez en la revista "Barreto" (*Órgano de la Juventud Socialista*. Editado por el Comité Regional de Santiago. N° 4. Imprenta "Cóndor". Agosto de 1940) y en la reciente segunda edición de "Antología del Verdadero Cuento en Chile" de Miguel Serrano (Beuve-dráis Editores, 2000). El cuento aparece parafraseado además en "Ni por mar ni por tierra", Historia de una Generación, de Miguel Serranc (Editorial Nascimiento, 1953).

Una luna fantástica los decidía desde el cielo. El carabel dormitaba meciéndose sobre el mar azul transparente. Él había soñado el derrotero aquella misma noche. Todos tenían un fantasma dorado más allá de las pupilas. Sonminautas. Desde popa les narró la ruta. Comprendieron. Habían sabido elegir su tripulación. Justo a la medianoche elevarían anclas y mientras se narran la historia del verdadero marino.

Hijo de Esón gritaron. Es la hora. Deja el pesado Yolcos. Es ya la medianoche. Y él se irguió de espaldas al mar e hizo la señal de partida. Entonces lentamente comenzó a moverse el barco; se hinchaban las velas pálidas y una estela argentada tomaba un último recuerdo mientras que delante surgía un nuevo horizonte y un fantasma dorado.

Cualquier cosa pueden esperar en la noche los hombres que andan sobre la mar. Todo deseo cabe. Así navegaban soñadores los nuevos argonautas, sumergidos todos en un mismo sueño.

Salían de la bahía casi. Al pasar frente al peñón del faro - último lugar propio - hubo dos adioses, los postreros. Una luz penetró la noche y pasó besando en un instante el barco; el grito de una sirena se prolongó regalándoles la última imagen isleña y familiar. La sirena, la imagen y un poco de tristeza quizás...

Estaban en pleno mar, lo sabían. Avanzaban sin luces, pero seguros en su brillante derrotero. En la noche, una dulce sensación de deslizarse con el barco y en su propio pensamiento.

El alba.

Un día de caminar entre el mar y el cielo.

Nueva noche. Todos duermen. Él, clavado en la proa, escruta. Se goza en el viaje, anhela el final. Una sensación indescriptible lo aborda; contento de sus hechos y en ese momento cree poder volar. Cierra sus ojos. Escucha. Cree oír palabras por entre los maderos. De ahí han de venir avisos que saben los peligros. Está atento. Entiende una letanía y sabe que no habrá obstáculos. Entonces su pensamiento cruza diáfano la noche. Él le da libre curso. Divaga. Piensa y surgen fantasmas a su alrededor, sombras que siguen al barco. Los reconoce, es su propio pensamiento quien los crea. A cada idea suya corresponde un fantasma. Lo protegen de los enemigos del aire, aquellos malditos pájaros que atacan siempre de noche. Hijas de la noche son las harpías, succionan de lejos la vida roja de sus marineros, infundiéndoles un sueño pesado como un bulto. Ellos no piensan entonces, están intensamente pálidos y olvidan su destino. Es un estado fatal que dura dos días. Nada podría librarlo de este peligro sino sus queridas sombras, las sombras optimistas que baten los monstruos y le limpian su cielo.

Hay veces que en las mañanas claras y llenas de sol le asalta el recuerdo de su isla, su padre, su choza frente al mar. Luego su deseo de partir, el barco, la búsqueda de tripulantes. Así llega hasta junto él mismo y comienza a apreciar la verdadera situación. Persigue un vellocino o más bien, el Vellocino. Es un reflejo áureo en su cerebro y una esperanza cierta. En ese punto duda. Sus ideas se precipitan. Está en un laberinto. Pierde su seguridad. Un temor inmenso lo inunda. Temor de no hallar. Desesperado quiere huir, zafarse de ese estado de horrible duda que lo agota y para no alentar aquella idea que podría devenir en fracaso huye por el camino alfombrado de un sueño.

Es fácil, escapar por un sueño y es sendero liviano. Volando a gran altura, sobre las nubes, es una llanura de nubes blancas y rosadas, bajo sus pies que le tapan la superficie de la tierra. Sólo percibe pompas de colores suaves. Arriba un cielo de dulce celeste. Va alegre, su misma alegría lo hace desear ver la tierra y se eleva un poco para descender perpendicular y vertiginoso. Directo hacia la capa de nubes, se funde en ellas, las atraviesa: color blanco y rosado dentro de las pupilas y en el rostro, como besado por lanas tenues. De improviso se encuentra frente a la tierra y endereza el vuelo. Divisa a lo lejos su isla y se dirige hacia ella. Cuando se acerca le parece ver en el muelle dos barcos que se prepararan a partir. Se instala en una nube pequeña a pocas altura del lugar. Divisa hombres de mar que se afanan sobre las velas y en cubierta; cargadores que suben y bajan, con pesados fardos. Fija su atención en un pequeño grupo de hombres que discute sobre el Muelle de Palo.

Observa atentamente y cada vez ve el grupo más cerca hasta que de improvisto se encuentra sobre el muelle confundido con los que charlan. Advierte que uno de los hombres es su padre. Sus miradas se cruzan y aunque el anciano lo mira con fuerza extraña en los ojos, no es que lo reconozca: él aparece en ese momento muy otro.

Escucha la conversación. Hablan de un viaje, de una búsqueda. Parecen indignados. Su padre lo nombra y agrega: "Loco". Comprende inmediatamente. Recuerda que sueña y desea volver. Al despertar narra lo soñado a su tripulación y termina diciendo: "Este sueño es un aviso y anuncia una realidad". Permanece pensativo y al cabo de un rato dice: "Los hombres de la isla se han echado a la mar y nos buscan". Pero agrega: "Estamos demasiado lejos o demasiado cerca de nuestro objetivo para que nos puedan dar alcance. Pronto habremos entrado ya en nuestro océano". Y una sonrisa dulce sube a su rostro iluminándolo.

Y era verdad, desde la isla los barcos se habían echo a la mar tras los argonautas, buscándolos, repasando su ruta.

Por esos días comenzó a cambiar el paisaje y la geografía de los navegantes. Arriba, la concavidad de un azul insospechado; abajo, el mar de claro y sutilísimo esmeralda. Pájaros de gala soberbia decorando fugaces el espacio.

Pisaban su territorio. El carabel deslizábase leve y el pensamiento mismo. Días serenos y noches luminosas, pobladas de astros cercanos, inverosímiles de irradiación y color.

En aquella tarde, hubo una posibilidad en el horizonte, un acaso que era todavía indescifrable por la lejanía. Ya al atardecer el sol, casi besando el mar les reveló una inmensa región opaca, densa, pero de sobras acogedoras. En plena noche tocaban el borde, de las arenas, penetraban en ellas, exaltados de anhelo...

El sueño fue profético, se realizó. Dos barcos zarparon de la isla y repasaban la ruta de los argonautas en su busca. Tenían motivos.

Treinta días navegaron antes de llegar al océano maravilloso e internarse en la región de brumas y penetrar en ellas. Avanzaron en medio de la más completa oscuridad y fue un largo período de recelo e indecisión. Por fin se encontraron de nuevo ante la luz del sol y los llenó de un contentamiento inmenso.

Pero aún no sabían bien dónde se hallaban ni en que dirección se podría encontrar tierra. La brújula era sorda por aquellos caminos. Así avanzaron indeterminados, dejándose arrastrar por cualquier viento.

Llegó un día en que creyeron ver una isla sobre el horizonte. Viraron las naves. Una corriente propicia los arrastraba. Cuando se hubieron acercado bastante a tierra divisaron un barco encallado en las arenas. Al pasar junto a él lo notaron vacío de tripulantes y otra cosa extraña observaron. Fue, que sobre el extremo de la proa, clavada en la punta de una lanza a guisa de rara banderola, flameaba con la brisa una piel de carnero de regulares proporciones que tenía alegres reflejos dorados a la luz del sol. Pasaron de largo.

LA NIÑA FLORA

Había una vez una niñita muy bonita que se llamó Niña - Flora. Pequeñita y dulce, fresca como las frutas era Niña - Flora. Dulce como las frutas.

Pero vino la vida, Niña - Flora...

Y el padre de la niña era labrador. Y la madre hilandera. Que niña tan linda tenían.

Era pequeñita; se confundía con las flores del campo, se confundía de bella y pequeña que era.

Creció entre los frescos sembrados. Entre las yerbas amables. Con los dulces árboles.

Vivió y se desarrolló con natural inocencia. Linda y delicada. Como las flores mismas, con las flores, con el canto de los pájaros, como el canto de los pájaros, creció.

Paseó su linda imagen entre las primaveras, a la alegría del sol, al calor de la naturaleza. Sintió cómo latían su vida y la del paisaje, juntas. Vio y experimentó la alegría de vivir. Que alegría tan grande.

En los otoños soñolientos y en los inviernos enfermos, sentada junto al fuego y al telar de su madre, tejió sus frondosos sueños.

Que sueños tan dulces, tan raros.

El campo conoció su contentamiento y su profunda sabiduría de niña tierna. Ella dijo al viento sus sueños.

Sucedieron unas primaveras a otras y las hadas fueron languideciendo en color, muriendo de desprestigio. Ya no halló enanos albos y sabios a la caída de las tardes. Ni distinguió en las nubes, como antes, las líneas de los palacios, las claras formas de los palacios suspendidos.

Todos los detalles de los cuentos de infancia se desvalorizaron a sus ojos, se fueron con la infancia. Sólo un motivo no se fue y cambió de actitud. La capa del príncipe cambió de color, no hubo ya color; no se recordó ya su caballo ni su espada tampoco.

Pero los ojos. Cómo pensaba en los ojos del príncipe ahora. En las manos del príncipe. Lloró su ausencia y la falsedad del Cuento. La mentira tan amarga de descubrir, de no creer[7].

[7] Éste es el último cuento escrito por el joven Héctor Barreto, inconcluso (?) por su trágico asesinato ocurrido en la madrugada del 23 de Agosto del año 1936. *La noche más obscura y más tenebrosa del mundo*, como alguien escribió. Su nombre se transformaría en leyenda para quienes aún lo recuerdan.

P O E M A S

Romance de la Buena Sombra

Andando una sombra roja
Presencia de mil espejos
Con pelos de niño tierno
Y robustez de deseo
Con pocos años y ayer;
Pero riqueza de sangre
Va estremeciendo caminos
De pura tierna y severa
De puro dulce y amigo
Su corazón de arboleda

Amiga. Todos los pechos
Te suenan arrebatados
O latiendo los deseos
Con entusiasmo de lágrima.
Sombra Roja eres Espada
Lo que hay detrás de las cejas:
Veo tus plantas de bronce
Y tu lana fina el cabello.
¿Dónde te escondías antes, claridad de mano clara,
que no tenías de fuego la pupila al prisionero?

Hasta las lanzas contrarias te saben inevitable
Cierran, huyendo, los ojos de tu destino de lluvia
Y oponen dientes helados a tu calor de paloma
Y a tu huracán decisivo
Brazos ciegos de perfil.
El ogro de los metales se desespera en desdén
O azúcar de invitaciones con palidez de consejo.

Andando una sombra roja
Presencia de mil espejos
Conjurando con sus luces las pastas desestimadas,
Descubriendo cementerios de pulcritud interesada
Entusiasman sus banderas el eco de los puñales,
Tiñe de rojo las cejas de los dormidos anhelos
Y desparraman en los ojos naranjas del Sol y Miel.

(Intitulado)

Yo te presentía siempre viniendo de alegres y festivas estancias
Y de dulces países de saber incompleto,
De benignas latitudes, a veces soñadas.
Te presentía en esas aguas rosadas, que te visten
Y en los dormidos dominios que señalan tus ojos
En la frescura de tus pechos
Y en la vida de tus piernas.

Por eso a veces me extraña al no hallarte
En los países amiga que recorro dormido
O en ciertas palabras de sabor dulce y especial...
Pues casi siempre estás allí o te dejas presentir
En las cosas que allí existen o en la presencia del viento.

Amiga, vinieron tus poses casi sin notarlo
Y yo vivo siempre envuelto en tus gozos,
En tu nocturno perfume y en la transparencia que suponía;
En tu frescura tan definitiva
En los episodios diversos de tu rostro
Sumergiéndome en toda tú,
Languideciendo hasta llegar a olvidarme de mí,
Como los silenciosos desaparecidos.

A N E X O S

Extracto de dos cartas de Héctor Barreto[8]

Amigo:

No es necesario animar ninguna "antigua manera de ser". Creo que permanezco, en esencia, como he sido siempre. ¿O acaso piensas que soy un imbécil al que cualquier viento empuja? No. Yo soy yo. Y siempre.

¿Te has creído tú que yo estoy muerto para el Arte, que lo he desestimado? No. Porque yo soy artista y en el sentido puro y estricto de la palabra.

No hay "recuerdo" de ningún pasado. No existe nada que pueda llamarse pasado. Él está siempre en nosotros, lo llevamos siempre. Las sensaciones vividas no se las lleva el viento, permanecen alentando en nosotros – gimiendo o bailando – aunque a veces sabiamente veladas.

Nadie ha traicionado una actitud: Jasón existe inalterado y grandioso como es, existe, es razón de ser.

Quién pregunta, "¿qué fue de Jasón?" Pregunta entonces: ¿quién vuela?

... ...

El espejo no es nosotros mismos, no puede, no debe ser. Si el papel – o la labor – del espejo es grande, es exactamente, porque, sin ser nosotros mismos, nos refleja.

Confieso que toda intención es sana, y es quizás esta la única razón por la que me aprecio.

No hay labor minuciosa y apagada. He sido arrastrado por mi individualismo, - no egoísmo - Buscando - claro está, es un poco utópico. Utopía. Mito. Sueño: lo único digno de buscar – un campo donde poder apreciarlo más libremente.

"Necesitas renovarte integralmente". Qué grosería es esa. No acepto que nadie aconseje mi actitud intelectual; que la critique sí. No he nacido ayer. Y aparte de eso ¿quién viene a ofrecerme consejos sobre "disciplinada serenidad"? Soy serenísimo.

Me parece que tú no has comprendido jamás qué es lo que realmente puede entorpecer el buen desarrollo de la personalidad humana; ni menos, lo que significa el individualismo.

No entorpece al hombre lo que tú crees, sino los vicios, la maldad, el egoísmo y la hipocresía. No es el individualismo – alma del colectivismo – esa actitud míseramente personalista y de un egoísmo más o menos disimulado, ese dandysmo falso que adoptan los dilettanti y los mediocres con pretensiones – bajeza espiritual en verdad – posición harto barata, corriente y vulgar en nuestra época.

A 28 del quinto
mes en 1936.

Amigo:

No pude escribirte antes por absoluta falta de tiempo: He trabajado hasta los domingos.

... ...

Si no escribes continuamente, piensa, por lo menos, en lo que luego escribirás. Medita en el Arte. No importa tanto que las cosas se escriban: lo importante es pasar por ellos. (De lo contrario te quedarás estancado). Concéntrate en ti mismo. (Nada hay tan interesante como el individuo). Para esto es necesaria cierta conducta moral; nada de farras. No hay placeres más completos que los de la inteligencia.

Medita en el Arte y luego escribe. Ocupa así las horas que tienes libre...

... ...

El amor es necesario, vital. Busca una muchacha joven y, amándola serenamente, vivirás feliz.

Es necesaria cierta conducta moral en el artista.

Medita en el Arte, es decir, en el arte relacionado contigo mismo.

Deseándote Salud y Paz.
Barreto.
A 12 – III –36.

Palabras de Carlos Barreto[9]

Era la noche del 23 de Agosto. Yo estaba enfermo en cama. Héctor llegó tarde a comer. Pensó acostarse en seguida, pero de pronto llegó la idea fatal: quiso salir. Era su última noche y así lo dijo: -"Desde mañana empezaré a acostarme temprano, esta es la última noche que salgo".

Antes de marcharse pasó a su pieza, que es también la mía; del velador sacó algunos papeles, los hojeó y los metió a un bolsillo. Mirándose en un espejo se arregló el abrigo, el sombrero, la

[8] Ambas cartas fueron publicadas originalmente en la *Revista Barreto*, (Imprenta Gutemberg 1937, Santiago de Chile).

[9] Publicado originalmente en la *Revista Barreto* (Ibidem)

corbata. Héctor era muy correcto, extremadamente pulcro en vestir.

Cuando lo vi decidido a irse le interrogué: "¿Vas a salir tan tarde?" Me miró y nada me dijo; se fue con pasos lentos y firmes. Iba pausadamente en busca de la muerte, cosa que no concebía y que ni siquiera le importaba concebir. Cuando salió se sintió un portazo. Héctor se había ido...

Son las tres de la mañana. El campanilleo del teléfono suena molesto. Me incorporo en el lecho, mas la desidia me vence y pienso que debe ser un número equivocado o algún bromista. Después vuelve a reinar el silencio, un silencio de noche invernal, fría.

Por una ventana entra un rayo de luz que ilumina tenuemente la cama de Héctor; la miró largo rato y el verla vacía me produce una sensación de miedo. Esta es la primera vez que me preocupa la tardanza de mi hermano; presiento algo terrible, pero de ningún modo algo tan inmensamente terrible.

Han pasado cerca de dos horas. Los insistentes e inseguros golpes que se oyen en la puerta me hacen volver a la realidad. Mi imaginación vuela muy lejos. Algo debe haber sucedido. Los gritos y sollozos interrumpen mis reflexiones. Ya no es mi imaginación, es realidad. Alguien vino a dar la macabra, la monstruosa noticia: Héctor a muerto, ¡lo mataron!

HISTORIAS DE LA TIERRA[10]

Por Miguel Serrano

I

A un año ya del negro crimen. Recordando aquellos días de su muerte sobrecoge la extrañeza. Todos los elementos de una generación silenciosa se abrieron violentamente. Fue verdaderamente extraño. Hoy que se recuerdan sus palabras, se pone oído a su voz de antes: "El artista es aquel ser capaz de enfermar una ciudad". Traducido esto a nuestro lenguaje se dice sanar, "curar", pues las ciudades de hoy están enfermas.

Su muerte cumplió el presagio maravilloso. O algo así. Los seres fueron lanzados unos contra los otros, para moverse y remover el cauce de esta corriente lenta de los días. Con qué extrañeza recuerdo aquellas horas sonambólicas en que su muerte dio vida.

Dos días antes había estado a verme, dos días después estaba muerto.

[10] Publicado originalmente en la *Revista Barreto* (Íbidem).

Desde entonces, durante los momentos de los días que volvieron a ser iguales, he seguido la dolorosa ruta del sentido de su muerte. Me he martirizado más que muchos otros, sin comprender nada.

La emoción, hoy sé, puede expresarse en palabras y revistas; pero siempre por algo así como un milagro, pues no hay nada más difícil y más inútil hoy. Puede expresarse, pero no se debe.

La vida enseña muchas cosas y hay mucha sabiduría en las banales cosas de la vida. Muchas más de las que se pueda creer.

Recuerdo que antes me rebelaba contra los que yo llamaba, correctamente, "fórmulas", "prejuicios", "muestras de hipocresía", cuyos sabios guardadores son nuestras familias, constituyendo su misma patente de aristocracia el poseerlas. Me ponía en pugna con su arcaico estoicismo, recocijándome de provocar sus incomprensibles temores, de remover sus miedos viejos, de escuchar sus extraviados predecires sobre mi negro porvenir o destino. Despreciaba profundamente sus terrores de animales cansados, removidos en su refugio de media noche. Pero hoy desconozco la raíz vital de los "prejuicios".

"Hoy" es necesario guardar la emoción para uno mismo, no revelarla a nadie, cuidando sí de no destruir el órgano de su vivencia. Con el tiempo se pierde, quizás, la facultad misma de expresarla. Es, en su concepción más sana, el "dandysmo".

Es esta facultad lo que hace el encanto del ensayista inglés, cuando lo hay, y, en un plano más corriente, del novelista. En los pueblos orientales, por ejemplo, no existe el ensayista, son demasiado delicados para ello, existe el "sabio", la sabiduría, que es allá una variación de esta fórmula que yo de niño consideré hipócrita.

Héctor Barreto fue mi mejor amigo. Martirizado durante tanto tiempo por el ataque de los indudables símbolos de su muerte podría aquí hablar largo sobre él... y sin embargo no puedo.

Lo tomo a él como símbolo de todo lo que pueda decir más adelante de aparentemente ajeno, como figura representativa de mi pensamiento. Todo lo que yo escriba será profundamente americano, más aún, absolutamente chileno y relacionado con mi dolorosa y amada patria mía. Barreto, ante todo, fue completamente americano de Chile.

El sentir de estas cosas necesita hoy, por desgracia, una explicación, no solamente para los demás sino, y sobre todo, para uno mismo. Esta es nuestra lamentable situación actual.

Yo ya me lo he explicado todo a mí mismo y con mis amigos; queda entonces explicarlo a los enemigos y a los otros.

Explicación extensa que no cabe en el porte de este breve espacio, donde las ideas tendrán que recortarse en síntesis molesta de estatura.

Lo que más necesitamos hoy es una actitud. Para poder tomarla se hace necesario explicar todo lo que se coloca a nuestros ojos. He ahí el trance indecoroso en "que se nos ha puesto". Cuando más que la intención "explicativa" no nos pertenece, siendo un producto importado del Occidente, que ni siquiera paga derecho de aduana. Es, para emplear una imagen justa, lo que el aguardiente en la vida del indio: un medio de degeneración para apropiarse de sus tierras.

El liberarnos de estas cárceles, de estos corsés, de estos tabús de estas muertes, requiere grande esfuerzo y mucha superada vergüenza. Todo el mundo es un obstáculo para la liberación, los enemigos aparecerán, hablando francés o sánscrito, en cada esquina... Y hay que atacarlos, destruirlos o avergonzarlos, pues ya nada podrá retener nuestras energías de lucha y liberación.

El trabajo será un poco arduo. Desde la infancia y su malhadado trayecto por meter al alma su respectivo complejo de inferioridad, para hablar con términos en boga.

Recuerdo que muy niño, criado en el clima de estas familias de vieja rancia aristocracia colonial o peninsular, que a pesar de todo adoran a París, llegan a derramar lágrimas en mi soledad. Me veo junto a un palomar, en un jardín, sufriendo amargamente por no haber nacido en uno de esos países "fantásticos", llenos de progresos e "inventos cómodos" de la "maravillosa" Europa. Qué desgracia haber nacido en este último rincón del mundo, me decía. La misma frase "último rincón del mundo" era demasiado standard, demasiado ad hoc, para ser mía. Mis oídos quizás estaban acostumbrados a escucharla desde la cuna.

Como será, pienso hoy, en los ambientes de clase media donde la admiración lejana fue veneración, religión, culto. Es muy justo que aún hoy esta clase le prenda incienso a las "antiguas capitales del mundo", siendo, pues, ahí donde encontraremos los mayores enemigos a nuestra ansia maravillosa de redención.

Mas, aquél mi dolor pasó con la infancia. Hoy su solo recuerdo me avergüenza y repugna. Hoy siento que de no haber nacido en cualquier país de Occidente sería el hombre más desgraciado de la tierra. ¿Qué podría esperar ya de mi vida y de la vida?

Es justo que siendo chileno hable de la situación en mi país, que con "fundamentales" variantes en distintos puntos, es la misma de toda la América del Sur.

Se hace necesario aquí llenar un paréntesis con reflexiones de carácter completamente general y valedero.

Sin duda la Historia, en general, posée un carácter escatológico, como llama la filosofía, que le adivina, y equivoca la religión cualquiera que sea. Ella es el pago de una culpa o un error y la búsqueda de la resolución lejana de padecer. La Historia del hombre que se estudia en los libros, tanto en el Occidente como en el Oriente es el suceder de la enfermedad y la revelación de sus diversos aspectos: La Historia la hace el hombre y el hombre, en "esta Historia", nunca se ha expresado aún en su "totalidad". De ahí nace la infelicidad, el padecer, el ansiar, el recuerdo de lo "que en un tiempo fue", la Historia como enfermedad y como dialéctica.

El hombre en un tiempo se expresó totalmente, en respeto total, y ansia su retorno. En esta Historia que venimos mencionando, se expresa sólo una parte de él, una instancia de su vida da la nota fundamental, el tono, constituyendo eso que el Materialismo Histórico llama el "principio matriz" de la vida social. Desde esa instancia de la vida, desde donde en un principio podría haber partido hacia la Vida, que es la restauración de la totalidad, se eleva en la Historia a la constitución de una "cultura" o "civilización", o sea, una "superestructura" de la enfermedad, que es precisamente esta forma explicada de unilateralismo o vivisección del hombre. Así en el Occidente es el espíritu sólo el que se expresa - el "Espíritu" - sin respeto alguno del cuerpo. Y aparece el "racionalismo" o el "intelectualismo" cuando menos, que es la negación misma del espíritu.

En esta situación tienen su origen los adivinados "ordenes".

Así en la antigüedad pagana existió un orden distinto en absoluto en la "interpretación" del mundo al hoy en vigencia, que persigue anormales conclusiones intelectuales y puntos finales "racionando" su física, o su matemática. El mundo se ordenaba conforme sucesión de imágenes fáciles y símbolos, o atracciones y repulsiones de la emoción.

Pero Europa, continente determinado por su estrato social, se dejó ir por él sin atender a las profundas voces que sonaban su ansia de Vida y redención, y despertó a ese desastroso orden intelectual y a su ensalzada "Cultura".

En esta realidad tienen origen teorías sociales como el denigrante fascismo y como el socialismo, tan ajenos al existir americano como el psicoanálisis en filosofía, como los "ismos" en arte. Atentados, todos, contra la integridad de la Vida.

Sobre esta realidad mecanicista, también, se calca esa imitación cursi del fascismo, que constituye el Aprismo peruano.

El hombre necesita retornar esto que insensiblemente venimos llamando Vida, con mayúscula, hoy. Este es el sentido de

la Historia. Cada nueva etapa histórica se inicia debido a que una nueva instancia del hombre se expresa y, desde ahí, en los comienzos libres de tradición, se experimenta la insatisfacción del estado mismo ansiando por esto la totalidad, o sea, la expresión de todas las instancias que componen la Vida. Se experimenta esto en los comienzos debido a que se está desnudo de intereses creados y el deber es encaminar el esfuerzo a la realidad de la expresión feliz.

El Occidente desoyó la voz eterna del ansia, por el contrario desarrolló su motivo hasta su agotamiento final. He ahí la época del Occidente.

América del Sur es otra tierra, perteneciéndole su propia época, su hombre está determinado por otra instancia de la vida. Se comprende que su necesidad actual es que suene la nota fundamental de su propio motivo, pues, como ya hemos visto, es sólo en los nuevos estadios originales de la enfermedad, que constituye este propio unilateralismo. Donde el ansia de redención y su clarividencia resuena más puramente. El Oriente y el Occidente han estado desoyendo este resonar, luego su tradición, sus intereses creados en su propia muerte, los impiden mucho más.

Europa nos contagia su realidad, nos hace creer una realidad ecuménica de hombre: que estamos o somos iguales a ella. He aquí el problema.

Ahora ya podemos comprender todo el peligro de nuestra situación. Presa económica, somos también presa espiritual. Mas el espíritu puede evadir mejor las celadas; basta sólo que se dé cuenta de las cosas.

Hasta aquí estas reflexiones de carácter general, cuya conclusión es la necesidad de "ser nosotros" por sobre todas las dificultades, aislando lo extranjero para poder expresar nuestra particularidad y desde ahí dirigir el rumbo a lo verdadero, para salvación nuestra y de los extranjeros mismos.

Volviendo al carácter menudo. Solamente la curiosidad por ciertos conceptos como "diabólico" y "tenebroso" hace luz en torno a un aspecto individual y único quizás de mi país en la América del Sur.

Siendo Chile un país especialmente angosto favorece las caminatas hacia adentro del hombre, es así como aún en provincia se da un clima especial del alma.

Al hombre que se le priva aún de su propia enfermedad es tenebroso.

En la Historia de otras partes, un solo lugar tiene parecido con nosotros: Rusia. Parecido vago, solamente en este aspecto, puesto que la dimensión de su estepa cambia completamente la resultante del caso o del aspecto del problema. En Rusia los hombres fueron casi tenebrosos en el Petersburgo de Dostoiewski - y aún hoy -. Casi lo fueron por un extremo parecido de la cuestión. El ruso de mil novecientos viajaba a la Europa central, asimilaba las costumbres de París o retornaba a sus campos para cultivarlos según el método de la agronomía inglesa. ¡Pobre mujik!

Se dice que lo tenebroso y lo diabólico son un atributo de los hondos subterráneos de la vida. Pero esto es falso. No hay un solo instinto de la vida que sea tenebroso o diabólico.

Son, lo tenebroso y diabólico, productos resultantes de una situación especial de la enfermedad de "esta vida": ESTAR ENFERMOS DE UNA ENFERMEDAD AJENA. Es un clima, una distribución especial y violenta de la psicología, un producto de la situación anormal.

Así vemos una juventud y una vejez "deschavetada", loca que no sabe que hacer con su vida, sexualmente enferma e irresponsable y sin embargo inocente y pura a costa de depravarse.

Es por esto que se necesita la luz balanceándose en el camino y los gestos individuales de salud, que son la luz apareciendo en el camino.

El deber del artista, en el verdadero y nuevo concepto que siempre he tenido de él, es manejar esta moral, esta fe y este deseo hacia el Hombre. Hay el deber de señalarse el camino. Y se debe hablar solamente cuando se tiene algo que decir.

Los otros son los literatos.

Es justo que me refiera a este medio que conozco bien y que es el que más daño puede hacer.

Existen entre nosotros seres sin fe, cuyo infantilismo o fijación de la infancia - para seguir con los términos corrientes - los hacen adorar aún las capitales de la vieja Europa con todo lo que ellas significan y con su desmayada "Cultura", ídolo en honor del cual se desprecia juventud y vida. Así en arte son europizantes, por lo general, afrancesados.

Ya no quiero convencerlos a lo que yo creo, pues sé que es un trabajo baldío. Quiero sencillamente atacarlos, sin perder mucho rato el tiempo tampoco.

Basta esta sencilla reflexión: ¿Es acaso posible que nosotros "fabriquemos" un cuento, por ejemplo, al estilo de Green mejor que Green o una novela que Cocteau? Claro que no. ¿Es posible o necesario que nosotros aportemos algo a la "Cultura"? No, mil veces no. Entonces ¿a qué esa necedad?

Sólo encuentro yo una explicación. Es el arribismo de los lacayos. La actitud de la clase media.

El lacayo solamente existe cuando un hombre se siente y comporta, por consiguiente, como tal; entonces solamente. La diferencia de posición entre los hombres existe en gran parte porque ellos mismos la producen en su necedad. Recuerdo aquel niñito hijo de la costurera de servicio en mi casa, con el que yo pequeño me daba de trompadas, llevando la mar de veces la peor parte. El jamás se amilanó ni escamoteó el tú, jamás se me ocurrió que no fuera superior a mí, hasta que no lograba también romperle la nariz. Después, solamente después, he tenido algunas veces a sentirme superior, y es cuando los demás lo han querido, obligándome.

Estos seres que se niegan sí mismos, también se engañan. En una superestructura son lo que creen ser; pero abajo, en el fondo, nunca serán lo que los apetecen. Ahí son americanos, es más, Chilenos. Es así que por mucha devoción que pongan en el parecido, no serán ni la mitad de parecidos a tal o cual poeta, escritor, pintor o pensador, de lo que puede ser otro individuo de aquella misma tierra que ponga mucho menos empeño en parecerse y aún ninguno si se quiere. En el fondo aportan siempre algo nuevo. Y esto nuevo se lo deben a su patria, a su tierra buena y nueva, a su propia manera de ser suramericana.

Lo malo es que así se pierde mucha virtud, mucha "materia prima", dando sólo un decímetro de lo que podría darse. Así se pierde mucha vida. Por esta actitud contagiante de renegado.

No quiere decirse tampoco que, nosotros los chilenos, nos pongamos a escribir cuentos regionales o conceptuosos de elemento nacional y de costumbres; nuestra manera de ser es muy distinta de la "tropical"; se quiere decir únicamente que no debemos engañarnos deseando ser algo inferior aún a lo que somos y que hasta ser sinceros y estar en contacto con nuestro íntimo ser para que sólo y sin esfuerzos emerja lo propio, lo auténtico, equivaliendo al paisaje, que muy adentro está en silencio. Es decir, todo se reduce a un nuevo sentimiento y una nueva visión, en la que tienen origen estas mimas palabras que yo trato de decir.

Barreto jamás renegó de sí mismo y las cosas que dijo, y las que intentó retornar, obedecían a una inquietud americana, a una vida emocionada, distribuida en torno a otro existir que el Occidente o el Oriente.

II

Todo lo escrito se puede resumir en lo que continúa, agregando solamente algunas ideas necesarias, pero recortándolas

dolorosamente al mismo tiempo, debido al límite de espacio.

La Historia de los pueblos tiene un argumento propio. El ansia toma tal o cual sendero equívoco. Los hombres saben que están "haciendo" historia por la misma situación del ansia repartida hacia el pasado y hacia el futuro. Desde entonces solamente. Los pueblos y las generaciones pueden tener su línea común, tal sucede por ejemplo con los pueblos del Occidente, los cuales dentro de sus variantes complementarias pertenecen al ciclo único del continente. Un factor fundamental da el tono, y todos ellos son culpables de la civilización mecánica que los ahoga, hija crecida del impulso del período del humanismo. Es la época actual, a la que todos los pueblos actuales han contribuido, con excepción tal vez de España, que es el pueblo menos occidental del Occidente.

Los pueblos y las generaciones que nacen a la vida con una Historia hacia atrás, con una "línea de conducta" y una tradición, es muy difícil que puedan interpretar certeramente su oscura ansia de redención. No saben el sentido del suceder histórico, no despierta en ellos la Visión o el presentir, o cuando menos lo equivocan.

Europa tiene toda una serie de períodos o capítulos históricos, brillantes, en cuanto a su novedoso y doloroso argumento. Son las épocas que tan bien o tan mal conocemos desde la escuela. Oscura edad media, claro renacimiento, ploma edad contemporánea.

La América del Sur, no tiene una Historia auténtica. Su Historia de la Independencia Material, nominal, además, es forzada y aburrida. Por esto se adentra en la imaginación la vieja Historia del Occidente. Muchos de nosotros creen haber existido en la Edad Media, o lo desean, o en tal o cual otra égida... Más nosotros no tenemos por qué colocar en esas páginas tan vital interés, para nosotros no existe y no ha existido ninguna de estas edades, ni el terrible período humanista, ni la civilización mecánica. No debería existir ni en apariencia. Pues residen solamente en los liceos y en los libros, en su conjunto.

No deberían existir por la clara razón que nos hacen daño. Podemos querer "continuar" la vieja Historia, como ha pasado a Norte América y perdernos definitivamente.

El sentido de la Historia puede liquidarse con mayor facilidad en los comienzos de la vida de un pueblo o un nuevo hombre. Se está al principio de un nuevo módulo vital, desnudo de viejo error y, siempre, al iniciar el paso de un nuevo pecado, suena claramente el murmullo redentor y aparece la visión que señala el verdadero camino y el modo de evitar la ya cómoda pendiente del dolor.

Es por esto que Suramérica, la nueva, debe limpiarse de lo extraño para que lo propio se exprese.

Estamos en los comienzos. Acentuando lo nuestro podremos escuchar la clara voz de los principios, la Visión, y caminar a su realización, que es la vida simplemente, para bondad de todo el mundo.

Ahora bien. Hay algunos países nuestros que ya han hecho Historia propia, teniendo así una tradición, en este caso benigna, puesto que los preserva orgánicamente de la sugestión europea. Tales son México, Perú y Bolivia, países de antigua civilización, muy alta los dos primeros. A través de sus canciones populares asoman distancias veladas de un legendario sentido del universo interpretado. Es algo así como una memoria orgánica, para emplear siempre las palabras usuales, que en este caso las preserva.

Contemplada esta excepción a la regla, en la que la tradición en este aspecto no es un peligro, también no podemos dejar de ver su aspecto peligroso: pueden estos pueblos retornar antiguos errores.

Chile está indefenso. Chile no tiene una tradición. Es por esto que los europeos afirman a veces que somos el pueblo americano más europeizado o asimilado a la "Cultura". Pero esto es falso. Cierto es que estamos inermes y aquí el lado malo de la cuestión – pero esto solamente mientras no se ha COMPRENDIDO. Además basta solamente colocarse en lo hondo de uno mismo para comprender y, una vez esto, viene el lado bueno de la situación, que, mientras tanto no existe fe nos da desventaja – y enorme peligro – con los pueblos suramericanos ya citados, una vez amanecida la Visión y la correspondiente fe, nos da gran ventaja. Me refiero al no tener tradición histórica alguna.

Los indios de esta parte de la nueva tierra no crearon una civilización como la azteca, la maya, o la inca, eran los araucanos, pueblos de guerreros. Es por esto, cuando miramos hacia atrás no vemos nada y nos encontramos al borde de las cosas, con un pie listo para iniciar el paso histórico... Gracias a Dios todavía no lo hemos dado, y estamos en espera.

La sugestión europea puede equivocarnos. Este el peligro de no tener una tradición propia. Pero una vez pasado el peligro estamos libres del peligro de la tradición, que consiste en darnos un derrotero suave por la pendiente o la unilateral.

Actualmente no tenemos una tradición que nos proteja del Occidente; pero sí tenemos los Andes. Ella - la Cordillera - es el símbolo. ¿Qué enfermedad o "Cultura" podrá cruzarla verdaderamente? Porque ¿Qué enfermedad o cultura sabe montar absolutamente en mula?

Somos, en Chile, el hombre de pie en el puro vértice de la

espera eterna, agitando los brazos en situación de equilibrio. ¡Maravilloso y humilde destino! Si desde aquí tenemos la voluntad de iniciar el paso hacia la resolución de la Historia del hombre derrotado, para recuperar al fin la Vida. Así se supera y nace la ventaja de este "horror vacui" que un día creyó destrozarnos.

Por ahora esta ventaja es peligro, porque ante todo necesitamos fe, fe en nuestra América, fe en nosotros mismos. Es por eso que el impulso parece religión; porque remueve fuerzas que la religión universal ha empleado negramente, agotándolas de mala manera. Nuestra Historia que empieza se inicia como la de los judíos con mitos en torno a la Creación, con la diferencia que son sentires como la de los pueblos que empiezan.

Por ahora es fe y lucha contra los que no la tienen. Nuestro artista verdadero expresa su sentir oscuro aún, su extraña visión de la Vida que fue y que será, su profundo ansiar hacia el Hombre.

Y amanece el Cuento, expresión y técnica, diremos nunca aún tratada en verdad y que está de acuerdo con la manera de ser un tanto cansada, abúlica hacia lo extenso en el espacio, de nuestro hombre de esta tierra.

Es por esto que Barreto fue esencialmente cuentista.

Confección de un asesinato[11]

Por Anuar Atías

Héctor Barreto vestía elegantemente.

Ahora camina por la falda de la montaña. Aquí justamente empieza la montaña: se divisa la cumbre llena de nieve.

Marcha serenamente, con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo. La solapa va levantada en parte, de modo que se forma en torno de la nuca un calor especial, destinado a la neblina.

La montaña es chilena. Figura en el mapa universal con el nombre de Aconcagua. Siete mil metros aproximadamente.

Es Domingo; lo prueba el color de ciertos pájaros, que se deslizan veloces y seguros hasta desaparecer.

Podría con más propiedad estar este Domingo sentado en una plaza o con un amigo, o posiblemente durmiendo. Pero a la orilla del Aconcagua viven los arrieros.

- "Encontrará a los arrieros" - se le había dicho. Se interesó vivamente entonces.

Arrieros y mulas.

[11] Publicado originalmente en la *Revista Barreto* (Ibidem).

No aparecían, sin embargo. Esperaba encontrar el rancho clavado al lado del barranco. Aparecería de un momento a otro el techo de totora, aplastado simbólicamente en la mitad. Entraría entonces. Los cuatro arrieros estarían sentados a la orilla del fuego, un fuego pálido y miserable. Los saludaría cortésmente y de pié al lado de la lumbre conversaría con ellos.

No contestarían.

En la penumbra semejarían ídolos de barro, tranquilos y distantes.

Hablaría mucho entonces; les golpearía cariñosamente la espalda.

- No hemos subido nunca a la cumbre - contestarían al fin.

Detrás de la montaña está Buenos Aires: Se divisa también el Atlántico, lejano y azul.

- ¿Pero, y a lomo de mula?

- Revientan a los cuatro mil metros.

Las mulas revientan. Se van de bruces y entierran la cabeza en la nieve. Se quedan tranquilas, con los estribos encima del cuello. El arriero se queda de pie a su lado; no se sabe si las considera con desprecio o con ternura. Después desata la montura y se aleja despacio, de bajada.

El rancho no está, sin embargo. Tampoco junto a la quebrada. Solamente aparecen grandes peñascos, milagrosamente equilibrados.

- Hubo honderos en la América del Sur que jugaron con esos peñascos. Estarán ocultos ahora, perdidos en el fondo de los cerros. Cuando había luna se sentaban encima de la cordillera y comparaban el ancho de los océanos. Se divisaban las bahías del África y de la India, respectivamente.

- Y los arrieros no vieron nunca el mar. No podían imaginar lo que era una ola, ni lo salobre de ciertas brisas.

- - - -

El sol no significaba nada. Está amarillo y próximo, inmóvil sin embargo. Y es sol, y es Domingo.

Empieza a fatigarse. Ha caminado y fumado mucho. Poco queda por hacer. Se saca su sombrero café y lo lanza al espacio, el viento se lo devuelve. Esto lo pone risueño. Además puede gritar y recuerda ciertos cantos españoles que es necesario decirlos en medio del viento para conservar su entonación prolongada.

Por el sendero, a su encuentro, aparece Kurt. Viste su traje de explorador, de casimir rojo y azul. La chaqueta está llena de pequeños bolsillos.

Es Kurt, el explorador de los domingos. Viene alegremente, agitando sus patines de nieve.

Barreto lo espera con el cigarrillo en la boca, junto al peñasco. Se juntan. Tiene la misma estatura, pero Kurt es rosado.

- En la montaña no se debe fumar - murmura Kurt.

Barreto le observa; mira sus dientes parejos y seguros. Supone que tiene la nuca derecha, perpendicular al suelo.

- Pero ¿qué hace Ud. en la montaña? ¿por qué ha traído su sombrero?

En realidad comprende muy poco. Siempre ha venido los domingos y sólo se ha encontrado con sus camaradas de nieve. Barreto levanta la vista hacia la cumbre y le dice sin mirarlo:

- Pero Ud. no conoce la montaña, solamente los arrieros.

Kurt no entiende. Ha venido desde pequeño a la nieve y no comprende por qué se le pueda decir que no conoce la montaña. Subió dos veces el Aconcagua y con sus propias manos clavó una pequeña bandera alemana en la cima.

- Ud. no ha estado nunca en la montaña, no la entiende.

Kurt está maravillado. Frente a él está un hombre moreno que arruga los labios cuando habla. Un hombre moreno... el país está lleno de ellos. Viajan de pié en los pasillos de los tranvías, discretamente de pié. Hablan poco o beben un vaso de vino tinto junto al mesón del restorán.

- A la montaña es necesario sentirla, entenderla. Los arrieros la llevan dentro y son amigos de los gigantes de la cordillera.

- ¡Gigantes!

- Cuando nieva ellos salen de sus ranchos. Tiran a la mula de las riendas y caminan en medio de la nieve hasta la loma. Allí se sientan. La mula inclina dulcemente la cabeza en el hombro del arriero. Y se quedan quietos, llenos de nieve hasta el amanecer...

- Pero no saben jugar. Deslizarse. No han subido nunca las altas cumbres. No son capaces, ni ellos ni sus mulas.

- En el rancho hay una mujer triste que los espera. Una mujer sentada tranquilamente a la puerta del rancho. Ellos las preñan en las largas noches de tempestad, cuando es nieve espesa. Cuando muere alguno se le entierra dulcemente en el hielo, y no se le vuelve a visitar. Así se van disolviendo todos en el cerro. La cordillera asimila sus huesos, su lenta sangre. Y esto es su único viaje.

- ¿Pero y Ud.?, ¿Uds. por qué no vienen a la montaña?

- Pertenecemos a la ciudad, a Santiago. La ciudad es nuestra montaña.

- Yo vivo en Providencia.

- En Santiago viven los chilenos. Providencia es otro país,

tiene otro paisaje. Y la montaña que Uds. admiran desde la terraza, es la misma de las litografías. Los chilenos vivimos en Santiago, San Diego, Arturo Prat, son nuestras calles. Nuestros obreros viven a la otra orilla del río. De noche se vuelven por el puente. Habitamos la ciudad, en ella vivimos y fracasamos. Nuestros sueños, nuestros recuerdos están siempre ligados a calles, a calles generalmente de noche. Yo amo las calles, sus rieles, sus casas que están llenas de pianos y de niñas pálidas y tristes.

- Pero Uds. anhelan nuestras costumbres.

- Nos vestimos como Uds. pero nuestra ropa se liga pronto a nuestro propio sentido. El obrero tiene su moda especial, lenta, marcada por largas etapas. Hace adquisiciones trascendentales cada cierto tiempo, como el cierre "eclair", pero las impregna rápidamente de su apariencia general. Basta cerrar los ojos y recordarlos. Estarán de pié en la acera, altos y nobles. Y cuando marchan pegados a las murallas van con el ángel de la guarda al lado.

- Nosotros somos alegres.

- Es falsa esa alegría, no pasa de ser una euforia muscular, porque no son capaces de estar tristes. Nuestra alegría es tranquila, moderada. Nos alegramos junto a la mujer que nos ama o junto a los amigos queridos. Y a veces cuando nos emborrachamos. El vino tinto mata las penas.

Kurt está incómodo; necesita moverse y da pequeños saltos sobre un pié. Recuerda dulcemente que habrá una partida de golf en el estadio. Estará su rubia con su pollera blanca. Su rubia que será la madre de sus hijos, todos rubios también. No se da cuenta que a su lado se encuentra un enorme, un hombre enorme que lo observa, que lo analiza como fenómeno biológico, que le mira su traje de excursión. Está frente a él, de pie al lado del peñasco. Por primera vez se fija en sus ojos, en su cara pálida, en la mandíbula apretada. Siente un poco de vergüenza. Nunca se le había mirado de ese modo, tan despectivamente.

- Ud. se burla de mí - murmura.

- Yo lo desprecio - es la respuesta fría.

Kurt se irrita. Aprieta enérgicamente sus patines de nieve y la sangre le llena la cara, haciéndola más rosada aún. Se le acaba de insultar. Teóricamente debe ofenderse, pero su orgullo está intacto. No encuentra en realidad qué responder.

Y Barreto se ríe de él, a carcajadas, que participan sonoramente de la montaña.

- Ud. es alemán... le corro.

Kurt está perplejo; cree que se trata de un nuevo juego. Se ríe a su vez a carcajadas.

- Corramos.

Se echan a correr. Kurt cobardemente ensaya su paso de atleta, que consiste en dar largos trancos aprovechando la punta de los pies. Trata de adelantarse pero no puede. El otro corre a su lado y parece dominarlo cínicamente, sin adelantarse.

Y van montaña abajo por el sendero. El viento los impele violentamente de bruces. Los peñascos aparecen a cada instante, repletos, con un viento parásito que los acaricia: podrían tener cómodamente largas cabelleras.

Kurt aumenta su velocidad. Quiere ganar, ganar a ese hombre pálido que corre junto a él. Lo mira. Va por la orilla del sendero y dá amplios saltos, que le permiten abrir los brazos... Los abre entonces y grita, hasta que se le llena la boca de viento.

No lo puedo ganar.

Se cansa. Ha gastado heroicamente sus últimas energías. Quiere decirle que está vencido, pero no lo oye. Se para bruscamente y deja caer los brazos. Está desolado, humillado, tiene deseos de llorar...

El otro se adelanta. Cambia de ruta y sigue en dirección a la montaña.

Kurt lo ve alejarse. Ve como crece, cómo le crece el abrigo.

Y vienen la noche y la luna.

De las montañas salen los gigantes de la América de Sur. Son ocho. Se juntan a Barreto y corren con él. Todos tienen la misma estatura y abren los brazos y gritan. Barreto ha crecido, se ve como ellos.

Corren por la cordillera, dejando grandes huellas en la nieve.

Y Barreto va saltando de cumbre en cumbre, con el abrigo abierto. Los gigantes los siguen. Suben al Aconcagua y se reúnen en la cumbre. Se miran las caras. Todas se parecen, son pálidos, tiene apretadas las mandíbulas, los dientes...

Barreto se despide. Ellos se quedan sentados y lo ven partir. Viene a la ciudad, va por sus calles. Los perros chilenos lo miran desde las esquinas y aúllan alegremente. Salta por las casas, por los huertos de las casas.

Y de la luna baja un ruiseñor. Es alargado y viene con las alas apretadas. Cae directo a Barreto.

Barreto murió como un ruiseñor en el vientre.

Y era noche de Sábado.

CRÓNICA DE UN TIEMPO [12]
Por Santiago del Campo

En Francia supe su muerte. Fue a fines de Septiembre del año pasado, y yo venía de España, a la cual debía volver en pocos días más. La revolución interrumpió súbitamente la continuidad de noticias del extranjero. Coincidencia del hombre con su geografía histórica, el español apartó de su plano diario todo lo de afuera, lo oceánico de más allá, lo que podía interrumpir la atención desmesurada de su gran episodio. Toda nuestra vida comenzó a girar entonces, a verse solicitada, estimulada y requerida sobre la porción de terreno vivido. Tiempo de intranquilos afanes, sin calma posible, de insistente y martirizado sobresalto. Salí de España sin otra visión ni otro pensamiento que lo que acababa de dejar en ella.

Al llegar a Marsella-como si el diferente panorama estimulara nuevos recuerdos-dediqué los primeros momentos a escribir a mis amigos. Entre ellos, Barreto. No puedo precisar justamente lo que le dije. Tal vez le hablé del Vilieux–Port, con su barrio napolitano, de las calles estrechas de pescadores y pecadoras, de los cafetines borrosos y densos, y de la ciudad marina arrodillada ante el molusco de piedra del Castillo de Iff.

Al día siguiente, partía a Niza. El cónsul Bazán me dio algunas revistas para el viaje. En el tren, comencé a hojearlas, distraídamente. Cogí una y, al abrirla, fue como un corte de buen cirujano. Había en aquella página un retrato y un nombre: Héctor Francisco Barreto. Y, a un lado, en resaltantes caracteres, decía: **asesinado**. No podía creerlo. Ni siquiera imaginarlo. Me asaltaron suposiciones de todas clases. Por mucho que pensara, bastaban estas pocas líneas para desmentirme. La vida de España en esos meses de guerra me había hecho casi familiar la idea de la muerte y, hasta diría, que un pasivo fatalismo me impulsaba inconscientemente a su meditación. Pero es que la muerte de Barreto era otra clase de muerte. No conocí nunca criatura más segura de su vida. Era tan sereno, tan lleno de noble equilibrio, respiraba tanta dignidad de varón que su sola mirada traía la salud. Y ahora aquél bárbaro laconismo de un título periodístico era toda la prueba, la formidable presencia de la muerte. Era imposible defenderse, imposible asumir actitud de consolable negación. Yo sabía que los demás,que todos mis amigos y conocidos, tristemente alejados, eran poseedores de esa verdad en toda su totalidad desolada. Ellos podían llorar y levantarse, discutir porfiadamente, crispar puños y ademanes porque **conocían**. A ellos les era dado desmenuzar las incidencias del hecho lamentable, seguir tiempo a tiempo su desarrollo, acaparar el más escondido detalle y saturarse de episodios hasta la fatal culminación. Pero yo,

[12] Publicado originalmente en la *Revista Barreto* (Íbidem).

seguir tiempo a tiempo su desarrollo, acaparar el más escondido detalle y saturarse de episodios hasta la fatal culminación. Pero yo, esquinado, tácito, sin vecino que confidenciar, sin piedra para desarraigarme, el cerebro atormentado por las visiones de la guerra, me veía forzado a reunirme a mí mismo para interpretar, destrozándome en cada tramo, llorando la lágrima viva del hombre solo. Sobre todo, solo. Solo en la Francia comercial y amanerada, ante dientes satinados a porcentaje, entre la propina y el "surmenage" ahorrativo, región caduca, intersexual e intersticial. Nunca como entonces comprendí lo que Barreto significaba para mí. Él era franqueza, excelente transparencia, mano recia, de amigo, voz de hombre completo, sin aristas sospechosas y acuosas. Nada podía amedrentarle y, por eso, actuaba siempre como ser de perfecta cabalidad. Un día me había dicho: "hombre es aquel que puede desnudarse ante una mujer sin temor al ridículo". Criatura de armonía, siempre le tuve como el ejemplar más opuesto del malhadado personaje que en nuestro país se llama "literato joven". Del pobre individuo salivoso, etéreo por endocrina insuficiencia, que da gritos y aletaditas que se desgarra por razón de uñas, ángel viejo remendándose las alas. Barreto, en cambio, cuando estrechaba la mano no dejaba en la piel ese aceite helado de adiposo genital ni miraba anfibiamente. Me era horrible pensar que, después de un año de no saber de él, el primer contacto, la primera noticia suya fuera aviso de muerte. Porque, a pesar de las muchas promesas que había hecho de escribirme, nunca lo hizo. No podía explicármelo entonces. Ahora he sabido que, cuando se lo preguntaban, decía: "Nos veremos muy pronto. Por eso no le escribo".

Ahora estaba muerto. Eso era todo lo que yo sabía. Días más tarde, volvía a España, a hundirme de nuevo en la solemne peripecia de los muertos. Y junto a aquellas ruinas, junto al dolor de los hogares deshechos, de los paisajes talados, comprendí que no entraba solo a España. Héctor Barreto entraba conmigo. Su muerte y mi gran amargura.

- - -

Le recuerdo sentado frente a mí. Su cara es delgada, firme. Los ojos, de un color marrón intenso. Frunce las cejas y las aprietas casi verticalmente, porque sabe que así luce más "prestigiosa" su mirada y porque, además su frente se surca de magníficas arrugas. La nariz es perfilada, pero en las alillas se dilata y resalta ligeramente en respingo. La boca es fina, expresiva; él inclina el dibujo de sus labios hacia el lado izquierdo, en donde un rápido

pliegue corta las comisuras y baja en arco sombreado. Héctor muestra ese pliegue y dice: He aquí lo que hace "haber vivido". Y se echa hacia atrás en la silla, mirando maliciosamente. Los que no le conocen se espantan. Imaginan una vida terrible. Nosotros sonreímos. A él le encanta especular con su rostro, dirigir sus gestos, aprovechar sus ademanes. "Cuando le mostré mi mano a aquella divina, se desmayó".

- Héctor, pregunto yo, Ud., que gusta caminar por esos barrios tan oscuros ¿no le ha pasado nunca nada?

- ¡Qué me puede pasar! Cuando veo un grupo de criminales reconocidos no hago más que mirarlos. Eso basta.

- ¿Y si van armados?

- Saco el anillo de mi dedo; lo levanto en el aire y, si llegan a disparar, las balas pasarán necesariamente por el anillo.

Y sonríe. Se lleva la mano a la cabeza. Su peinado es el de un romano auténtico: crespo, corto, justo. En este momento, ha inclinado el rostro hacia atrás. Resalta su mandíbula firme hacia fuera y el mentón que tiene una suave hendidura de bondad. Adelanta un brazo por encima de la mesa y uno se siente atraído por la expresión de su mano, que es tan fina como la de un espadachín florentino y que él maneja familiarmente. Se queda callado un momento; yo sé que quiere decir algo, y se lo pregunto. El se hace de rogar. Insisto. Se muerde los labios; Es algo horrible, dice. Yo finjo extrañeza. ¿Qué hora es? Pregunta. Las tres y media, digo yo. Y él: es peligroso; en este momento acaban de salir los de "allá" y pronto estarán aquí. Mire Ud. Y, efectivamente, gente extraña entra al café; son viejas arrugadas, hombres pálidos, sombras creadas por las palabras de Barreto. Es tan fuerte la sugestión de su estilo que, al mirar a aquellos visitantes, no puedo menos que estremecerme. Cuente, por favor, Barreto, cuente, digo yo. Y comienza las historias.

- - -

En tiempos antiguos, un leñador se internó en un bosque. Al hundir su hacha junto a un árbol, saltó de la tierra un objeto duro. Era un icono pagano. El leñador comprendió que era cosa sagrada, y sobrecogido de fervor, lo llevó a la iglesia cristiana. Lo dejó en medio del altar mayor. Al otro día, cuando el sacristán entró a encender los candelabros, notó con sorpresa que las imágenes sagradas estaban graciosamente vueltas hacia el ídolo y que en el rostro del Cristo crucificado lucía un gesto cortesano.

- - -

Y he aquí que hubo un hombre que quiso conocer a Dios. Recorrió tierras de Oriente, pueblos de paganía, siempre en su busca. Y sucedió que un día desapareció del mundo de aquel tiempo. Pasaron los años y un Rey de Babilonia también quiso conocer a Dios. ¿Quién puede enseñarme su conocimiento?, dijo. Y le contestaron: Hay un hombre que seguramente le ha encontrado, porque después de mucho buscarle ha desaparecido. Debe estar en el desierto. Y el Rey, con gran séquito, fue en su busca. Llegó al desierto y una vieja le dijo: En esa gruta vive el hombre que buscas. En las noches tiene extrañas apariciones. Los pájaros del cielo le traen alimentos. Y cuando el Rey se acercó a la gruta el hombre salió a su encuentro. El Rey le dijo: Quiero que me enseñes a Dios. Y el hombre, sin decir palabras, le llevó hasta el fondo de la caverna. Sacó un gran cofre y de adentro otro, y otro y otro; por último, un trozo de madera ligeramente pulido, azul. He aquí Dios, dijo.

- - -

Un puerto de la China, tres años antes de Jesucristo, al amanecer. A lo lejos una lucecita. Es un pescador que se acerca. Ya en la playa, divisa a una mujer vestida de negro que, acurrucada, llora, tapándose la cara. Mujer, ¿por qué lloras? Ella no responde. Sus sollozos aumentan. Él, entonces, la toca en el hombro. Ella se levanta y se vuelve; sigue aún cubriéndose el rostro con las manos. ¿Por qué lloras? Levanta la cara y aparta las manos, lentamente. El pescador da un grito. La mujer no tiene rostro. Echa a correr, como un loco. A lo lejos, hay un grupo de hombres, también pescadores. La "Saramay" grita: he visto a la "Saramay". ¿Dónde?, pregunta maliciosamente uno de los hombres y, antes de que él responda, todos, en su conjunto, se enjuagan la cara de abajo arriba y la transforman en huevo.

- - -

Estas historias, ociosas, como él las llamaba, eran creadas espontáneamente, y dan a pesar de su aparente frivolidad, revelan, toda una visión interpretada, todo un estilo y un modo de ser. Contó tantas que no podría relatarlas aquí todas. Quiero sí dar a conocer, antes de terminar, el modo como Barreto veía la historia:

- - -

Cuando César cayó acribillado a puñaladas, se irguió para ver la cara de sus asesinos y, al observar que sus vestiduras

estaban en desorden, las arregló cuidadosamente para que su muerte fuera pulcra.

- - -

Y ese marqués de Salas, que era negro y gran violinista en la corte de Francisco José de Austria. Caminaba como las panteras, con largos pasos blandos. Un día, en pleno concierto, se le ocurrió mezclar ritmos negros a la música académica. Y fue despedido. Murió en una posada inmunda y cuando fueron a desnudarle, se vio que aquella esbeltez que había apasionado a tantas mujeres, se debía a un corsé.

- - -

Napoleón fue el último hijo del Sol.

- - -

César entra a saco en las ciudades bárbaras. Un emisario lo precede y grita: Maridos, cuidad vuestras mujeres; madres, defended a las vírgenes, que ahí viene el adúltero calvo.

- - -

Barreto no fue frívolo ni decadente. Su hombría se gozaba en estos juegos con la bondad de los fuertes, con la seguridad del hombre sano. Él dijo: No hay placeres más completos que los de la inteligencia. Y es que su inteligencia no era prisión de conceptos ni anaquel estadístico de teorías, sino amplia actitud comprensiva, deseo de mirar la vida, de ser hombre completo, cabal criatura de la tierra. Los que le mataron, más que destrozar un nombre, asesinaron una expresión. Una expresión clara como lo son todas las cosas nobles. Expresión de ser.

LA BÚSQUEDA[13]

Por Miguel Serrano

Un vago recuerdo lo perseguía mientras continuaba inmóvil en ese mundo en el que todo lo creaba la imaginación. Aquí era tan distinto que apenas si podía fijar la memoria sobre esos sucesos lejanos, acaecidos en un mundo físico, allá abajo, o allá adentro, en que los sentidos palpaban y tocaban las cosas desde afuera. Ésta alma, sentada sobre un montículo de luz sonora, empezaba a recordar con un gran esfuerzo y con dolor los últimos momentos que vivió allá.

Siempre existieron en la tierra lugares que el hombre consagró al eco interno que le despertaron. Por eso, aquel sitio descubierto en medio de las montañas de su patria, le produjo a él una alegría suave y una emoción profunda. Lo recordaba brumoso en la cima de los montes. Sobre el lomo de algo, de un caballo (como lo llaman allá), atravesaba las pircas de piedra y pasaba al galope por el páramo blanco, cubierto de árboles de espino que extendían sus ramas retorcidas, torturadas. Extraño paisaje en la altura, rodeado de montes obscuros, con la lejanía de las cumbres nevadas y la presencia de unos cerros áridos, pelados, cubiertos por rocas sueltas, descascaradas, muy antiguas en medio de las cuales crecían boldos añosos, rezagados, con troncos semipétreos, presentes expresiones de la tortura de una existencia milenaria que no ha cambiado de forma ni actitud.

Los cascos del lejano caballo resbalaban sobre una roca extendida. Desde ahí se contemplaban los espacios y los campos.

Él vino siempre; eligió este sitio para sus soledades y aquí comenzó a meditar y a esperar. Físicamente presentía la antigüedad de este lugar y desesperaba de no poder penetrar en el fondo de su secreto. Se sentaba bajo un boldo espeso y persistía mirando las rocas que adoptaban figuras de rostros humanos o de animales; había una encorvada, como loba marina con sus cachorros menores. En la sombra reseca de los boldos, el viento creaba formas de hombrecillos diminutos. Cerraba los ruidos del mundo: el canto de los pájaros, el anhelar de las liebres, el grito lejano de los valles y el incendio silencioso e invisible del sol. Se levantaba, abriendo sus ojos fríos y orgullosos hacia los cielos.

Y fue solamente un día, impresionado por el ascenso de una nube que escalaba la base de los montes y por el grito lejano y melodioso de una vaquera, cuando se decidió exclamar: "¡Oh Luz Impalpable, que estás distante y me dominas!".

[13] Publicado originalmente en *Revista Atenea*. Revista Mensual de ciencias, Letras y Artes. Publicación de la Universidad de Concepción. Año XXV. Septiembre – Octubre 1948. N° 279 – 280. Editorial Nascimiento, Santiago de Chile. Páginas 534 – 546.

Descorazonado se sentó sobre una roca, bajo el alero que formaban las ramas de un boldo. Sentía el pecho traspasado de angustia. Y ahí se quedó largo rato, hasta que empezó a invadirle un desvanecimiento, un letargo desconocido. Continuó en esta forma mucho tiempo, de modo que no podría precisar a qué altura de la mañana había llegado el día. Y fue así como el desmayo de su voluntad se le fue haciendo un raro suceso imposible de vencer. Ahí estuvo, hasta que vino el viento y lo azotó,

Y después, la niebla cubrió los campos y llegó a las altas cumbres. El sol se perdió lejano. Los ruidos de la vida salvaje desaparecieron detrás de los velos que empezaron a cubrir el aire. Y, de pronto, admirado, pero siempre en lo hondo de esa extraña e incitante inmovilidad, comenzó a escuchar una voz que le hablaba como dentro de sí mismo. Era una palabra instantánea y grave que procedía también de la existencia de las cosas vecinas como si él estuviera dentro de ellas. Y supo que era la voz, la palabra del paisaje, ese ruido único que todo estaba haciendo desde hace miles de años en la cima de estas montañas, que en este momento descorrían su velo de misterio y de muerte ante el viajero insistente.

Y era profundo y terrible el secreto de ese paisaje, ante el cual el alma se sobrecogía de un frío como el de la niebla que estaba envolviendo las alturas.

Una a una las rocas fueron hablando su palabra antigua. Vino primero la voz de aquella piedra incrustada en la cima. Llegó junto a él y cayó recogida y quebrada a sus pies, diciendo:

- Mira, si tienes alma y valor, mi imposible existencia, mi tortura indecible. Soy casi un rostro, casi una forma, sin embargo no tengo ojos para contemplar los espacios; si te aproximas verás que no existen y sólo son una apariencia, una ilusión, una hendidura falsa, lograda a costa de múltiples angustias y de un deseo espantoso de cambiar mi actitud. Millares de años llevo sin que mi energía cambie de postura. Tengo sed de cambio, tengo dolor, amor de disolverme, de partirme, de quebrajarme y de seguir en granitos menudos el curso tumultuoso de algún río. Mi maldición es esta inmovilidad, este cansancio de permanecer y esta opresión de una forma retorcida que adivino en mi nada. Si yo no puedo sentir mi sufrimiento, seguramente hay alguien que sufre por mí. Y mi deseo imposible es el de poder desear.

Enmudeció esta roca.

A medida que ella había hablado, se llenó él de su misterio y de su angustia, pues era como si la palabra y la conciencia de todo eso no se encontraran en otra parte sino dentro de su pecho. La voz seguía revelando esa aventura y así llegó a su corazón la palabra de la piedra que semejaba una loba recogida en el hueco de una quebrada.

- He aquí lo que debí ser y lo que no he sido - dijo -. El mar cubrió este mundo en sus orígenes. Yo llevo grabadas las olas en mi espalda. Eran olas enormes, y estos cerros fueron cadenas de una cordillera submarina. Junto con mis hermanas y con las raíces de estos árboles parásitos, que viven de nuestras vidas, adornamos la selva interna de ese monstruo, que es un príncipe lleno de sueños tormentosos. Se fue el mar. ¿Dónde estará hoy? Y yo he quedado aquí, por mi culpa, retorcida y suavizada en el engaño de una forma que no pude alcanzar. Parezco una loba y estas escorias duras semejan mis pequeñuelos. ¡No es así, sin embargo! Por mi interior no hay ni leche seca. Aproxímate y verás que mis arterias no son más que el dolor hecho piedra y mi forma un esfuerzo perdido, realizado a destiempo. No he merecido ni la sangre ni el aire, ni la piel ni el amor de este simulacro cruel. ¡Vete, aléjate de mi espanto, no observes más mi engaño, ni mi dolor que contamina!

Se calló la voz y entonces él, sentado en el mismo lugar, empezó a escuchar la confesión de una roca desplomada y deforme:

- Soy un monstruo, espanto a mis hermanos, dentro de mí se agita una aspiración pasional que no encuentra salida en los pliegues duros de mi fuerza. Me oprime mi propio peso y mi incertidumbre no se decide por una posición; estoy mucho más lejos que mis vecinas, más lejos aún que esta montaña, ni vislumbro siquiera la forma humana o animal, soy una extraña en medio de todo esto y por eso también soy más feliz, es decir, más roca, más nada.

Cuando esta sombra se calló, él percibió el murmullo de la más alta piedra, que, como un monolito, se curvaba blandamente soportando el viento de las duras estaciones. Gemía:

- Pude ser dulce madera, perfumada vida seca, que se humedece desde fuera y sueña en el torrente helado y jugoso de sus venas vegetales. Y un día debí ser cortada y pulida hasta adquirir la forma de un sitial, de un lecho de amor o de un trono de pontífice, sobre el cual el recogimiento de un espíritu humano dejara un sello benéfico a mi historia de superación. ¡Ah, como desearía sentir siquiera el azote y la palabra del viento sobre mi fiebre de roca! ¡Sería un estímulo y un bálsamo en mi atraso de siglos!

Así fue como las rocas torturadas de esas alturas de la tierra, descorrieron el velo de su secreto. Y le tocó entonces el turno a los vegetales.

- Mira - dijeron los boldos nudosos y sombríos - esta parálisis de nuestras ramas, estos retorcimientos que nos duelen, estas hojas enjutas y semidentadas. Llevamos años creciendo entre estas rocas horribles, sintiendo los escalofríos del abismo. El

torrente seco que nos recorre quisiera implorar al sol un poco de calor de sangre y, sin embargo, a veces se detiene en las estribaciones, comprimido por las raíces. Nuestra débil vida sueña siempre el mismo sueño primitivo; hemos dado un paso más allá del mineral; pero no hemos podido salvar el abismo que nos separa de la sangre. ¿Cuál fue nuestro pecado? ¡Si tuviéramos siquiera memoria para recordarlo! Sólo sabemos hoy del terror helado de los pájaros que nos vistan y que casi no se atreven a hacer sus nidos en los sombríos huecos de esta vegetación. Es ahí, en nuestra sombra, en nuestra penumbra verde, donde crecen los fantasmas y las apariencias de seres que tú has creído ver. Son pequeños enanos endiablados, que se acoplan gimiendo o riendo a carcajadas y tienen por hijos a las arañas. Escucha, oye sus ruidos y sus voces, ellas te hablarán mejor de nuestro error, pues son la conciencia y el producto de nuestro pecado. ¡Ay, si los pájaros pudieran prestarnos unas cuantas de sus plumas, o el viento, amable, con su azote inclemente, curvar nuestras espaldas y doblarnos, hasta darnos la apariencia de una joroba humana! Escucha, esta es nuestra voz, viajero, que te habla de la tortura de la forma humana tratando de encontrar una expresión, un camino, a través de una miserable corteza de edades.

Calló el boldo y habló así el espino:

- Mis espinas no son las de las rosas que las cultiva por delicadeza y por extrema sensibilidad de su existencia; mis espinas crecen por rencor y son una expresión del deseo de hacer daño. Incapaz de retener a nadie, llamó la atención del viajero que se aleja por el dolor que le causo cuando lo clavo. Soy hosco y cruel, ni siquiera el olor con que perfumo los campos en verano es mío; ese olor viene de arriba, de ese ser que me ha creado y que a través de mí se expresa y sufre. Sólo la liebre ha podido amarme y me compadece.

En estos momentos la niebla de las cumbres empezaba a abrirse, y él, continuando en ese insólito estado de inmovilidad y olvido en que parecía encontrarse en el centro de las cosas, percibía en lo íntimo de su corazón la lucha del sol por abrirse paso a través de las tinieblas, por rasgar los velos helados y húmedos de las nubes bajas. Enmudecieron las pequeñas voces torturadas y en alguna parte comenzó a resonar una palabra distinta que llenó el espacio y recorriendo monte tras monte cubrió de ecos las cimas. No vio a nadie, pero oyó claramente esta advertencia.

- Has visto y has oído. Sólo sombra y dolor. ¡Ilusión! Sólo yo existo aquí, soy el alma de este sitio. Es a mí a quien duelen estas rocas y estos árboles, solo yo soy el culpable, el que aprendo y el que gano en experiencia. No te muestro mi rostro porque te daría espanto. No volveré a encontrarte en esta vida y ya no seré lo que tú

eres en esta hora ni en esta emoción del mundo. Me quedé atrás y sólo de atrás volveré, en una hora que tampoco será la mía. He aquí el vértigo de mi tormento. Aprende, y que te sirva de meditación; no detengas jamás la planta de tu pie, no mires hacia atrás, no sea que retornes al boldo o que aprendas a mirarme cara a cara; esfuérzate, aspira a subir, a romper tu forma, a cambiar de actitud, en el camino vivo de los mundos, en el sonido de los cielos y en el páramo encendido de los cielos.

Desde los cuatro horizontes un pesado silencio se hizo en el aire. Él permanecía con la cabeza sobre el pecho, sin mover un miembro de su cuerpo. Acostumbrado ya a las voces, ponía atención extrañado de la quietud que se había hecho y, a medida que el sol iba abriendo la niebla, creía escuchar el ruido del silencio. Aguzaba el oído y cada vez que se esforzaba era como si ayudara al sol en su lucha contra la sombra y se hacía partidario de su emoción profunda. Poco a poco iba sintiendo que su corazón palpitaba anhelante, como si presintiera un suceso esperado, ante el cual no podía evitar la quietud y la zozobra. Era como si lo que iba a realizarse hubiera sido el acontecimiento único y deseado, para el cual todo lo sucedido hasta ahora sólo fuera el prólogo encargado de presentarlo. Sintió un estremecimiento y la impresión de retornar de muy lejos. Hacía rato que adivinaba la presencia de alguien sobre los árboles, en medio de ellos y encima de los valles encerrados por las cumbres. Se abrió el día y en el claro del sol, pero buscando la suave penumbra irreal de las secas yerbas, apareció una figura humana, que temblaba con la luz triunfante y a la que había que mirar intensamente para que no se esfumara.

Estremecido de dolor, reconoció la imagen, de un querido amigo lejano. Muerto hacía varios años, había afirmado en su breve paso por la tierra un sueño heroico y una verdad suprema que no encontró calor humano en nuestro trágico tiempo. Murió violentamente una noche, solitario, sin encontrar siquiera la comprensión de sí mismo. Después él lo buscó infructuosamente. Y ahora estaba ahí, vibrando en un claro de luz, en un rayo de sol. Su primer movimiento fue de temor, luego quiso aproximarse y estrecharlo contra su pecho. Pero esa extraña inmovilidad que le fijaba, lo tenía cabizbajo, sin poder mudar de actitud. Fue entre lágrimas que siguió mirando para no perderlo y que escuchó su voz antigua, acentuada por los mismos gestos ya olvidados. Sonreía melancólicamente mientras habló:

- Querido amigo, he afrontado el dolor de esta venida, la presión de esta antigua atmósfera de tristeza en que se deshacen o templan vuestras almas, para mirarte en la frente, hoy que tú también has visto lo que yo peligrosamente palpé y soñé antes. Entonces nadie quería comprender; vivíamos encerrados en

nuestras vidas duras, en mundos difíciles y atormentados; pero ahora te vengo a decir que nadie de nosotros se salvará; unos a mitad de su camino, otros al final, tendremos que encontrarnos con esa verdad que ha olvidado todo el mundo. Nuestra misión fue nacer para presentirla y nuestro dolor, luchar contra nuestra propia existencia, contra nuestras imposibilidades, incapacidades y temores. Sólo el heroísmo puede salvarnos en un mundo que se desploma para nacer de nuevo. Sin embargo, tú y yo y todos nosotros, los de esta generación, volveremos a encontrarnos eternamente, como ya lo hicimos antes. Y es con la verdad de la existencia de infinitos lugares y de maravillas terribles y sublimes que hoy he venido a hablarte... ¡Adiós, hermano, que me recuerdas y sueñas...!

Él quiso hablar, preguntar, correr hacia la luz, ir hacia aquél, conversar tantas cosas acumuladas en estos años; pero todo quedó como si nunca hubiera existido; la luz de la mañana de nuevo era clara. Sintió un estremecimiento en su cuerpo y se encontró sentado en idéntica posición a la sombra de las ramas. El sol estaba alto y miró él los arbustos y las montañas como si las viera por primera vez, con sus bordes y sus contornos espinosos y externos, flotando envueltos en el aire delgado de las alturas.

Su caballo permanecía amarrado en el mismo sitio. Cuando se acercó para montarlo, estaba nervioso. Poco después cabalgando ya por el páramo, entre los espinos, el animal lo arrojó de improviso y lo mató.

Al otro día, unos aldeanos que cruzaban por esos lugares altos, encontraron su cadáver feliz, cubierto de gotas de rocío y clavado por algunas espinas.

* * *

Y era esto lo que él estaba recordando con enorme dificultad ahora, como si tratara de fijar una sombra dolorosa, mientras permanecía enclavado, prisionero, en ese otro mundo tan diferente, en esta «segunda tierra».

Después, todo había sido como un sueño tremendo dentro de un torbellino, hasta que se encontró aquí. ¿Para qué recordarlo? Horas de luz pasaban a sus pies. Había gritado por muchos mundos el nombre de su amigo, solicitando su ayuda y su consejo. Sólo el eco infinito de los grandes espacios y de los abismos la respondieron. Y una vez en este mundo cónico y a la vez redondo, en que todo le cerraba la imaginación, trató de evocarlo, y, en efecto, su forma se realizó precisa en el aire blanco; pero ante él surgía la conciencia de que sólo era una prolongación de sí mismo, que hablaba sus palabras y respondía lo que él deseaba. Nunca

podría aquella nueva forma enseñarle algo más de lo que ya sabía. ¡Cuán grande y terrible era el poder de la mente, de la imaginación! En este lugar se transformaba en tortura, pues los relámpagos incontrolados del deseo cerebral crean seres y formas reales en el espacio, que son enemigos que atormentan hasta que no se logra imaginar otro pensamiento que los destruya a su vez. La imaginación y la mente se devoran a sí mismas y a aquél que no logró en la tierra romper y superar los moldes de su alma, ni controlar sus impulsos, sufre dentro de este círculo que es un mundo frío que retiene en su centro.

Desde hacía largos espacios permanecía retraído en un solo pensamiento: ¿Cómo era posible que todo fuera una proyección de sí mismo? Esa aventura grandiosa, ese suceso puro de la luz, que bajaba desde las cimas enormes, al pasar por él mismo se descomponía y se transformaba en un mísero sueño personal, hecho árido por la mente y empequeñecido por sus limitadas fuerzas y sus posibilidades. Sentado con los brazos apoyando su cabeza, estuvo contemplando la ronda de los colores que descendían en números desconocidos y hacían un eco de canto al pasar cercanos. Él sabía que, dentro de esas luces, centenares de millones de formas iban incluidas, pues todo el universo tiende a la forma y esa aventura sublime, ese suceso puro, se expresan simbólicamente, heroicamente, en la delicia de una forma, que luego les aprisiona y les tortura, hasta que no es rota desde dentro y superada por el amor y reemplazada por la belleza de otra más pura. Todo esto él lo sabía; pero de una manera mental, intelectual, sin salir de sí mismo. Y era por eso que no se atrevía a poner atención en la parte interna de la luz que recorría los abismos, para no sufrir la desilusión de comprender que esas formas allí incluidas eran falseadas y empequeñecidas por su propia mente contrahecha en la experiencia y en el prejuicio de otro mundo.

Hasta ahora él había permanecido solo, sentado sobre un montículo de luz, recordando dificultosamente lo que aquí hemos descrito. Caravanas, relámpagos de luz, habían pasado desde entonces y los límites de este universo se extendían indefinidamente, repitiendo en todas partes su propia imagen y su nombre, que él no lograba olvidar. Pero ahora quería ver y levantó la vista.

Sobre el azul y el dorado de las alturas, un ser maravilloso se detuvo. Era un joven cubierto con una túnica de bordes celestes y de manos albas como nubes, que se había detenido a contemplarlo con extrañeza.

- ¿Qué haces ahí sentada, alma? - exclamó -. Veo tus pensamientos, y me ha detenido tu preocupación.

Él extendió sus manos implorantes:

- ¡Oh!, viajero, dime si sabes, ¿dónde debo ir, dónde podré encontrar esa fuente, ese punto central y luminoso del que todo procede y que queda fuera de mí mismo? Sufro, porque no puedo salir de los límites de mi forma imperfecta, que coloca su sello en todo lo que veo. En ti comprendo que hay latitudes, lejanías que me circundan; en la luz que nos envuelve, entreveo el universo inmenso que reduce mi existencia a una sombra efímera y perecedera. ¡He abandonado una cárcel y sin embargo, sigo prisionero! Quisiera poder remontarme a la luz que me disuelva y me permita contemplar los infinitos mundos que ruedan afuera de mí mismo. A ese punto central, a esa causa, a ese sueño grandioso de Otro Ser, a esa perfección que me reduzca y que me dé un sitio orgánico en la luz y en el latido que lo compenetra todo.

Mientras él hablaba, el joven radiante lo observaba sonriendo malicioso.

- Hermano mío, te comprendo - le dijo -; yo veo a veces aquello que tú buscas. Pero nada puedo indicarte. Has descompuesto el funcionamiento de tu alma en otros lugares y en una hora oscura y tortuosa. También llevas sobre ti la huella de una muerta que gira en el espacio. Es un astro seco y helado, su luz celeste y suave no penetra sino que sólo se posa en los objetos. Es un polvo que imanta con el hielo de la muerte y hace soñar tristezas imposibles mientras no se le conoce; pero no es más que un mundo de espesas sombras que mancha a los seres con su irrealidad. Ese polvo de sueño es el reverso de lo que tú deseas; sin embargo tienes cubierto con él tu corazón. Véncelo, traspásalo con la espada de tu alma, corta sus voraces tentáculos, que se alimentan de noche, robando calor para su muerte. ¡Oh, cuánta ignorancia reflejan los que sueñan aún bajo ese lampo tembloroso que introduce su sonido espectral en los abismos del cielo! ¡Sacúdanse su polvo embrujado si quieren subir!

Él reflexionó que en alguna parte había visto esos abismos y esas sombras. Y cuando la figura del joven radiante se alejó tras un relámpago de luz, como prendado de una palabra misteriosa que escuchaba, él se quedó más solo aún, pensando que también aquella figura no habría hecho, tal vez, más que repetir su propia obsesión.

Volvió a coger su cabeza entre las manos. Nada se veía ahora, nada se escuchaba y, reteniendo su pensamiento, sólo sentía el latido pausado de su entristecido corazón.

Y fue entonces cuando de las alturas de los cielos, de esos espacios transparentes se desprendió un astro y empezó a caer a través de esa atmósfera sutil, que se llenó de sonidos armoniosos y de ecos hasta sus últimos confines. Y, sin quererlo, abandonó su abstracción para contemplar este hecho inesperado. Vio así como

aquella estrella se acercaba a su región y luego se desviaba para seguir de largo. Miró más intensamente y pudo distinguir que la estrella era en su interior una comitiva majestuosa que conducía un carro real. Sobre el carro, una mujer magnífica iba de pie sosteniendo unas lámparas de donde irradiaban las luces del astro. Sin saber lo que hacía, él levantó de nuevo sus brazos a la vez que caía postrado.

- ¡Madre de los mundos, luz lejana, detente!

Y milagrosamente el carro detuvo su carrera de años infinitos y la majestuosa mujer inclinó sus ojos abismados.

Él no pudo hablar.

Entonces la voz de la Mujer – Reina se hizo oír desde el seno de las distancias.

- Porque una vez me llamaste, te oí y no lo he olvidado. Existe en el centro de lo que tú buscas, de ese origen único vengo, de ese último cielo más allá de los cielos. Para llegar hasta aquí hay que dar un salto tan grande, hay que salvar un abismo mayor que el que separa al mineral del hombre y a este del sol vivo. Para descender de ahí a la creación es necesario cruzar de la nada al sufrimiento. ¡Misterio tan intenso que nunca podrás comprender! Sin embargo, a todos nos está permitido algún día llegar a ver y a sentir este suceso inefable. Aun a mí, que siendo centro ahora no lo soy.

Él, caído sobre la pálida luz de su mundo, volvió a preguntar, como en un sueño:

- Oh, tú, madre de la luz, ¿cuál es el camino, dónde está ese centro externo, ese círculo fuera de mí mismo, ese origen de la aventura indecible?

- De allá venimos - respondió la figura magnífica - y allá volveremos. Todo de allí procede. Ahí tiene su origen ese sueño inolvidable. Y todas las grandes emociones, que alguna vez experimentasteis, sólo son pálidos reflejos despertados por alguna música terrestre. Allá no existe la soledad, pues ésta es una invención humana. Tú voz débil me ha detenido y me ha expresado lo que buscas. No sé si hará bien, pero mi corazón de madre me impulsa a interceder por tu dolor. ¡Quedas libre para subir y manchar la pureza creciente de los cielos! ¡Busca, sigue buscando, hijo mío, hasta que tú búsqueda haga estremecer las puertas que ya no se abren!

Y fue al mismo tiempo que la Luz volvía a perderse en el ocaso de los mundos, que él se sintió libre, libre de ir adonde quisiera.

Y así comenzó el final de su búsqueda por los espacios sin fondo y sin límites, por los soles, los colores y los sonidos infinitos. Imágenes imposibles de olvidar, sueños, formas, batallas, vidas y muertes. Él seguía preguntando, preguntando...

Hasta que en un antiguo día se encontró en una sala donde unos ancianos de túnicas blancas custodiaban unas puertas de luz rosada. Conversaban entre ellos, permanecían sentados y tenían unas profundas miradas dulces. Se acercó y les dijo:

- Queridos Maestros. ¿podéis decirme dónde...?

Pero ellos, sonriendo, se pusieron los dedos sobre los labios y le interrumpieron:

- Chist, chist...

Y así fue como él supo que aun tendría que esperar dos mil cuatrocientos años más.

Héctor Barreto, Símbolo[14]

Por Miguel Serrano

Hoy hace tres años que desapareció de pronto, en medio de una luz violenta y de una noche muy obscura. La noche más obscura y más tenebrosa del mundo. Yo quisiera poder interpretar todo el misterio de esa noche y de esos días, todo ese clima, que le incumbe solamente a él y a nosotros sus amigos que le sentimos en el fondo del corazón y del alma extrañada ante aquello tan grande y obscuro. Hubiera querido seguir paso a paso los segundos de su muerte, hubiera deseado estar a su lado, saber qué dijo, que sintió, qué supo ¡ese espíritu como no habrá otro en el mundo! Pero no he sabido nada, absolutamente nada y preciso. Lo que he sabido, lo he sabido de una manera muy extraña: por evidencias, por adivinaciones, por susurros. Como si la sombra, su recuerdo, que jamás me han abandonado me hayan hecho este don postrero, por lo mucho que lo he comprendido, por lo mucho que lo he querido y he sufrido con su muerte para siempre. Es que en la vida, cuando uno se topa con estos hombres héroes, con esas almas superiores, con esos hombres íntegros, con esos artistas como él, entonces, si se pierden para siempre, uno no sabrá ya cómo expresar el dolor y el arrepentimiento infinito por no haberlos reconocidos suficientemente en la vida, por no haber caído de rodillas frente a su grandeza.

Héctor Barreto estará para siempre presente en mis palabras y en las líneas que yo escriba. Durante los años su recuerdo no me abandonará. Me basta cerrar los ojos para verlo preciso casi en el recuerdo. Veo sus gestos inconfundibles, su rostro serio y heroico. Todo lo que he hecho y pueda hacer tiene una línea de conducta que se alimenta de su recuerdo, él me asiste

[14] Publicado originalmente en el diario *Trabajo* (Domingo 27 de Agosto de 1939). Santiago de Chile. Año VI. Sección *Página Literaria*. Página 2.

en las dudas y en los desalientos, él me da ánimo para seguir y para luchar. Su ejemplo heroico es un símbolo para aquellos que hemos tenido el dolor y el deber de comprenderlo. Heroísmo solitario e individual, superación y ejemplo. Él creía en una vida superior, él tenía un sentido heroico de la existencia. Y esto, que se puede hablar, escribir, decir, fue sin embargo, un hecho y es un símbolo. Porque cuando un hombre muere por conservar en sus pupilas la imagen heroica de la vida y cuando se destruye antes de dejarse destruir por la existencia, cuando defiende, del contorno mediocre y vulgar, la vida y el sentido de la vida, que ha soñado, cuando se hace matar y prefiere caminar para siempre hacia otros mundos de sombra y misterio, antes que renegar de su fe, de su creencia en una realidad superior y legendaria, entonces, ese hombre es un héroe.

Trataré de explicarme brevemente. Héctor Barreto era antes que nada un artista, entró al Partido Socialista por motivos diferentes a los que llevan al militante corriente.

Héctor Barreto tenía un sentido heroico de la vida. El mismo quería ser un héroe (me ciño estrictamente a la verdad, al recuerdo). Era un hombre bueno y fantástico, profundamente humano y muy inteligente (Su libro de cuentos que dentro de poco editará el Partido Socialista demostrará que era uno de los más grandes cuentistas chilenos. Yo creo que en él había materia prima de superior calidad a la de cualquiera de nosotros de la nueva generación. Podría haber sido uno de los más grandes artistas de nuestro tiempo). Barreto, poco a poco, iba percibiendo el no que la realidad pequeña daba a "su mundo", a su consistencia heroica de sueños. Se amargaba, se llenaba de pena silenciosa, se replegaba y sufría. Barreto, entonces, decidió matarse. Todo esto, por cierto, en un proceso inconsciente. Él no quiso llegar a ser eso que preveía. Él quiso salvarse, salvar su mundo. Y se salvó.

La noche del 23 de Agosto de 1936, él buscó la muerte, la siguió por sus propias calles, le hizo señas, la llamó como a una vieja amiga. Él dijo: "MATADME DIOSES" (palabras auténticas). Y luego: ¿QUIÉN RÍE AHORA, LOS DE AQUÍ O LOS DE ALLÁ?

Barreto no fue un asesinado. Barreto utilizó a los "nacistas" de entonces. **Barreto se suicidó**. Y yo hago esta afirmación, que ya he hecho muchas veces, bajo mi completa responsabilidad.

Es más. Afirmo que aquello fue un símbolo. Y como todos los símbolos, un círculo ciego. Un círculo con los ojos vendados, cuya venda solamente puede correr por completo la posteridad. Pues el hombre, que, a consciencia, no realiza su grandeza en la

vida, la cumplirá en forma de leyenda a través del inconsciente de los hombres del futuro, que adivinan, quizás por qué misterio.

Yo puedo descorrer una parte del símbolo: Barreto, con un sentido heroico de la vida, "busca" para su muerte salvadora, a aquellos que dentro de su generación sustentan también un sentido heroico de la existencia. Es un símbolo, y son ellos, los vanguardistas de hoy, los más capacitados para recoger su ejemplo y el misterio. Son ellos los que ahora me escuchan y me comprenden. Porque también son ellos los que afrontan la muerte con el grito parecido de: "Nuestra sangre salvará a Chile". Así como el artista dijo un día: "El color de la sangre no se olvida, no es posible olvidarlo, es tan intensamente rojo...". Es verdad, el color de esta sangre no se olvida, no se puede, olvidar, es el color de la sangre vertida por un ideal, por un profundo deseo de cambiar la vida. Así, Barreto, que deseó morir porque se creyó solo, hoy encontrará en la vanguardia la juventud que continuará su mensaje. El color especial del 23 de agosto y el color especial del 5 de septiembre, no se olvidan. Se entrelazan, se dan las manos, se reconocen, son unos, son la misma generación, la misma juventud y el mismo sueño.

Las cincuenta y nueve estrellas siempre dieron la sensación de faltar una. He aquí la sesenta.

¡He aquí el mundo de los héroes!

¡Viva mi generación!

I M Á G E N E S

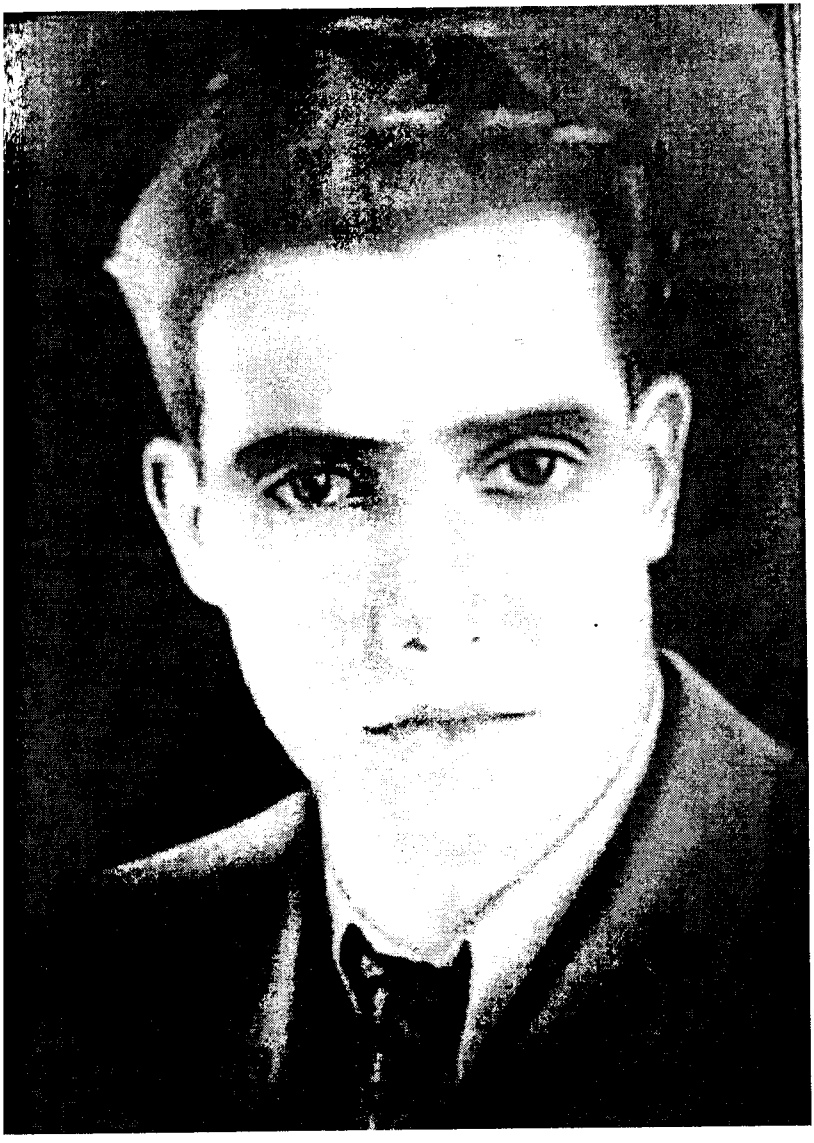
El niño Héctor Barreto, a la edad de 4 años, aproximadamente.

Paseo campestre. Héctor es el primero desde la derecha.
Su hermano Carlos, en el extremo opuesto.

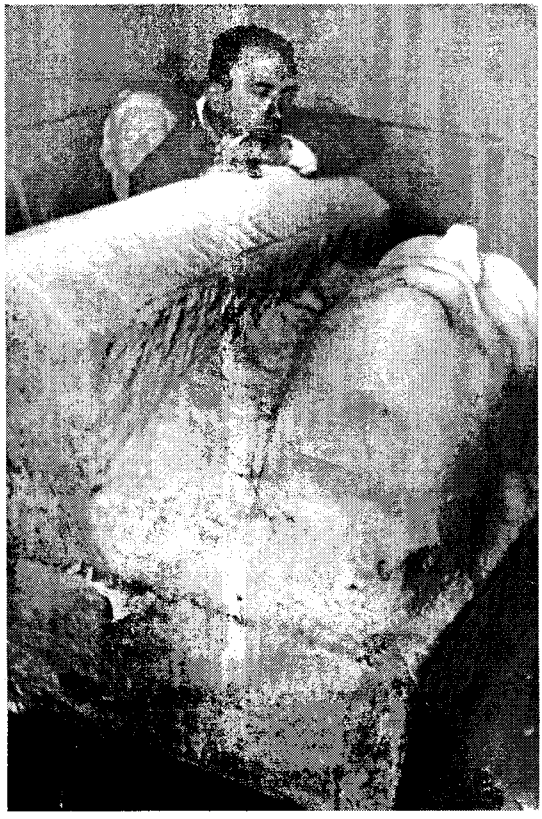
Héctor Barreto Ibáñez

Foto desconocida de Héctor Barreto Ibáñez
(1934, aproximadamente)

Retrato de Héctor Barreto, pintado por Fernando Marcos en el año 1934.



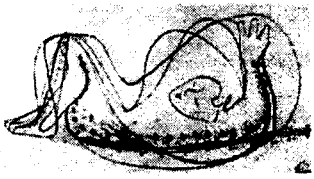
Retrato de Héctor Barreto, ilustrado por el hermano de Mario Corvalán, Kor (1937)

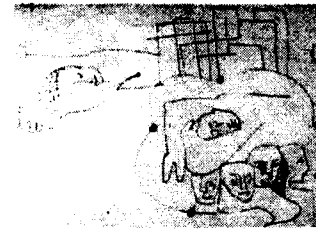


El escultor Manuel Banderas D. y el busto de Héctor Barreto. Ésta obra fue inaugurada el 24 de Septiembre del año 1939. Aún se encuentra en el Cementerio General de Santiago.

Tumba de Héctor Barreto. Reza: El Color de la Sangre no se olvida.

Rostro de Héctor Barreto, diseñado por el escultor Manuel Banderas D.

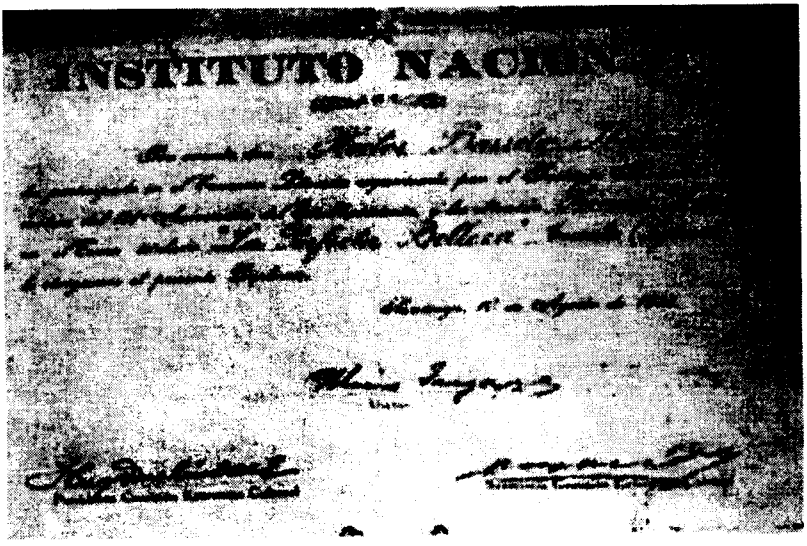




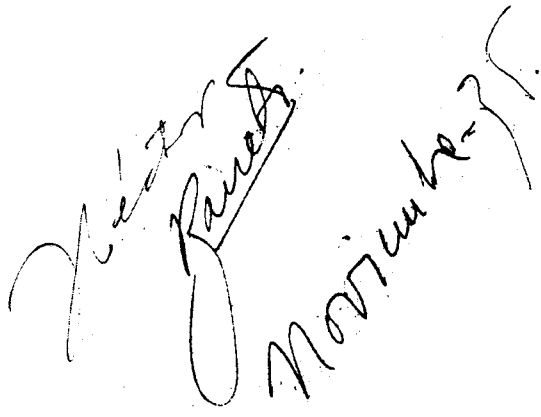
Bosquejos desarrollados por el pintor Fernando Marcos para la primera antología de cuentos de Héctor Barreto.

Ilustraciones de Héctor Barreto: algunos tipos populares.

Singular retrato de una mujer, ilustrado por Héctor Barreto.



Diploma otorgado a Héctor Barreto, por la obtención del Primer Lugar en un concurso literario celebrado en el Instituto Nacional, con el cuento *La Perfecta Belleza.*



Firma de Héctor Barreto

Referencia Bibliográfica de la Obra de Héctor Barreto

I.- Revistas

Revista Pan (Buenos Aires), Síntesis de toda idea mundial. Año 2 N° 64 17 de Junio de 1936.

- La Noche de Juan (1936)

Rumbo, Revista de las Juventudes Socialistas (Santiago de Chile).

- N° 1: La Noche de Juan (1936)
- N° 4: La Velada (19369

Revista Aniversario Barreto. Editado por el Comité Regional de Santiago, Chile, N° 4. imprenta Gutemberg 1937, 1938 y 1939. Imprenta Cóndor 1940.

II.- Libros (Orden Cronológico)

Antología del Verdadero Cuento en Chile. Selección y prólogo de Miguel Serrano.
Imprenta Gutemberg, Santiago de Chile, 1938

Antología de Cuentistas Chilenos. Selección y prólogo de Mariano Latorre.
Biblioteca de Escritores de Chile.- XV. Dirección General de Prisiones, Imp. Santiago de Chile, 1938 (Ésta selección cuenta con una breve reseña biográfica de Héctor Barreto).

La Noche de Juan y otros cuentos. Prólogo de Fernando Marcos.
Talleres de la Prensa Latinoamericana. Santiago de Chile,1958.

Antología del Cuento Chileno. Tomo II. Selección de Enrique Lafourcade Ediciones Acervo, Barcelona, 1969.

Antología del Verdadero Cuento en Chile. Selección y prólogo de Miguel Serrano. Segunda Edición Be – uve,dráis. Santiago de Chile, 2000.

ÍNDICE

Prólogo a la presente Edición por Rafael Videla E.	Pág. 9
Nota a la presente Edición por Fernando Marcos	Pág. 13
Prólogo a la Edición de 1958 por Fernando Marcos	Pág. 14
Los Cuentos	Pág. 21
La Perfecta Belleza (Inédito)	Pág. 22
La Velada	Pág. 24
Ranquil, lugar de Muertos	Pág. 31
La Ciudad Enferma	Pág. 32
El Paseo	Pág. 36
La Noche de Juan	Pág. 40
La Forma	Pág. 44
El Color	Pág. 50
El Pasajero del Sueño	Pág. 55
Rito a Narciso	Pág. 61
Historia de un día de Fiesta (Inédito)	Pág. 69
Jasón	Pág. 70
Niña – Flora (Inédito)	Pág. 75
Poemas	Pág. 77
Romance de la Buena Sombra	Pág. 78
Poema intitulado (Inédito)	Pág. 79
Anexos	Pág. 81
Extracto de Dos Cartas de Héctor Barreto	Pág. 82
Palabras de Carlos Barreto	Pág. 83
Historias de la Tierra, por Miguel Serrano	Pág. 84
Confección de un asesinato, por Anuar Atias	Pág. 93
Crónica de un tiempo, por Santiago del Campo	Pág. 98
La Búsqueda, por Miguel Serrano	Pág. 103
Héctor Barreto, Símbolo, por Miguel Serrano	Pág. 112

Imágenes Pág. 115
Héctor Barreto niño Pág. 117
Paseo Campestre Pág. 119
Héctor Barreto Ibañez Pág. 121
Foto desconocida de Héctor Barreto. Pág. 123
Retrato de Héctor Barreto, por Fernando Marcos Pág. 125
Retrato de Héctor Barreto, ilustrado por el hermano de Mario Corvalán, Kor (1937) Pág. 127
Escultor Manuel Banderas Pág. 129
Tumba de Héctor Barreto Pág. 131
Rostro de Héctor Barreto, por Manuel Banderas D. Pág. 133
Bosquejos de Fernando Marcos Pág. 135
Ilustraciones de Héctor Barreto Pág. 137
Ilustración Rostro de Mujer, por Héctor Barreto Pág. 139
Diploma "La Perfecta Belleza" Pág. 141
Firma de Héctor Barreto Pág. 143
Referencia Bibliográfica de la Obra de Héctor Barreto Pág. 145

"Historias Ociosas, Cuentos y Relatos de Héctor Barreto",
se terminó de imprimir el 11 de Octubre del año 2004,
en los talleres de Acapulco Impresores Ltda. en Santiago de Chile.

HISTORIAS OCIOSAS

Cuentos y Relatos
de
Héctor Barreto

Iba encogido y se sentía bien de ir así.
Caía...
Lo llenaba una debilidad dulce, desvanecedora y enfermiza...
Caía. Caía en medio de una espiral violenta. Girando y descendiendo en medio de una espiral violenta azulada...

Se encontraba tendido en medio de penumbras. Tenía la vista nublada y apenas podía adivinar su lecho, el lecho que lo soportaba. Siempre la espiral. Subía y bajaba por ella. Eran dos espirales cónicas cuyas puntas se unían en su propio pecho, en lo interno de su pecho. Bajaba y subía, se sentía leve y etéreo, leve y etéreo, muy leve...

IMPRENTA ACAPULCO LTDA.
Condell 86 · Providencia
Fono: 2698042 Fax: 2091501